

ATENEAE

1925

1

四





Año II

1925

Núm. 1

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



008(83)191

SUMARIO: Enrique Molina: *¿Ha sonado la hora de la espada?* □ Berta Lastarria Caverro: *La Infanzona* □ Alejandro Vázquez: *Los poemas de la maternidad* □ A. Rojas Giménez: *Crepúsculo en el mar* □ Samuel Zenteno A.: *El espíritu de la educación norteamericana* □ Paul Hazard: *Tres meses en Chile* □ Alfonso Escudero: *La actividad literaria chilena en 1924* □ Hombres, Ideas y Libros: Luis D. Cruz Ocampo: *Literatura americana.—Libros argentinos* □ E. M.: *Notas sobre el origen de la vida* □ A. V. C.: *El porvenir de las relaciones franco-alemanas* □ Oliver Lodge: *La materia y la energía* □ Libros recibidos :: :: :: :: :: :: :: :: ::

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Marzo 31 de 1925

Año II

Núm. 1

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

Universidad de Concepción. Chile
Precio: \$ 3.00 ~ Marzo 31 de 1925

Núm. 1

Año II

Atenea

— Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes —

EDITADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Universidad de Concepción, Chile
Precio \$ 2.00 - Marzo 31 de 1955

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

MARZO 31 DE 1925

NÚM. 1

Enrique Molina

¿Ha sonado la hora de la espada?

Al señor Leopoldo Lugones.

EL poeta, el verdadero poeta es el vidente, es el privilegiado del espíritu para traducir en verbo humano lo que avizora en vuelos suprasensibles y de difícil acceso al común de los mortales; es el portador de las cuerdas divinas que vibran con el dolor de los demás. Los demás se encuentran expresados en él y se dicen: esto es lo que he sentido, esto es lo que siento, y le agradecen al poeta la iluminación de esperanza producida, el alivio al pesar traído con su ahondar en las complejidades del corazón. El poeta es el creador de belleza, es el pontífice del amor en todas sus formas. Vuela por esto en planos superiores a las miserias ordinarias de la vida o les aplica el cauterio de su fuego de profeta indignado cuando provienen de la mezquindad y maldad de los hombres. Es así antena

de luz que grita a los extraviados y abatidos mortales «avanzad, avanzad, realicemos con valor la vida, hagamos a Dios».

* * *

Un poeta, el poeta argentino Leopoldo Lugones ha dicho en un teatro de Lima, en una de las festividades celebradas con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho, que «ha sonado para bien del mundo la hora de la espada». Como corolario de esta frase de aparatosa marcialidad, ha agregado que «el pacifismo no es más que el culto del miedo o la añagaza de la conquista roja» y que «en el conflicto de la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con ella».

Creemos que en este discurso el señor Lugones no ha estado a la altura ni del poeta, ni del hombre público conductor de pueblos, ni del historiador.

Decir que «ha sonado para bien del mundo la hora de la espada» es dar a entender que la humanidad hubiera vivido hasta estos días en una paz enervante y desmoralizadora. Pero, ¿no ha sido al contrario, la verdad que las horas de los pueblos han sido casi siempre horas de la espada? No tenemos para qué referirnos nada más que a la Europa y a la América. El viejo continente ha vivido los últimos cien años o en guerra o en paz armada que es, en forma negativa, también el imperio abrumador de la espada. Ha vivido así hasta llegar a la catástrofe espantosa de 1914-1918. Más de diez millones de muertos en los campos de batalla, un número mayor aún de mujeres, de niños y de civiles fenecidos por consecuencias indirectas de la guerra, como ser, falta de alimentación y enfermedades, centenares de pueblos destruidos, campos arrasados, epidemias que han dado la vuelta al mundo como azotes de un castigo universal: esto ha caído sobre la infeliz humanidad por haber sonado, de modo más intenso que antes, en 1914 la hora de la espada. Aun no se aquietan las ondas de zozobras levantadas en esas horas fatídicas, y muchos decenios pasarán

antes que se aquieten por completo, por sí solas, si es que no estalla antes otra conflagración conforme a lo que parece desear la insana actitud bélica del señor Lugones.

¿No ha pensado el señor Lugones en este cataclismo? ¿Cómo creerlo? ¿O le parecen muy largos los cinco años de defectuosísima paz que van transcurridos desde 1919 hasta este momento?

Por si el cuadro anterior no fuera bastante, desentrañemos lo que pueda significar el imperio de la espada.

Es sagrado el empleo que hacen de las armas los pueblos que luchan por su independencia o las colectividades que defienden sus derechos hollados. Nobles fueron así las espadas de Ayacucho y de Maipú. Y dada nuestra imperfecta organización internacional, también es cierto que los estados han tenido hasta hoy que mantenerse armados para asegurar su existencia; pero en estos casos el ejercicio de las armas significa y debe significar una función subalterna dentro de la organización civil. Fuera de estos capítulos, el imperio de la espada envuelve sólo el predominio de la fuerza bruta.

¿Le ha atribuído el señor Lugones tal vez a la espada una virtud organizadora? ¡Ah, no!

Ella carece de esa virtud y puede sólo establecer un orden aparente. Toda unión de los hombres que no descansa en la voluntad y adhesión espontánea de los asociados, constituye una falsa organización, una apariencia de orden. El predominio de las armas connota el uso de instrumentos que únicamente sirven para atemorizar y tiranizar a los hombres, para herir y matar, es decir, para envilecer y prostituir la vida o para destruirla.

* * *

El pacifismo que el poeta argentino en su postura de Bayardo o Campeador teatral llama «culto del miedo», no es más que el clamor del buen criterio humano señalando la posibilidad de que los hombres sean capaces de vivir algún día sin estúpidas querellas. Es tan antiguo como la razón humana y, lejos de

ser el culto del miedo, entraña la exaltación del valor del espíritu que quiere realizarse íntegramente; es la conclusión necesaria de toda verdadera moral, de toda religión, de todo evangelio de amor.

Las tragedias, al parecer incurables, de la Europa, han hecho pensar en la América como en una tierra de promisión donde puede florecer una nueva humanidad que alcance a realizar un ideal de perfección, imposible para el Viejo Mundo precisamente por llevar en su seno la fuerza disolvente de complicaciones y odios engendrados por guerras seculares.

Bolívar, el rayo de la guerra, fué en cierto sentido el primer pacifista hispano-americano, porque soñaba con que los pueblos de este continente se agruparan en una unión que fuera para ellos fuente de paz y grandeza.

En nuestros días la *élite* del pueblo mejicano, llevando como más elocuente vocero a Vasconcelos, es pacifista. Y no se podrá decir de ellos que rinden culto al miedo. Rinden culto de amor, según sus propias declaraciones, al progreso, a la humanidad y especialmente a las naciones latino-americanas.

A las orillas del Plata se ha dejado oír recientemente la palabra cálida del Decano de la Facultad de Derecho señor Alfredo L. Palacios. Se dirige a los universitarios hispano-americanos para que nos apartemos de los nefastos ejemplos europeos y abramos en nuestro continente nuevos horizontes a la humanidad.

«La cultura europea, dice, amenaza desencadenar una guerra interminable, capaz de hundir en el caos la civilización de Occidente. ¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos a sabiendas un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? Y luego invita a trabajar por la solidaridad espiritual de las naciones de la América Latina.

La revista «Atenea», de la Universidad de Concepción de Chile, ha venido consagrando en todos sus números páginas al fomento de la confraternidad hispano-americana.

Contra estas tendencias se ha alzado el señor Lugones en un teatro limeño. El poeta argentino ha creído que ha sonado la hora de la espada y lo celebra. La espada así presentada no significa sino dos formas de calamidades: o la guerra exterior, o el régimen de fuerza, la tiranía en el interior.

Y para que no hubiera la menor duda de que esto era lo que quería decir, el señor Lugones endereza en seguida su discurso a ensalzar, en presencia del Dictador, la dictadura. «Pacifismo, bolcheviquismo, democracia, ha dicho, son sinónimos de las mismas vacantes que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir, al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, se confunde con su voluntad».

¡Qué impudicia, qué descenso!

Podemos convenir en que los gobiernos democráticos y parlamentarios hayan fracasado en muchas partes; pero debemos buscar sin histerismos peligrosos los remedios a los males políticos y sociales, en las virtualidades de la misma democracia constitucional.

Las loas a la guerra del señor Lugones, incomprensibles de todas maneras en un intelectual de alta cultura, se explicarían hasta cierto punto, como un producto de las circunstancias. El poeta ha vivido días de grandes festividades y ha hablado en un teatro caldeado con las emociones de esas horas de exaltación patriótica y palaciega. Serían un gesto de marcialidad sin peligro, marcialidad escénica y conquistadora de fáciles aplausos. Pero legitimar y ensalzar la dictadura, arrojar flores a la planta del dictador ahí mismo donde han sido masacrados estudiantes y obreros porque han protestado de la farsa política de querer consagrar la república al Sagrado Corazón, es demasiado.

El señor Lugones ha traicionado su investidura de poeta y de obrero de la espiritualidad hispano-americana.

Universidad de Concepción (Chile) Enero-1925.

ENRIQUE MOLINA.

Berta Lastarria Caveró

La Infanzona

(Leyenda)

DESDE el día aquel, en el cual Don Rodrigo Aranda circuncundó a paso lento su repartimiento de tierras, que el Rey su señor tuviera a bien otorgarle en premio de sus servicios, y rompió ramas de árboles y disparó puñados de tierra en distintas direcciones, y desenvainando la espada ordenó a los señores del Cabildo que salieran de su propiedad, dedicó todos sus esfuerzos a formar su hacienda.

Dirigió e hizo trabajar tan bien a los indios de su encomienda, que pronto sus viñas le dieron el vino mejor de la comarca, sus campos llenaron de trigo sus bodegas, sus huertos produjeron frutas y hortalizas de todas clases, y sus potreros alimentaban crianzas de animales que tenían renombre de La Serena hasta La Concepción.

Era Don Rodrigo de Aranda persona muy considerada; sus hazañas en las guerras contra los indios eran famosas, y por su justicia y valor había adquirido una sólida reputación. Don Rodrigo llegó mozo aún a Chile, de modo que su renombre y hazañas de diez años de guerras, lo encontraron joven en toda la lozanía de sus 29 años.

La hermosa hacienda de Don Rodrigo estaba situada en Me-

lipilla, y solamente la abandonaba cuando lo atraía a Santiago algún asunto muy importante para él o para la colonia.

Una mañana llegó a la hacienda de Don Rodrigo el Capitán Oyala. Venía desde Santiago, y explicó a su compañero que su viaje era para llevarlo a Santiago, donde su presencia era indispensable.

Ambos llegaron a Chile al mismo tiempo, habían hecho juntos las campañas, y aunque el Capitán Oyala era más de diez años mayor que Don Rodrigo, los unía la más estrecha amistad.

Sucedía que acababa de llegar a Santiago Doña Josefa de la Rueda, esposa de Joan de la Higuera, un vecino de la ciudad, dueño de la mejor pulperia.

Esta dama, por consejo de su marido, había llegado acompañada de seis doncellas. (1). Joan de la Higuera, hombre práctico y que de todo sacaba partido, anunció con tiempo que su mujer llegaría con algunas jóvenes (2), que elegirían por esposo entre los encomenderos o vecinos, a aquel que más les agradase o conviniese.

La noticia se esparció con la rapidez del viento.

Don Joan de la Higuera pasó a ser el hombre de las circunstancias; los Regidores del Cabildo, los Oidores, los encomenderos, todos empezaron a agasajarlo para que los apadrinara llegado el momento. Cada uno presentaba a porfía sus garantías y riquezas, las tierras y esclavos que tenían, pero ninguno tenía con quién compartirlas, y todos deseaban tener un hogar que les recordara la patria amada y lejana, y les hiciera descansar de la vida de fatigas y conquistas.

Por fin llegaron las esperadas doncellas, y sin largos trámites se desposaron eligiendo entre los que solicitaban sus manos, aquellos que les presentaban más garantías de fortuna y bienestar.

(1). Entre papeles viejos y apolillados existen algunas mercedes otorgadas por el Rey a tal o cual vecino por haber introducido en el país: tantas vacas, tantas ovejas, tantas damas, etc.—*Claudio Gay*.

(2). Conserva la historia recuerdo de seis señoritas nobles que trajo una gran dama para proporcionarles estado.—*Historia Crítica y Social de la ciudad de Santiago*.—*Benjamín Vicuña Mackenna*.

Pero una de ellas, a quien llamaban la Infanzona, hermosa como ninguna mujer que hubiese pisado tierra de indios, se mostró desdeñosa e insolente. Solicitaban su mano un sobrino del Capitán General, un Maestre de Campo, y el Corregidor; cada uno ofrecía al de la Higuera cuanto éste podía desear: chacra en la Cañada, un gran solar cercado, indios esclavos, fuera de otras gollerías.

El de la Higuera tentado por esas riquezas que despertaban su codicia, temiendo verlas desaparecer, perdió un buen día la paciencia; a pesar de su mujer que le tenía prohibido mezclarse en los asuntos de la Infanzona, conminó a la desdeñosa a elegir entre sus solicitantes un marido, y celebrar sus bodas el próximo domingo; o volver a España en el primer barco que partiera con ese rumbo.

Ante aquella amenaza la Infanzona obedeció, pero puso por condición que solamente en el momento de entrar al pórtico de la Iglesia, elegiría ella a uno de los pretendientes, quienes deberían esperarla y abrirla calle.

Esto fué sembrar pólvora. Se formaron partidos por uno y otro de los pretendientes; se hicieron apuestas; y la paz de la vida colonial fué turbada hasta dentro de los hogares, donde se dividieron las opiniones o se atacaba a la orgullosa dama que llegaba sembrando la discordia.

Don Rodrigo de Aranda escuchó sin interrumpir la narración de su amigo, y cuando hubo terminado, le dijo:

—¿Quieren que yo esté presente para impedir que haya una de riñas y duelos entre los que queden desairados?

—Eres el único que puede ser imparcial, porque todos en la ciudad están de parte de uno u otro de los pretendientes; llegado el momento puedes evitar un gran escándalo.

II

Aquel domingo se hizo estrecho el templo de la Catedral para contener a la inmensidad de fieles que acudían a oír la misa mayor, atraídos por el espectáculo que se les esperaba.

Mucha gente llenaba la plaza y los alrededores del templo. A la entrada, de pie y luciendo cada cual casaca bordada, espadín y mil aliños de uso y costumbre, estaban el sobrino del Capitán General, el Maestre de Campo, el Corregidor y el Regidor del Cabildo, cada uno en un grupo aparte, rodeado de los suyos; cuando rompiendo los grupos, terciada la capa, afirmada la mano en el puño de la espada, y cubierta la cabeza con el fieltro de larga pluma, llegó Don Rodrigo de Aranda.

Se hizo un silencio, y todos saludaron con respeto al recién llegado, que se adelantó hasta quedar en primer término.

Pocos momentos más tarde, cuando llamaba el sacristán a los fieles, aparecía la linda y codiciada novia, envuelta en su mantilla oscura y crujiendo la basquiña de seda.

Orgullosa y altiva, seguida de la esposa del de la Higuera, entró la hermosa joven al pórtico, miró a uno y otro lado; sus ojos azules lucían como estrellas bajo el arco perfecto de sus cejas negras y las rizadas pestañas que los rodeaban. Se detuvo un momento, y pálida, con los labios apretados. Entonces, con gran sorpresa de todos, se avanzó hasta donde estaba el de Aranda, y tendiéndole una mano fina, blanca y ensortijada, le dijo:

—Llevadme al altar.

Era una orden, y aquel hombre acostumbrado a mandar e imponer su voluntad, se inclinó respetuosamente subyugado por la belleza de esa mujer.

Tomando la mano que le tendían, la colocó sobre su brazo, y la pareja atravesó la Catedral seguida por un murmullo de aprobación, hasta el sitio que se le tenía preparado para recibir la bendición nupcial, y oír la misa.

Tras ellos entraron los pretendientes burlados, quienes ponían buena cara a la mala suerte...

III

Aquel domingo, después del regreso de la Catedral, ya unidos con los lazos del matrimonio, estaban Don Rodrigo de Aranda y la linda joven que sorpresivamente era su esposa, en

la pequeña sala que servía de comedor en la casa del de la Higuera. Sentada en la única silla comfortable, la novia exitada, con voz trémula, decía al de Aranda que la escuchaba de pie a su lado, con la cabeza inclinada.

—Yo os debo explicaciones... Cuando vi aquellos hombres que me han asediado desde que llegué, comprendí que solamente un milagro podría salvarme de elegir a uno de ellos por esposo: os vi, vuestra persona me era desconocida, pero parecíais el señor de los que os rodeaban, por eso me acerqué a vos, para que me protegiérais y salvárais.

—¿Pero por qué habéis venido con Doña Josefa de la Rueda, y entre las doncellas que la acompañaban?

—¿Pero no adivináis quién soy? Soy la hija de los duques de Almanza, por mis venas corre sangre de reyes, y por eso me llaman la Infanzona.

La joven se irguió altiva, pero mirando su rededor comprendió que en aquel lugar sus títulos y nobleza no inspiraban más que compasión; entonces con desaliento se dejó caer en su silla, y con voz trémula contó a su esposo su historia.

Allá en un pueblo de Castilla, huérfana desde muy niña, en la regia mansión de sus padres vivía la Infanzona rodeada de dueñas, damas y servidores que se ocupaban en darle gusto en sus menores caprichos.

Al morir sus padres la dejaron a cargo de un tío de la niña, pero éste era joven y hermoso, favorito de la corte y sólo de tarde en tarde llegaba a visitar a su pupila. Un día fué acompañado por un vejete contrahecho y ridículo, pero grande de España, el hombre más rico del reino. Sus visitas aumentaron, hasta que notificó el tío a su sobrina que había otorgado su mano al gran duque, y que volvería muy pronto para llevarla consigo a la corte donde se bendeciría su boda.

La Infanzona escuchó sin protestar, sabía que era inútil. Pero una vez sola, formó su plan para escapar al destino que le preparaba su tío.

Y una tarde, disfrazada con las ropas de una de sus doncellas salió de su palacio, atravesó el pueblo y llegó a la ca-

suca de su nodriza quien preparaba su viaje a las indias, para ir a juntarse con su marido, llevando consigo varias jóvenes.

Con ruegos y amenazas convenció a su nodriza que la llevará consigo entre el grupo de muchachas. Y entre la nodriza y la niña, arreglaron todo de tal modo, que se creyó en el pueblo que la Infanzona había perecido ahogada; y cuando todos se reunieron para despedir a las viajeras, nadie reconoció en la doncella afligida que lloraba con el rostro oculto en un pañuelo, a la noble Infanzona, hija de los duques de Almanza.

Cuando terminó, las lágrimas ahogaban su voz, y escondiendo el rostro entre las manos dió rienda suelta al llanto contenido durante largas horas.

En medio de su aflicción, no vió la joven que su marido salía de la habitación, después de contemplarla con una extraña expresión mezcla de lástima, de cariño y admiración; largo rato después cuando entró su nodriza a atenderla y consolarla, se sorprendió al saber que el de Aranda después de recomendarla a sus cuidados se había despedido diciéndole que se volvería a su hacienda.

IV

Cuando don Rodrigo se encontró solo galopando en camino de su hacienda, pudo reflexionar sobre su situación extraña, inverosímil, hasta grotesca.

Estaba casado cuando pocas horas antes no pensaba en el matrimonio; casado, y sin saber de su esposa sino lo que de sus labios oyera; pero lo peor del caso era que aquella Infanzona era linda y encantadora, y él la aceptaba por esposa aunque fuera Infanzona y nieta de reyes.

Pero con la reflexión, el problema se presentaba más difícil cada vez; hasta que don Rodrigo desesperando de resolverlo en la hacienda, montó su caballo el lunes, después de haber descargado su mal genio sobre servidores y esclavos, y por el camino de Santiago llegó al anochecer de aquel día a la porte-

ría de San Francisco, en busca de los consejos de su buen amigo el Superior de los Franciscanos.

Sonaba ya la hora de la queda en el esquilón de la Catedral, y aun velaban en el convento el de Aranda y su amigo el franciscano.

En muchos hogares retardaron aquella noche la recogida y el apaga fuego, porque en todos los corrillos de cuadras y estrados se comentaba el curioso matrimonio del domingo.

La noche era tranquila, la luna iluminaba generosamente aquella población coronada por los campanarios de iglesias y conventos, encerrada entre los altos muros de los solares, y perfumada por las huertas y chácaras de la Cañada.

De repente, sin aviso alguno, un horroroso sacudón de tierra que duró largos minutos desplomó torres, techos y muros en una horrible confusión; la luz de la luna se nubló con el polvo levantado por las murallas que caían; un clamor de angustia, queja dolorida de la población, siguió al silencio.

De un salto el de Aranda se encontró fuera de la sala, y a pesar de los muros que caían, de los techos que se derrumbaban, a través de corredores y jardines, llegó a la Cañada y se internó por las calles, donde todo era confusión, lamentos y ruina.

En la pulpería de Joan de la Higuera conversaban en la estancia que conocemos, la Infanzona, la nodriza y su marido. Este refería a la joven detalles de las hazañas del de Aranda. La joven escuchaba y preguntaba con interés, cuando de pronto llegó aquel horroroso sacudón que destruyó la ciudad entera en algunos minutos.

La Infanzona llevada por el terror se encontró en medio de la calle sin darse cuenta, vió derrumbarse los muros y caer los techos, su voz se unió al clamor general de los que escaparon con vida. Sola en medio de la calle, rodeada de horrores y muerta de miedo, la pobre niña llamaba a su padre, a su nodriza y lloraba desconsolada.

En esos momentos se le acercó una persona quien le habló con ternura, la tranquilizó y ella tomándole un brazo le dijo:

¡Mi nodriza está allí dentro, sálvela!

Inmediatamente el de Aranda a quien la joven no reconoció, se introdujo con peligro de su vida entre las paredes que se derrumbaban y las vigas que caían; a poco apareció con la nodriza entre sus brazos, la que presentaba una gran herida en la cabeza.

Dejó a la nodriza a los pies de su esposa, y volvió a entrar en busca del de la Higuera, a quien también sacó casi muerto. Una vez que los dos heridos fueron atendidos lo mejor que se pudo, Don Rodrigo ayudado siempre por la joven los llevó hasta el pie de un árbol; poco después empezó a llover copiosamente, y el joven envolvió a la Infanzona en su amplia capa, y allí bajo el árbol que apenas los defendía del agua, atendiendo a los heridos esperaron el día cambiando de vez en cuando algunas palabras.

Cuando las primeras luces del día permitieron ver claro, la Infanzona reconoció quien era su salvador, y tendiéndole una mano le dijo:

—¡Gracias, vos teníais que ser...!

Don Rodrigo dejó a su esposa con los heridos mientras iba a buscar en qué llevarlos a un sitio seguro. Volvió más tarde en su caballo, acompañando una carreta tirada por bueyes y guiada por un indio; allí entre la paja pusieron a los heridos, y Don Rodrigo hizo subir a su mujer acomodándola lo mejor posible; cuando todo estuvo pronto, dió orden al indio de ponerse en marcha.

Lentamente atravesaron la población en ruinas, cruzando entre escenas de desolación, muerte y lágrimas, porque el terremoto del 13 de Mayo desplomó la ciudad entera, enterrando bajo sus escombros a la mitad de sus habitantes.

La carreta salió al campo dejando tras sí el dolor y las lágrimas, y se dirigió hacia la hacienda de Don Rodrigo.

Y así como aquel «temblor de Mayo», como se le llamó en ese entonces, destrozó tantos hogares y destruyó tantas vidas, sirvió también para formar un nuevo hogar y unir dos vidas con el más perfecto cariño.

BERTA LASTARRIA CAVERO,

Alejandro Vázquez A.

Los Poemas de la Maternidad

VISIÓN

EN las grandes ciudades,
hay siempre coches miserables
a la puerta de las maternidades.

Nadie sabe de dónde vienen
con sus cargas misteriosas,
eternizados, esperando,
semejan brujas licenciosas.

* * *

Los vientres curvos,
convulsos de energía de siglos,
estuches del deseo hecho vida
ofrecen su martirio.

Estas madres humildes
de la miseria y el pecado
caminan agobiadas,

ocultando bajo el manto
las lágrimas de algún amor desconsolado.
¡Pobres mujeres que no saben
si llevan palpitando en sus entrañas
a un asesino o a un artista!
¡Barcas negras sin destino,
ricas de un oro misterioso!

El amor que bendijo sus vientres
—nube de espasmos inmortales—
se sublimiza en lo inconsciente
hasta el dolor de hacerlas madres.

Yo las he visto sobre los lechos propicios
de las maternidades, en el momento único,
transfiguradas, bellas como símbolos,
dolientes y temblorosas,
hiriendo al aire con sus gritos,
canto del misterio eterno
que es un jirón de infinito!

Y he discurrido entre los lechos ásperos
de las novicias trémulas, que aguardan
la hora de la tortura misteriosa
avergonzadas, como colegialas.

Náufragas en la sala sórdida,
entre mujeres indiferentes, sin ternura,
cuya alma es como un fórceps,
las primerizas desnudas
son como un nudo de angustias!

¡Oh! yo hubiera querido tener entre mis manos,
para dejarla entre ellas, mi doliente ternura,
porque mi voz temblaba de temor y de pena,
entre sus rostros envejecidos, espesados de dudas.

Luego he pasado por entre las que tienen
al lado a su recién nacido,
cuyas miradas húmedas, están oblicuas
de tanto mirarlo como a un tesoro aparecido.

Por entre las que ya han olvidado
el fragoroso recuerdo
para gastar sus voces débiles
en canciones de cuna para el tierno
capullito de rosa de su ensueño.

¡Ah, sin descanso, madres, vigilad el retoño
que duerme, tened la mano junto al corazoncito
enloquecido, no vaya a ser que el sueño se eternice;
no se vaya a quedar para siempre dormido!

EL RECIÉN NACIDO

Tengo en mis manos al recién nacido,
¡no pesaría más un puñado de rosas!

Sus manitos de seda
que no han tocado nada,
limpias del bien y del mal,
arañan el aire, desorientadas.

¡Oh, qué hermoso parece
y qué emoción me infiltra,
profunda y nueva, como un llanto,
desconcertante, como la muerte!

¡Tengo en mis manos al recién nacido,
frágil como un botón amanecido!

Sangre nueva que tiembla
ingenua y pura como una estrella:
este pequeño ser,
es para mí el misterio absoluto,
embrión de drama, promesa y fruto
que ha de gozar y padecer.

Escucho su llanto,
que es como un canto de pájaro,
y me parece alegre y fresco
como la voz de un surtidor,
que después de un eterno silencio
hubiera llegado a nosotros
envuelto en un rayo de sol.
Llanto que es himno de ternura
desconocido y profundo,
esperado y presentido
como desde el infinito.

¡Oh, la emoción bendita
del primer llanto del recién nacido!

Lo tengo entre mis manos
y es tan suave y liviano,
que me da miedo acariciarlo
como a un capullo, por no deshojarlo!

¡Con qué placer seguiría yo el curso
de esta vida iniciada hace un momento,
de esta anónima fuente de amor
no salpicada aún por los venenos
de la miseria y la desolación!

Siento nacer en mí una potente
ansia de protección para esta suave
almita que nació desamparada;
y pienso en la emoción que tendré un día,
cuando entre mis manos temblorosas,
como a un Dios diminuto y sonrosado,
de un hijo mío,
levante el cuerpecito perfumado!

¡Entre mis brazos, el recién nacido,
muy suavemente, se quedó dormido!

ALEJANDRO VAZQUEZ A.

Maternidad del Hospital de San Borja,
1919.

A. Rojas Giménez.

Crepúsculo en el Mar

CREPÚSCULO en el mar. Hora de tristeza
Que enciende tu recuerdo en una llama trémula.

País de campanas en la bruma. Tierra lejana
Que retiene tus pasos y recoge tus lágrimas.

Crepúsculo en el mar.

Corre el navío hacia las primeras estrellas.

¿Dónde estarás ahora, niña blanca y doliente?

En mi alma de ansiedad ancla tu alma de espera.

Decías: «Quedaré sola... tan sola...»

Allá abajo estás, allá abajo,

En un país de vientos y de lluvias.

Ciudad de lunas en desvelo,

Tierra de silencio junto al fuego.

¡Ah, niña mía tan triste!
 Tinieblas de distancia me arrebatan tu ternura.
 ¡Ah, niña mía!
 En esta hora
 Arde mi corazón en tu recuerdo.

A. Rojas Giménez.

A. ROJAS GIMÉNEZ.

Mar de las Antillas, 1924.

Samuel Zenteno Anaya

El Espíritu de la Educación Norte-Americana

«Tendencias actuales de la Educación Norte-Americana» por Maximiliano Salas Marchán.

AL hacer el comentario y la presentación de este libro, no podemos menos que lamentar una extraña modalidad de nuestra vida intelectual: nos referimos a la indiferencia, cuando no al silencio, con que se recibe la producción científica de nuestros hombres de estudio.

Sale a luz, entre nosotros, algún volumen de carácter puramente literario y sobran para él los comentarios, pero no ocurre lo mismo tratándose de obras científicas, de cuya trascendencia parece que no se dieran cuenta ni los que están obligados a ello.

Es así como libros de manifiesta utilidad e importancia, pasan inadvertidos o son aprovechados sólo por círculos muy reducidos, malográndose de esta manera los beneficios que podían aportar a la cultura nacional.

Hay el peligro de que ocurra esto último con el valiosísimo trabajo del señor Salas. Falta un estudio que lo presente con la amplitud que merece, y son relativamente pocos los profesores que tienen noticia de su contenido, todo esto no obstante tratarse de un autor prestigiado por los más altos merecimientos intelectuales y morales y de un libro que, seguramente, será

apreciado como una contribución honrosísima a la bibliografía pedagógica de Chile y demás países de habla castellana.

El señor Salas es, en justicia, un profesor eminente, en cuya personalidad se destacan, con relieves que despiertan admiración y cordial simpatía, la amplitud de alma, el optimismo, la idealidad generosa y constructiva, la serenidad, la elevación moral, el talento y la ilustración; virtudes y cualidades todas que han de ser el bagaje obligado del verdadero educador.

Por otra parte, su libro, animado por la fuerza inspiradora de esas virtudes, escrito en estilo hermoso, comprensivo y lleno de unción, y rico en ideas fecundas y orientaciones renovadoras, es uno de los estudios más penetrantes que conocemos de la educación americana.

Llega él en hora muy oportuna, cuando el profesorado, impulsado por un noble anhelo de perfeccionamiento, ansía apartarse, hasta donde es racional, de los moldes de la antigua pedagogía intelectualista alemana. Para que ese movimiento de renovación fuera encaminado provechosamente hacia lo que conceptúa la ciencia pedagógica como lo mejor, era de urgente necesidad un libro como el del señor Salas, que guiara a los educadores en el conocimiento y comprensión de la pedagogía americana, tan útil e importante, sobre todo, para los que están imbuídos todavía en el concepto clásico de que el objetivo único de la educación es la adquisición de conocimientos. Esencialmente dinámica y activista; cuidadosa, ante todo, de la formación del carácter; atenta como ninguna otra, a los fines cívico y social y a la eficiencia práctica del educando, la educación americana puede ser considerada como el mejor antídoto que corrija nuestros defectos educacionales.

Quien estudie nuestra educación desde el punto de vista de las tendencias dominantes que actúan en ella, encontrará, por un lado, la pedagogía herbartiana, que ha moldeado nuestra enseñanza desde cuarenta años atrás, influyendo todavía con todos sus defectos en los métodos de gran parte del profesorado; por el otro, las modernas corrientes de la pedagogía y psicología norte-americanas, que van penetrando gracias al esfuerzo

inteligente de algunos de nuestros educadores, quienes con una fe y constancia dignas de la causa que sirven, avanzan victoriosamente contra la rutina de unos y la inercia de otros.

A los muchos y muy valiosos servicios que ya tiene prestados a la educación, agrega el señor Salas este otro de proporcionar un libro que, por su forma y contenido, facilitará la difusión de las mejores doctrinas pedagógicas y la consiguiente modernización de nuestro sistema educacional.

* * *

Hagamos un análisis de él, limitándonos, por la brevedad necesaria, a aquellos aspectos esenciales de la educación norteamericana.

Desde luego, para nosotros, que tenemos una educación y un sistema educacional absurdamente rígidos, con escuelas y liceos regidos por idénticos planes y programas, es útil saber previamente que el primer rasgo distintivo de la educación americana es su flexibilidad y su carácter multiforme, de tal manera que en ella encuentran satisfacción plena todas las vocaciones individuales y todos los intereses sociales. Es que allá se respeta el principio pedagógico fundamental de que la educación, siendo en uno de sus aspectos más esenciales una obra de acomodación, de adaptación a las capacidades del educando y a las necesidades de la sociedad, se ha de dar en planteles diferenciados y del tipo más variado. Como consecuencia, en Estados Unidos de América las escuelas y colegios no se fundan obedeciendo a una generosidad inconsciente del gobierno o a intereses menguados de la política lugareña, sino a necesidades reales y evidentes de cada agrupación. ¡He aquí una de las manifestaciones más trascendentales de la libertad en la Gran República!

No obstante esa complicada y rica variedad de organismos educacionales, es fácil encontrar a través de todos ellos ciertas características generales bien definidas que permiten hablar de un finalidad, de un espíritu, de una orientación en la educación

americana, fruto de las concepciones geniales de sus pedagogos y psicólogos, de las cualidades superiores de esa raza, de los muchos factores políticos, geográficos, económicos, sociales que influyen en cualquier sistema educacional y, sobre todo, de la obra inteligente y llena de idealidad de sus educadores.

Respecto a este último factor, es rasgo ejemplar de los profesores norteamericanos su selecta disposición espiritual: su fe consciente en la noble y difícil misión que realizan, como resultado de la cultura pedagógica y psicológica que atesoran y de la concepción optimista que tienen de la vida; su devoción constante hacia el niño, mantenida por esa delicada afectividad que les permite sentir todas las ternuras y bellezas que encierra la infancia; sus ansias de incesante perfeccionamiento, alimentadas por medio de cursos especiales, revistas, conferencias, asociaciones pedagógicas, asambleas periódicas, que, junto con elevar su nivel cultural, dan origen a un pujante espíritu societario y a una acción solidaria profesional, virtudes todas que ennoblecen la actividad docente y contribuyen a formar en su favor una conciencia pública cordial y respetuosa. ¡Qué sobresalientes y trascendentales aparecen esos valores en una época como la presente, enferma de pereza espiritual, y tratándose de una actividad como la educación cuyo factor fundamental es la personalidad del educador.

Es verdad que a esa calidad selecta del profesorado americano, corresponden, como recíproca, un Estado y una sociedad comprensivos de sus deberes con aquél; así se explica que en los Estados Unidos de América haya un sistema de estímulos admirablemente organizados para animar al educador, sostenerlo en sus desfallecimientos, renovar sus energías para el trabajo diario y mantener vivo en él la llama del optimismo y del interés por la educación.

* * *

El primer problema que se presenta al que estudia un sistema educacional cualquiera es el del ideal de esa educación, o

sea, el término a que pretende llegar en la obra educativa. Según esto: ¿Cuál es el fin último de la educación americana? ¿Qué tipo de hombre aspira a formar ella?

«En los Estados Unidos de América, como en todo el mundo, dice el señor Salas, se reconoce que la adquisición de valores morales es el fin supremo de la educación»; y más adelante agrega: «La educación tendrá un vacío de consecuencias trágicas si limita la preparación para la vida a la cultura intelectual y los medios para ganarse la vida».

Este juicio, venido de uno de nuestros educadores más representativos, y ese ejemplo dado por un pueblo de tan máxima cultura, contribuyen a afirmarnos aun más en la convicción de que la herencia más preciada de la humanidad y lo que hay de perenne y selecto en la civilización de todos los tiempos son los valores morales, y que una educación que pretende transformar todas las instituciones educacionales en instrumentos de enseñanza puramente utilitaria no conseguiría dar a los pueblos la felicidad que anhelan sino hasta el límite estrecho a que llegaron los países que, como Fenicia, habían olvidado la gran verdad de que el hombre ante todo es un ser moral.

Se habla en todas partes del fin práctico, de la educación utilitaria, de la urgencia de atender, ante todo, a la preparación de agricultores, industriales, mineros, comerciantes, etc. Admitimos que esta sea una necesidad social premiosa a que debe proveer la educación; pedimos que la enseñanza forme el sentido económico y las capacidades técnicas necesarias para que cada uno sepa sobrellevar su propio peso, pero que no se detenga aquí la obra educativa sino que llegue, con sus métodos, disciplina y demás recursos, hasta fortalecer la calidad moral del futuro hombre y ciudadano.

La importancia primordial que da la educación americana a la preparación para el hogar mediante prácticas y enseñanzas que vigoricen en el educando el amor y el respeto por la familia; la atención que pone en el mejor empleo que haga el alumno de sus horas desocupadas y cuyo resultado son las muchas organizaciones deportivas y actividades recreativas crea-

das y fomentadas por la escuela para evitar que la ociosidad empuje al educando hacia el vicio; la institución de los consejeros morales encargados de guiar al niño en su conducta; el cuidado que ponen los maestros en el estudio individual de sus alumnos para descubrir sus inclinaciones e influir en ellas: la orientación metodológica de extraer de cada asignatura preferentemente los valores morales; el esfuerzo por crear oportunidades para que la vida escolar transforme la emoción o ideal moral en acción; el desarrollo prodigioso de las asociaciones con fines de beneficencia y de perfeccionamiento; son la expresión concreta de aquel ideal de la educación americana que proclama la supremacía de los valores morales.

Pero falta saber cuál es la aplicación más concreta e importante de esos valores en la educación que nos ocupa. El señor Salas nos dice: «Los Estados Unidos son una democracia que continuamente va buscando su camino de perfeccionamiento y este camino no se puede recorrer sino impulsado por la fuerza del carácter moral; conceptos que significan un énfasis sobre la trascendencia del fin moral y un nuevo objetivo agregado a él: la educación cívica.

A su vez este objetivo de la educación americana de formar al buen ciudadano se traduce en otros rasgos que le son característicos, como la tendencia de introducir en la vida escolar los mismos ideales de la democracia: el gobierno de sí mismo, la autonomía individual, el régimen de libertad, la cooperación social, la iniciativa, etc.

Mas, si educación significa, con respecto al profesor, ejercicio del mando, conminatoria, y con respecto al alumno, sumisión, docilidad, es decir, procedimientos y actitudes los menos apropiados para formar hombres libres como deben ser los componentes de una democracia, ¿cómo armonizar ambas exigencias? La educación americana ha salvado este aparente antagonismo procurando que la vida escolar, sobre todo la disciplina, fomente los hábitos de libertad, acción, iniciativa, por un lado; y por el otro los de responsabilidad; aquéllos para que la educación forme ciudadanos viriles, independientes, dueños de sí

mismos, seguros de su cuerpo, de su voluntad y de su pensamiento; y éste para preparar hombres conscientes de la parte que a cada uno le corresponde en la conservación y progreso de la sociedad.

Esta misma necesidad de adaptar la vida escolar a la preparación para la democracia, unida al máximo respeto por los derechos del niño, ha determinado un cambio en la actitud del profesor. Al dogmatismo presuntuoso y al menosprecio por el educando, se les ha reemplazado por una íntima y cordial reverencia, de tal modo que ahora el papel del maestro ya no consiste en «moldear» o «enseñar», como se decía antaño, sino en ayudar, en «guiar» al niño con naturalidad humilde. El educador americano es el que menos uso hace quizá de la autoridad en su trato con los niños y en el gobierno de la escuela. La amistad, el ejemplo y la conciencia de la propia responsabilidad son la base de las relaciones entre ellos.

La pedagogía americana, que es realista, porque fundamenta sus prácticas y principios en la realidad psico-fisiológica del educando, reconoce que el punto de partida de toda actividad, aun de las más elevadas, como el propósito moral es esencialmente fisiológico; así mismo que la raíz de la calidad moral del individuo está en la base orgánica de la vida psíquica, o sea, en el conjunto del organismo y más especialmente en los aparatos nerviosos periféricos y centrales y en las glándulas de secreción interna; que aquella a su vez depende del alimento, de la luz, del aire, de la energía acumulada procedente del mundo circundante y transformada en impulso y en capacidad de reacción.

De ahí la importancia primordial que da la educación americana a la salud física del niño, importancia que se manifiesta en los numerosos servicios de preservación y atención higiénica y médica, como las clínicas dentales, la inspección médico-escolar, las escuelas al aire libre, la calefacción de las salas de clases, etc.

No hay para qué insistir en la preferencia que se concede a la educación física, que se hace a base de movimientos libres,

juegos, danzas, natación, excursiones, etc. Bástenos decir que en los colegios americanos no es el niño sabihondo el que más atrae la atención de sus compañeros, ni el que se impone a los demás, sino el que ganó en algún concurso deportivo, el más ágil, el más viril. Esto no significa el imperio de la fuerza, puesto que ese niño más enérgico no lo es sólo por la robustez física, sino también por el temple de su espíritu.

Los profesores americanos han previsto el peligro de que los conceptos «valores morales» y «perfecto ciudadano» queden reducidos en la práctica educativa a simples palabras o a vagas aspiraciones, confeccionando por intermedio del personal de la escuela Horacio Mann, anexa al Teacher College, de New York, un documento intitulado «Hábitos y actitudes deseables para un buen ciudadano de la comunidad y de la escuela elemental», que es una verdadera escala de los valores morales, porque contiene el análisis prolijo de los hábitos y actitudes relativas a todos los aspectos de la personalidad.

Según esa lista de valores morales, el buen ciudadano debe «cuidar su salud, mantenerse en buena postura, ser ordenado, ejercitar la economía, ser puntual, pensar claramente sus problemas, tener buen humor, ser delicado, tener iniciativa provechosa y confianza en sí mismo, ajustarse a las buenas tradiciones de los deportes, proceder con corrección, ser valiente, íntegro, verídico, obediente, generoso, cortés, discreto, leal, prestar cooperación, tener un criterio amplio, tener el sentido de apreciación y procurar expresarla».

He ahí la unidad de medida moral, el tipo de hombre que aspira a formar la educación americana. Cada una de esas cualidades generales comprende, todavía, un grupo de otras subordinadas con su nota correspondiente que se extiende de 1 a 10 para los efectos de que el profesor avalúe la capacidad moral del alumno.

Aunque reconocemos que es muy difícil reducir a cifras aspectos tan complejos y sutiles de la personalidad humana, dicha escala es interesante, sobre todo muy sugerente, pues ella nos

da la clave del espíritu de la educación americana en sus finalidades y en su espíritu.

Así, observando la nota que corresponde a cada cualidad, se ve que las más altas se asignan a las virtudes relacionadas con la cooperación y solidaridad sociales, como la «subordinación de los propios deseos a los más amplios propósitos e ideales de vida, la constancia y devoción en el servicio al país, la renuncia a la propia preferencia cuando contraría el bienestar del grupo, el espíritu de ayuda y servicio para otros, ya en el trabajo o en el juego, la defensa de lo correcto y la oposición a lo malo cada vez que la ocasión se presenta».

Basta lo anterior para darse cuenta de la gran importancia que da la educación americana a la formación del espíritu social, «de ese idealismo valeroso y práctico, como dice tan bellamente el señor Salas, que quiere remediar las miserias del alma y del cuerpo, atar la comunidad con lazos fraternales y poner a su alcance la mayor suma de placeres elevados».

Esta tendencia social es, seguramente, la concepción más valiosa aportada por la pedagogía americana a la educación moderna, y no como una simple teoría, sino como realidad que ha penetrado en los programas, métodos, organización, disciplina, en suma, en la estructura general de la escuela, del colegio y de la universidad americanos, organismos donde toda actividad, todo trabajo se guía por el hermoso lema de la Universidad de Berkeley: «Aquí se viene a estudiar; de aquí se sale a servir» ¡Noble y ansiada consigna que ojalá se extienda por todos los países en un futuro no lejano, para gozar con la belleza de una humanidad feliz y buena!

Los pedagogos americanos polarizan todos los fines de la educación que hemos analizado anteriormente en la «eficiencia social», expresión que engloba tres conceptos fundamentales: capacidad del individuo para ganarse su vida; moralidad suficiente para no servir de estorbo al esfuerzo de los demás; condiciones personales y morales que le permitan cooperar al progreso de la colectividad.

Se infiere de lo anterior que, para asegurar en forma com-

pleta la eficiencia social del individuo, la educación debe agregar a las finalidades cívica, moral y social, otra de carácter utilitario que consiste en desenvolver en el educando una serie de habilidades, en prepararlo para hacer el mayor número posible de cosas útiles en el mundo exterior, en adiestrar sus órganos mediante los cuales entra en contacto con las cosas, en suma, en capacitarlo para la lucha por la vida.

Con este último objetivo se completa el ideal de la educación americana y se nos presenta de una amplitud y un sentido tan elevado, que compendia todos los fines y satisface completamente todas las necesidades sociales e individuales.

El fin utilitario y práctico es realizado en Estados Unidos de América mediante una técnica pedagógica característica como los métodos activos, la enseñanza vocacional, el sistema de ramos electivos, la enseñanza de las artes industriales y constructivas y de la agricultura, el uso de los «test» para medir los resultados de la enseñanza y las capacidades y aptitudes del alumno; las oficinas de orientación profesional encargadas de guiar a cada individuo hacia las actividades que guardan relación con sus aptitudes, el método del proyecto, etc.

En esos rasgos se ve la tendencia de la pedagogía americana de hacer que la enseñanza sea cada día más y más un alistamiento para la acción, para los propósitos prácticos, una actividad espontánea, personal y productiva; que facilite a los niños de todas las clases sociales su llegada hasta las instituciones pedagógicas más altas, independientemente de su posición económica y social y sólo en relación con sus aptitudes y gustos; que seleccione a los bien dotados y a los anormales, a éstos para librarlos de ser una carga social y a aquéllos para aprovechar de sus capacidades extraordinarias en el progreso de la colectividad; que adopte el método de proyecto, abandonando los procedimientos librescos con sus lecciones aprendidas exclusiva y servilmente en los textos, con sus clases hechas únicamente a base de discursos, preguntas y respuestas y con sus programas de un detallismo y rigidez torturantes; que se aparte del intelectualismo, lo cual no sig-

nifica negar la importancia del elemento intelectual en la formación del alumno, sino condenar la doctrina que concede a la inteligencia un lugar preponderante a expensas del sentimiento y la actividad.

Veamos a la ligera en qué consiste el método del proyecto a que hemos hecho referencia anteriormente, ya que él condensa todo el espíritu de la técnica pedagógica americana.

Se funda en la siguiente observación de Kilpatrick y otros educadores americanos y que transcribimos del libro del señor Salas: «La vida valiosa está formada de actividades intencionadas (proyectos) y no de un pasivo dejarse llevar. El acto con un propósito es la unidad típica de la vida valiosa. Despreciamos al hombre que, pasivamente, acepta lo que trae el hado o la simple casualidad. Admiramos al hombre que es dueño de su destino, que, con deliberada consideración de una situación total forma propósitos claros y de largo alcance, que planea y ejecuta cuidadosamente los propósitos así formados. Un hombre que, habitualmente, regula de ese modo su vida con referencias a valiosos objetos, satisface, de una vez, las demandas de la eficiencia práctica y de la responsabilidad moral. Él representa el ideal de la ciudadanía democrática».

De los conceptos anteriores se deduce que el proyecto es como la unidad de medida de la capacidad moral, práctica, social y cívica del individuo, el elemento fundamental que debe entrar en toda actividad escolar sea esta física, afectiva o intelectual.

Toda actividad, ejecutada al impulso de un propósito dominante; todo esfuerzo que surge de un interés del alumno, de una necesidad sentida por él, es un proyecto: escribir en la clase de Castellano una carta para comunicarse con alguien que el niño desea; construir en la clase de Trabajos Manuales un instrumento que le servirá de juguete; estudiar en la clase de Química lo que es el salitre por el deseo de utilizarlo en abonar el jardín de la casa; estudiar Geografía de un país para hacer una visita a él, etc., etc., son todos proyectos en que el punto de partida es siempre un interés del educando y

en torno al cual se organizan las actuaciones mentales hoy cristalizadas en las lecciones de los textos.

El «proyecto» es la organización de la vida escolar americana sobre la base de la actuación espontánea física, manual, intelectual o moral de los propios alumnos, en vez del dogmatismo de las llamadas lecciones del texto o profesor.

No se le debe confundir con los llamados problemas, pues el proyecto es motivado por un interés espontáneo del educando y el problema por la imposición del texto del profesor. No es un procedimiento mecánico o formal, sino una verdadera actitud mental, general y constante del alumno y del profesor, encaminada a formar hombres activos, útiles, de iniciativa, y dotados de una amplia capacidad constructiva.

Con la lectura del libro del señor Salas, se verán las ventajas y trascendencia de este método en la formación de la personalidad integral del niño americano, y se comprenderá el porqué de los rasgos vigorosos y selectos de la raza americana. El método del proyecto es, pues, la solución práctica de muchos problemas pedagógicos que hoy se presentan en la educación: como el desarrollo de la individualidad, de la espontaneidad, de la libertad, de la voluntad, de la capacidad inventiva, etc.

He ahí, suscitantemente, los aspectos esenciales de la educación americana, a cada uno de los cuales dedica el señor Salas páginas que se leen con seguro provecho y el más vivo interés. Queremos todavía hacer mención especial del capítulo dedicado a los «tests», por la forma fácil y completa con que en él se presenta un problema técnico de suyo difícil para la generalidad de los profesores.

No siendo posible recoger en un solo artículo, todavía obligadamente limitado, todas las ideas de un volumen nutrido y pleno de doctrinas y noticias, como es este libro, terminamos recomendando calurosamente su lectura atenta a las personas que se dedican a los problemas educativos, en especial a los profesores, quienes no deben olvidar que los momentos de renovación pedagógica que vivimos exigen de ellos con caracte-

res ineludibles el estudio y dominio de la moderna pedagogía, por lo menos en sus tendencias principales, y que gran parte de las reformas que reclama la educación depende del educador mismo, es decir, de su renovación interior, sin la cual el espíritu y los métodos de la escuela y el liceo jamás podrán remozarse.

SAMUEL ZENTENO ANAYA.

Tres meses en Chile



Paul Hazard

Tres meses en Chile

Abril, 1924.

PONGO una señal en mis libros; interrumpo la lectura comenzada. Se me ha hecho el honor de llamarme a la Universidad de Santiago, donde debo enseñar durante tres meses, y me preparo a partir hacia el extremo del mundo, hacia Chile.

Vuelvo a ver entonces, en el pensamiento, la vida extraordinaria de los viajeros. El puerto ruidoso, lleno de olores marinos. La oscura mole del barco, que encierra un hormiguero en trabajo. La exploración: ¿dónde están los camarotes, el comedor, el salón, el fumadero? ¿Cómo se llama el comandante? ¿Será amable el comisario? ¿Tiene el vapor buenas condiciones de navegación? La partida: el monstruo resuella, lanza gritos desesperados, respira, se mueve; los muelles se alejan, la costa se esfuma; adiós, Francia... Después, será la existencia a bordo, a lo largo de los días monótonos, las lecturas indiferentes, las siestas y el ocio; un largo intermedio de inacción, de entorpecimiento, durante el cual elevaremos a la categoría de acontecimientos considerables el paso de un navío, el ir y venir de un tropel de delfines, la aparición de una ballena o las volteretas de los peces voladores. El mar caprichoso se cansará de todos sus cambiantes vestidos, de su traje esmeralda y de su traje azul profundo, de su traje franjeado de armiño, trasparente, glauco o gris; se incendiará bajo el sol y se encenderá de plata

bajo la luna. Hará penetrar hasta lo más profundo de nuestro ser la modorra de sus horas sin sombra, o bien, súbitamente encolerizado, transformará esta nave, que nos parecía un mundo, en un pobre juguete pequeño y bañado por las aguas.

Veremos la comedia humana: en ninguna parte se está mejor colocado para observarla que en un sillón del puente. Allí estarán los charlatanes, que verán modo de dirigir la palabra a todos los pasajeros; los taciturnos, que de la mañana a la noche se pasean solitarios; los jugadores, que se pasan las noches en las mesas de poker; los gastrónomos, para quienes la hora divina es la del comedor. Gentes absolutamente extrañas las unas para las otras explorarán todo su parentesco, remontarán el curso de sus vidas para encontrar, por fin, un conocido común; ¡y qué sorpresa! Se formarán clanes y grupos íntimos; se anudarán amistades y amores. Por la ociosidad, por la vanidad, por la estrechez misma de esta escena, en que los actores aprisionados se cruzan veinte veces al día, estas pasiones se exasperarán de tal manera, que la comedia amenazará por momentos convertirse en tragedia. Entretanto, el buen navío, despreocupado de todo, excepto de su ruta, continuará trazando su camino; noche y día se percibe el temblor de sus máquinas incansables; poco le importan las agitaciones de los pequeños hombres que conduce; fiel, obstinado, se dirige hacia su puerto. Sabe muy bien que a la llegada todo se calmará; que se estrecharán la mano con una indiferencia apenas amable; que cada uno, encontrándose a sí mismo, olvidará a sus compañeros de viaje y volverá a partir hacia su propio destino.

Sí, reviviremos todas estas impresiones de viaje, tan pintorescas, tan atrayentes y tan llenas de enseñanzas, que a aquel que no las haya conocido le faltará una profunda experiencia, y que una vez probadas, se imponen al recuerdo con fuerza invencible. Penetrados por los soplos de alta mar, desembarcados al fin, nos enriqueceremos al contacto de nuestros hermanos lejanos y, en cambio, les ofreceremos lo mejor de nosotros mismos.

Se reprochaba antes a los profesores el que no salieran de

sus bibliotecas y sólo hicieran por viaje el trayecto que lleva de su gabinete de trabajo a su cátedra. Hoy van de muy buen grado por todo el vasto mundo; tanto mejor si su saber llega a ser menos libresco y más ampliamente humano.

Los Andes, 19 de Mayo.

Sentimos un pequeño desdén hacia los pasajeros que terminan su viaje en Buenos Aires: ¡tan pronto! Por nuestra parte, iremos tan lejos como es posible ir, y no abandonaremos el buque sino para tomar el ferrocarril. Durante veinticuatro horas, hasta Mendoza, el tren corre a través de la pampa argentina. Ni una ondulación viene a interrumpir la monotonía de la interminable planicie; ni casas, ni árboles; ¿qué se han hecho nuestros vallados? ¿dónde están nuestros campos totalmente humanizados? Avestruces, ovejas, bueyes, animan hasta la lejanía la hierba seca; ¿dónde están nuestros pastores y nuestros boyeros, y nuestros serviciales perros, que no permiten que nuestros rebaños se conviertan en hordas? Ellos saben que la tierra de Francia no es grande; he ahí por qué los tienen bien guardados. Muy pronto el mirar por la ventanilla nos da una sensación penosa; tal es la obstinación de la llanura en conservarse siempre igual, en rehusar la más pequeña variación. Un polvillo implacable invade el vagón a despecho de la doble ventana; cubre los cabellos, se adhiere a los rostros, penetra en la garganta; lo respiramos, lo bebemos.

En Mendoza, no se desciende sino para sacudirse antes de comenzar un nuevo viaje, esta vez en la altura. Este pequeño tren que espera es el trasandino, que tiene la pretensión de escalar la Cordillera. Parte, sube; se detiene en las estaciones hechas a su semejanza, tan pequeñitas, que parecen juguetes de niños; todos los viajeros descienden para recrearse. Escalando las pendientes, deslizándose al borde de los montes, atravesando los valles, rozando el borde de los precipicios, rodeando las cumbres, se lanza

hacia adelante con un esfuerzo enorme. Indudablemente terminará por llegar allá arriba, a tres mil doscientos metros, último extremo de su ambición. Entre tanto, el paisaje, que ninguna vegetación adorna, toma poco a poco un carácter áspero. En las líneas, es una sucesión de perfiles audaces, y en los colores, es un enrojecimiento continuo de las tierras aglomeradas y de las rocas áridas. La nieve aun no ha invadido la montaña; apenas se advierten algunas blancuras eternas. A intervalos, encontramos grupos de hombres ocupados en asegurar un terraplén, en cavar un túnel, en edificar las galerías de madera que protejerán contra los rodados de nieve esta línea paradójal; extraños habitantes de las alturas, cubiertos de pieles de animales, con abrigo de lana, enanos de las montañas gigantes.

Por fin la ascensión ha terminado; se detiene por costumbre allí donde se detenían las antiguas caravanas, sobre una estrecha meseta que las cumbres circundan como las puntas de una corona. Apenas tenemos tiempo para contemplar los reflejos del sol sobre las neveras; ahora es preciso deslizarse hasta el llano, sobre las abruptas vertientes de las laderas chilenas.

Poco a poco cae la oscuridad; la fantasmagoría de afuera se desvanece y se apaga. Sólo el ruido de los frenos indica un descenso vertiginoso. Sentimos pesar hondamente el cansancio de la fatiga acumulada; parece que estuviéramos condenados a rodar eternamente en la oscuridad.

Finalmente, los Andes, al pie de la Cordillera. Desciendo en una estación desconocida, obligado a correr detrás de los mozos que se han hecho cargo de nuestras valijas y que marchan a paso ligero, en la necesidad de buscar las maletas para la visita de la aduana; cansado, agotado, entorpecido por el sueño, arrastrado por la ola de los que llegan, repentinamente creo oír una voz que grita mi nombre. No hay error posible; es a mí a quien llaman; ¿qué milagro es éste?

Quien me ha llamado es un profesor de la Universidad de Santiago, delegado expresamente hasta la estación fronteriza para dar la bienvenida a su colega extranjero, para evitarle toda molestia, para viajar con él y guiarlo, por fin, a su llegada a la

ciudad que deberá ser su nueva residencia. Como le hubiera sido imposible reparar en mí en medio de la multitud, ha usado de un medio heroico; se ha puesto a gritar mi nombre; así es como el encuentro pudo producirse. Volviendo a partir bajo su guía, pienso que desde entonces toco al término de mi ruta, que mi tarea va a comenzar; y bendigo al mismo tiempo la exquisita cortesía de un país que ha querido darme desde los comienzos esta prueba de hospitalidad: feliz presagio que sólo los dioses favorables pueden enviar.

* * *

Santiago de Chile, 21 de Mayo.

He estado a punto de equivocarme como aquel viajero legendario que al atravesar una campiña donde las labradoras se hallaban ocupadas en escardar los plantíos, anota en sus apuntes que en esa región todas las mujeres caminan en cuatro pies.

Efectivamente, en mis comienzos acabo de recibir una impresión atrayente. Hoy es día de fiesta patriótica; las calles aparecen empavesadas; las tropas desfilan. Ahora bien, es muy poco decir que el uniforme de estas tropas ha sido imitado del alemán; reconozco el uniforme alemán mismo. Nada falta en él: ni las botas, ni las mochilas de piel leonada, ni el casco en punta.

¿Es preciso deducir de esto que todo Chile no es sino una Germania? Cuidémonos, por el contrario, de tal tentación; pues es gran pecado generalizar muy de prisa. No pensemos nada por el momento, o pensemos que hay en esto un pequeño misterio que el porvenir nos explicará.

Observemos mejor a la muchedumbre que se precipita al paso de los soldados: orgullosa, emocionada. Se me dice que el patriotismo es aquí uno de los más profundos sentimientos; que no hay sacrificio en que la nación no consienta para conservar este ejército fuerte y disciplinado. Veo la prueba de ello: numerosos campesinos a caballo siguen a las tropas; han venido de los pueblos próximos o lejanos para demostrar su ad-

hesión a la patria y su fidelidad al ejército. Tienen semblante de orgullo, firmemente montados sobre sus cabalgaduras, hieráticamente trajeados con sus grandes ponchos.

EN LA UNIVERSIDAD

¡Qué día tan luminoso! Parece que la estación cruda ha comenzado: los europeos recién llegados no se habitúan fácilmente a la idea de que sus meses de calor son aquí los meses de invierno y a que la Pascua sea una fiesta de verano. Acaso las lluvias lleguen más tarde; lo cierto es que este día de Otoño es suave como nuestras primaveras. En Santiago de Chile, los latinos encuentran de nuevo, lejos de las violencias de los trópicos, amigable y bienhechor, el sol, su grande amigo.

La ciudad está trazada en cuadros, a la manera de las ciudades americanas. Es ésta, por lo demás, la única semejanza suya con sus grandes hermanas del Norte. No invade el cielo; no se hunde en la tierra; no se extiende fuera de toda medida. Tiene sus calles sociales, un centro, un corazón. Es española, por su noble catedral, por el palacio del Gobierno, la Moneada, del más elevado estilo, y por sus casas con patio. O, más bien, era española, pues la vida moderna es despiadada con los vestigios del pasado; era española, y de ello conserva aún algunos recuerdos en ciertos lugares.

Nada más agradable que este primer contacto con una ciudad extranjera: es un rostro que desciframos. En Santiago de Chile, un francés se siente menos desterrado que en Londres, por ejemplo. La distancia nada influye en esto; basta que la raza, muy próxima, nos dé la impresión de una intimidad que es fácil descubrir. Por lo demás, los rezagados que alimentan respecto de la América del Sur ideas a menudo absurdas y a veces hirientes, comprenderían pronto su error si alcanzaran hasta aquí. Una hora de paseo bastaría para mostrarles la sobria elegancia de las mujeres y la seguridad de su gusto. Nada chillón, nada pesado; por todas partes, al contrario, el sentido de las discretas armonías. Ahora, si es verdad que nuestro

pueblo es particularmente sensible a estas mismas cualidades de refinamiento y de medida, me complace de verdad descubrir, a la primera mirada, este evidente parentesco.

Los edificios de la Universidad se hallan en la Alameda, en la Avenida de las Delicias, como se la llama. Y es deliciosa, en efecto, esta inmensa avenida ornada de árboles seculares, bordeada de residencias elegantes, paseo, parque y boulevard. «¿Podemos ver al Rector?—Atraviése Ud. el patio y pregunte al secretario; el Rector le espera ya».

He atravesado el patio y entrado a la sala donde los retratos de los rectores fallecidos os observan con esa mirada celosa que tienen los muertos para los vivos, y héme aquí frente a don Gregorio Amunátegui Solar. Es él de aquellos a quienes creemos reconocer cuando los vemos por primera vez; tanta naturalidad hay en su acogida y tanta afabilidad en su «¡Buenos días, mi querido colega!», tanto atractivo en toda su persona.

Don Gregorio es hombre de raza. Cuando sale de la Universidad, para subir a su coche, puede ver la estatua de su padre y de su tío, hombres de ciencia y hombres de Estado, que se eleva en la Alameda. Don Gregorio tiene el trato refinado que da el mundo, a pesar de que niega ser mundano. Don Gregorio conoce bien Europa; sus primeros estudios le llevaron a Alemania; su natural inclinación y sus afinidades profundas le llevan hacia Francia. Está dotado de la más fina y más flexible inteligencia, no sin algo de humor; a menudo su mirada sonríe tras de sus lentes. A pesar de todos los cargos que ha ocupado, a pesar del enorme peso que soporta todavía,—el de administrar a la vez la enseñanza superior y la enseñanza secundaria de Chile,—don Gregorio está lleno de fuerzas: si conserva su barba blanca, es sólo por coquetería. Como médico, conoce la patología de las almas; como cirujano de mérito, sabe que es preciso no retroceder ante una operación, de tiempo en tiempo. Ama a su país, no con ese amor inerte y contemplativo que consiste en alabar todas las cosas, sino con un amor activo que mira hacia el porvenir.

Don Gregorio allana mis dificultades, no sólo porque se desembaraza pronto de la pequeña organización que supone mi llegada,—comienzo de los cursos, días, horas, locales; presentación a los altos funcionarios de la Universidad, a los decanos, a los colegas; presentación a las autoridades chilenas;— sino porque él mismo se anticipa a mis dudas, y me orienta en esta atmósfera desconocida. «Esté Ud. seguro de una cosa, me dice; es, en el orden intelectual y moral, la proximidad de Chile a la tradición francesa. Nuestro pensamiento está muy cerca del vuestro, porque no ha dejado de nutrirse de él desde el día de nuestra emancipación». Y me refiere cómo los libros que despertaron su curiosidad de joven, son libros franceses; cómo la cubierta color salmón de la *Revue des Deux Mondes*, a la que su padre estuvo suscrito desde su fundación, le ha sido familiar desde su adolescencia. Nada desea más vivamente que ver reforzarse los lazos espirituales que unen nuestros pueblos.

Veré a menudo la vasta y clara sala donde fui acogido por primera vez, la mesa cargada de libros, y rey de este reino, a don Gregorio Amunátegui Solar. La Universidad no será un lugar de tránsito donde no deba aparecer sino en las horas de mis cursos, sino una de mis residencias: seremos vecinos. Le interrogaré algunas veces, y él me interrogará a menudo, preocupado en conocer mejor la enseñanza francesa para adoptar, si es posible, lo que pueda ser útil a la enseñanza chilena. ¿Cómo son designados, en forma precisa, vuestros profesores? ¿En qué consiste exactamente vuestra agregación? ¿Cuántas horas semanales os exigen en vuestros cursos? ¿Cómo proceden Uds. a la corrección de los trabajos? Y, sobre todo, ¿qué lugar reservan Uds. a los estudios puramente desinteresados, a aquellos que no responden a ninguna utilidad inmediata y contribuyen, por su naturaleza y por sus métodos, a elevar el nivel intelectual de una nación? Se advierte en él un espíritu en perpetua labor, que no se paga de palabras; sabe que no basta enunciar un posible progreso para transformarlo en adquisición; pertenece a la especie de los realizadores, que jamás conciben una idea sin buscar al mismo tiempo los medios de

acción que corresponden a ella. Se comprende así el ideal, a la vez nacional y humano, que anima a este hombre, a quien no se podría conocer sin estimarle.

LOS CURSOS

Heme aquí en el ejercicio de mis funciones, sentado ante una pequeña mesa que se avanza como una punta de tierra en medio del auditorio, ante el vaso de agua ritual, frente a la instalación de telefonía sin hilos que transmitirá mis palabras a los amigos lejanos e invisibles: signo de los tiempos nuevos. Aquí comienza otro orden de dificultades, más personal. ¡Feliz el que se sienta con desenvoltura, con facilidad, mueve la botella sin el temor de vaciar su contenido sobre las notas, y aun se complace con sus propias palabras! Por mi parte, jamás he comenzado una lección sin experimentar un deseo vehemente de hallarme a cien leguas de distancia; los cinco primeros minutos me resultan terribles.

Pero es tal la benevolencia del público que me escucha, que muy pronto siento cómo se establece el contacto. No se me rehusará, estoy seguro, esa simpatía sin la cual el que habla queda reducido a predicar en el desierto; por el contrario, se me prestará la más viva atención. Hay a veces un curioso fenómeno en virtud del cual los que tienen la costumbre de hablar en público se desdoblán. Dos personajes coexisten en ellos que, repentinamente, se separan. El primero continúa emitiendo sonidos, construyendo frases, desarrollando mecánicamente su tarea de orador. El segundo, se desprende, se escapa, vaga, observa, fija su atención sobre un detalle menudo, coge de pasada los signos infalibles que permiten advertir la atención o la desatención del auditorio. Oye los bostezos ahogados, las retiradas estratégicas, los cuchicheos de sillón a sillón, las conversaciones furtivas; o, a la inversa, ve que nadie se mueve, que la atmósfera se entibia, que los accesos de tos terminan, que los resfríos se curan como por encanto. Inmediatamente da cuenta a su doble del resultado de estas observaciones per-

sonales con sus comentarios.—Aquí, mi doble no me ha referido nada inquietante.

Los cursos tienen lugar tres veces por semana; dos veces en el salón de honor de la Universidad, cuya disposición se asemeja mucho a la de un teatro. Tengo el placer de encontrar varios centenares de personas capaces de coger todos los matices de nuestra lengua; tan al día en nuestra literatura, que podemos hablar con sobreentendidos; bastante fieles para seguir en todo su desarrollo el desenvolvimiento de un curso que evoca sucesivamente la Revolución Francesa y la Emigración, Chateaubriand y Mme. Staël, Napoleón y los ideólogos, la discusión entre clásicos y románticos, la batalla de *Hernani* y la evolución de nuestra literatura hasta 1848. Terminada la lección, vienen espontáneamente a buscar al profesor; discutimos; me piden datos precisos acerca de ciertos puntos; se hacen valer objeciones, críticas; otro signo igualmente infalible de que la enseñanza ha sido provechosa. Espontáneamente se señalan preferencias, instructivas para mí. Chateaubriand no llega a vencer cierta hostilidad, porque no se separa al hombre del autor, y se encuentra al hombre desagradable. Hugo, que ha ejercido sobre la literatura chilena una profunda influencia, es considerado aún como uno de los más grandes poetas de que pueda honrarse la humanidad. Vigny, menos conocido, sorprende y conmueve; un oyente me entrega una traducción de *Éloa*, que él acaba de publicar. Musset continúa siendo uno de los preferidos. Aquí, como en todas partes, la gran figura de Lamartine gana en altura, a pesar del tiempo transcurrido.

El tercer curso no se realiza en la Universidad misma, sino en el Instituto Pedagógico, donde se preparan los futuros profesores de la enseñanza secundaria, y que corresponde a la vez a nuestra Escuela Normal Superior y a nuestra Escuela de Sèvres. El lugar de la escena es menos solemne: paredes blancas y desnudas, bancas y pupitres, pizarrón; todo igual a nuestra casa de la calle de Ulm, la cátedra del profesor es una silla de paja. El carácter de la enseñanza es más técnico; se trata de indicar a los alumnos nuestros métodos de historia literaria:

cómo tenemos por costumbre formar una bibliografía, componer una disertación o una lección; sobre todo explicar los textos de nuestros autores modernos. Estudiar una página de algún escritor, sorprendiendo su carácter específico, no sólo con justeza y exactitud, sino sin olvidar nada de los derechos de la sensibilidad; separar lo esencial, discerniendo los matices; luchar contra el poder de la pereza y de la ilusión, evitando las generalidades ociosas y aproximándonos siempre al texto con espíritu flexible y exacto; luchar contra la tentación de charlatanería, aun de la erudita, recordando que el buen gusto está formado de sabiduría y de medida; he aquí el estudio en que nos ocupamos y en que se ocupan mis alumnos. ¿Quién hablaba de dificultades? ¿Qué se hicieron mis primeros temores? Ayudado por mis excelentes colegas chilenos, a quienes no debo sino felicitaciones, en esta austera sala de clases, símbolo de nuestro austero trabajo, ante estos jóvenes rostros atentos, olvido la distancia y el destierro; he vuelto a encontrar mi medio, mi razón de ser y mi verdadera vida. Pertenezco a una gran familia, que se extiende más allá de los muros de mi ciudad, más allá de las fronteras de mi país; pertenezco al vasto colegio de los que estudian para enseñar. Soy hermano de estos estudiantes que me escuchan; y ellos son mis hermanos menores. Acerquémonos a ellos con todas nuestras fuerzas; tratemos de comunicarles los frutos de nuestra experiencia: cojámoslos de la mano dulcemente para ayudarlos a encontrarse a sí mismos y mostrémosles su camino. ¡Entreguémonos: la tarea vale la pena de hacerlo! Esforcémonos en ser dignos del gran honor que se nos hace confiándonos a aquéllos que mañana tendrán bajo su guarda el espíritu y el alma de las generaciones que se levantan. Feliz si la juventud suya me instruye a su vez; si me enseñan a encontrar de nuevo la emoción de una sensibilidad vivísima; si su alegría bulliciosa me lleva al recuerdo de mi juventud y si mi espíritu se refresca con el suyo. Feliz, sobre todo, si ellos quieren brindarme, en cambio, algo de la amistad que con íntimo agrado les ofrezco. Así lo espero; así lo creo. Tímidos al principio, helos aquí que se acercan y que vienen ha-

cia mí. Continuemos la lección por largas conversaciones; demos ánimo a los fieles discípulos que de calle en calle y de pregunta en pregunta, atraviesan conmigo toda la ciudad y que no me abandonan, en mi residencia, sino muy a pesar suyo.

UNA CRUZ DE PLATA

Entre las virtudes chilenas, que son numerosas, señalemos decididamente la hospitalidad. Hay países en que quedamos reducidos a mirar con envidia las ventanas iluminadas, detrás de las cuales los demás se reúnen, y a limitar nuestras relaciones sociales a los cocheros y a los mozos de hotel. Nada de esto; aquí la hospitalidad no es sólo fineza o rito; es generosidad de corazón. Sería muy ingrato el extranjero que no conservara el recuerdo de tantas casas amigas, donde fuera repetida y delicadamente atendido.

Fué acogido por la Colonia francesa, que le proporcionó el gran placer de sentirse en familia, tan lejos de Francia y tan cerca de ella; presente por su espíritu y por su alma; presente en los solos nombres de los convidados, en el sabor del terruño y en las claras palabras; presente por sus viejas, amables canciones y dulces aires antiguos. Fué acogido por los vascos, que conservan frente a la Cordillera el recuerdo de sus Pirineos, de sus juegos, de sus danzas, de sus coros antiquísimos. Y por tantos franceses, en su hogar. Y por tantos chilenos, amigos de Francia; por el Presidente de la República, por el Presidente del Senado, por el Presidente del Consejo, por el Intendente de la Provincia; y por tantos y tantos otros, cuya lista sería muy larga, pero que él conoce bien.

Ciertamente, en medio de estos almuerzos, de estos tees, de estas comidas como no las hay sino en Jauja, es preciso recurrir a todo nuestro ascetismo para no convertirse en un glotón; ¡ay de esos pobres estómagos que están a régimen, legumbres y compotas, y ay de los bebedores de agua! Bajo el claro cielo de Chile madura un racimo escogido, que los sabios cuidados de nuestros languedocinos o de nuestros borgoñones, especial-

mente traídos, transforman en un vino delicioso. Pero, donde se hace necesaria una suerte de virtud heroica es en acostumbrarse a no considerar los obsequios, las atenciones, los halagos, como las cosas más naturales del mundo. Porque no sólo se os invita a participar de los bienes perecederos; se desea que llevéis también algunos presentes durables, como esta cruz de plata, cuya muy novelesca y muy verídica historia merece, sin duda, ser referida.

Ha sido tallada toscamente y golpeada a martillo; apenas una línea vacilante y sinuosa señala en ella una voluta que parece un adorno. Otras cruces pequeñas, lisas, desnudas, vienen suspendidas por anillos a sus cuatro brazos iguales. Joya primitiva, adorno antiguo de las mujeres araucanas, en el Sur.

Había una vez en Lautaro, hacia el Sur, un cacique rico y muy considerado, que en vez de amar a la más anciana de sus mujeres, y por consiguiente a la más probada, prefería a la más bella, a la más joven, a la más vivaz. La más inquietadora también, pues él tomaba su jovialidad por ligereza, su gracia liviana por coquetería, y no estaba seguro de que ella le amara, correspondiéndole. Ella le amaba, por el contrario; le amaba fielmente. Pero como él se guardaba, según la costumbre de su raza, de fiar a las palabras, que son vanas, sus profundos sentimientos; como disimulaba cuidadosamente sus sospechas y sus temores, la joven esposa, viva, alegre, pueril, continuaba exitando sin saberlo los celos apasionados de su marido.

Una noche le traen ensangrentado a su choza. Nada dice. Pero ella sabe por otros que ha provocado a un cacique de la vecindad, porque veía en él un rival feliz. Ellos se han batido briosamente.

Llama ella al médico, y le ayuda a curar las heridas, silenciosa. ¿Cómo disculparse? ¿Y para qué? Puesto que el señor se calla, ella calla también, ella callará. Llega el *machi* de la ciudad, curandero y mago, que trae un mensaje de paz. «Cuido, dice, a un hombre a quien tú has provocado y que está próximo a morir. Me ha encargado decirte que te engañas; que jamás ha tenido ninguna relación con la mujer de quien sospe-

chas; jura que ella y él son inocentes». El machi transmite este juramento y lo acompaña de temibles invocaciones.

El cacique está conmovido; un combate se libra en su alma. ¿Si este hombre dijera la verdad? ¿Si él se hubiese equivocado? ¿Si fueran sus celos ciegos y sin razón? Pero se trata, tal vez, de una argucia. Todos saben que una herida se envenena y llega a ser mortal cuando aquél que la ha causado continúa odiando a su víctima. El machi quiere salvar a su cliente, ponerlo al abrigo de un rencor que lo mataría. Miente.

En la choza siempre en silencio, las horas suceden a las horas, los días a los días. El cacique se restablece poco a poco; llega el momento en que no tiene necesidad de los servicios del médico, le ofrece los presentes habituales y le dice adiós. Entonces la joven se levanta, arranca la cruz de plata que lleva sobre el pecho y se la ofrece al médico, diciéndole: «Nada tengo; no poseo sino esta cruz. Te la doy, recíbela, puesto que has salvado al hombre a quien amo».

CONVERSANDO

¿Observa usted la Cordillera?, me dice un amigo chileno que me encuertra en contemplación ante el macizo que domina la ciudad y que el poniente tiñe en este momento, no sólo de púrpura y oro, sino de violeta, de azul. Usted la admira, y tiene razón. Pero jamás la amaré usted tanto como nosotros: es nuestra bienhechora. De sus nieves, de sus ventisqueros, vienen las aguas que dan al sur del país su fecundidad: los años en que ella no quiere molestarse, nuestras hierbas se secan y nuestros rebaños mueren. Guardiania bondadosa, impide que los animales dañinos pasen: no hay en Chile fieras ni serpientes: es a la Cordillera a quien, con razón o sin ella, agradecemos este privilegio. Nos place escalar sus flancos, cazar los guanacos que viven en sus rocas; ella nos da nuestro aspecto pintoresco; nos proporciona algo de lo sublime. Pero, al mismo tiempo, es celosa; nos encierra. No solamente vivimos en

el rincón del mundo: si nos descuidáramos, quedaríamos prisioneros.

«He aquí por qué nuestro gran deseo es evadirnos, mantener contacto con la vieja Europa, nuestra antepasada; ir a Madrid, a Roma, a Londres, a Berlín: a París, sobre todo, que nosotros preferimos a todas las ciudades del mundo. He aquí por qué, también, nos ocupamos en hacer venir de Europa mensajeros, como usted...

Mi amigo es uno de esos chilenos que han rendido su bachillerato en la Sorbona. Se ha apropiado tan bien nuestras maneras de lenguaje y aún nuestro *argot*, que a veces me extraña oírle hablar castellano: no me parece natural. Pertenece a la clase escogida de la nación; tiene excelente trato mundano y espíritu claro y agudo. Y ya que tiene confianza suficiente conmigo para decirme toda la verdad, aun en lo desagradable, y pues le veo en disposición de conversar, le interrogo: ¿Cuál es con justeza la posición intelectual de Francia en Chile? No se resiste para contestarme.

—Usted sabe, me dice,—o, mejor, usted no lo sabe, pues los franceses ignoran muy a menudo lo que tienen mayor interés en conocer,—que ustedes ocupan aquí lugar de privilegio. Nuestra Independencia es hija de vuestra Revolución; observe nuestra bandera: sus colores son los vuestros. Los historiadores de nuestra literatura le dirán que nos hemos inspirado, en el curso del siglo XIX, en vuestras diversas corrientes de pensamiento: tuvimos la ideología y el positivismo; hemos sido románticos después de vosotros; sufrimos el contragolpe de vuestro naturalismo. Os seguimos.

«Después hubo una especie de detención. Fué esto,—en la medida en que es posible señalar fecha a tales fluctuaciones,—algunos años después de vuestra guerra con Alemania. No quiero decir que no hayamos sido impresionados por el prestigio de la victoria: es humano, ¿no es verdad? Pero querrá concederme que ustedes tampoco quisieron provocar nuestro entusiasmo; parecíais haber perdido confianza en vosotros mismos: ya no estábais aquí. Desaparecíais; y, entre tanto, Ale-

mania venía a nosotros, poderosa, insinuante, sin pedir nada, sino el ofrecerse. He aquí como tomó la dirección de nuestro ejército, hasta modelarlo a imagen del suyo. He aquí como, al fundar nuestro Instituto Pedagógico, llamamos maestros alemanes, los cuales eran, por otra parte, de un valor incontable. Si hablara del comercio, tendría muchas otras cosas que decirle; pero no es éste su oficio, y en esto nada entiende usted...

Concedo no entender nada de comercio, y le ruego continuar instruyéndome.

—Lo que deseamos, continúa él, es fortificar nuestro espíritu nacional por los mejores aportes extranjeros. Por lo tanto, estamos abiertos a todas las influencias europeas y aún a la influencia de la América del Norte, y con mayor razón; algunos de nuestros maestros, que han viajado, han sido impresionados por la prosperidad material de las escuelas en los Estados Unidos, y por los resultados prácticos que ellas obtienen; no les desagradaría imitar su organización. Tenemos entre nosotros instituciones "alemanas" que nos proponen su método estricto y su fuerte disciplina. Tenemos escuelas inglesas; el inglés progresa continuamente como lengua social, desde hace algún tiempo. El italiano no tenía aún el lugar que se le debe; acabamos de crear una cátedra de italiano en el Instituto Pedagógico, y yo estoy de esto muy contento. Gracias a todos estos datos, merced a todas estas experiencias, podemos a la vez perfeccionarnos en nuestro propio ser y participar en forma creciente de los progresos, de las agitaciones de la colectividad humana.

¿Quiere decir esto que, después de haber ocupado una posición privilegiada, vosotros, los franceses, corréis el riesgo de ser ahogados por la concurrencia mundial? Podéis estar seguros... Si hay un pueblo al cual nos lleven con preferencia nuestras afinidades intelectuales, ése es ahora y será siempre Francia. Vuestro pensamiento es lo bastante parecido al nuestro para no asustarnos y lo bastante diferente para instruirnos. Siempre son vuestros libros los que nuestros jóvenes leen con mayor agrado:

se consumen en Chile incomparablemente más obras francesas, originales o traducidas, que obras españolas. Siempre es vuestro arte el que nos seduce; siempre vuestra lengua la que nos sirve de intérprete universal.

Puesto que comenzáis a ayudaros vosotros mismos, el cielo os ayudará. Os hemos visto volver, al principio como tímidos exploradores y por tanteos; enseguida, con más decisión. Ya no contaréis más con el número, lo temo muy deveras; pero nada habéis perdido en la calidad: el Instituto Pasteur, la Escuela de Derecho, la Facultad y la Escuela de Medicina, la Sorbona, son nuestros inspiradores. Parece que se ha dado un paso decisivo el día en que, gracias al rector Amunátegui y al profesor Georges Dumas, habéis llegado al acuerdo que nos valdrá todos los años un curso de civilización francesa; filosofía, el año último, con M. Abel Rey; literatura, este año, con usted...

Aquí mi interlocutor se detiene, reflexiona y me interroga:

—¡La civilización francesa!... dice. Curioso país el vuestro; extraña nación esta Francia; la amo; creo conocerla, y siempre estoy lejos de comprenderla. Lo que hallo de más extraordinario es que vosotros representáis al mismo tiempo dos tendencias; ya se trate de una o de la otra, se invoca a Francia como testigo histórico y aun como símbolo. Ahora bien, estas dos tendencias son contradictorias. Algunos de entre nosotros os aman porque sois, a sus ojos, el ejemplo viviente del poder de la tradición, del poder de la fe; y otros os aman porque sois la Revolución siempre alerta. ¿Cómo coordina usted esto?

—Tal vez puede ser, digo, que la civilización francesa no es un dogma definitivamente detenido. Es una investigación; es una ansiedad; es un deseo siempre inquieto de lo más verdadero y de lo mejor. Con todos nuestros defectos, que son numerosos, por lo menos tenemos la virtud de llegar hasta el término de nuestras ideas y de ponerlas por obra. He aquí por qué podemos representar a las miradas de los extranjeros, principios opuestos: estos principios los ensayamos nosotros...

EL 14 DE JULIO EN SANTIAGO

«Usted verá cómo se celebra el 14 de Julio; usted lo verá. Las fiestas duran tres días; y ¡qué fiestas!...»

Lo que no se me había predicho es la emoción que yo sentiría. ¡Cuánta emoción! y, ¿por qué? Por razones difíciles de explicar, porque pierden, cuando queremos analizarlas, lo que tenían de más íntimo. Por esas flores que encuentro en mi casa, enviadas por amigos chilenos, anudadas con el lazo tricolor. Por las cartas dejadas en mi puerta, y por los sentimientos de que ellas son intérpretes: «Reciba usted nuestros saludos en este gran día de gloria...» «Le saludo con afecto muy particular en este día francés y universal...» Por la sorpresa que tuve al abrir los diarios, en la mañana: no sólo el diario francés, que se llama *La Patrie*, sino *El Mercurio*, *La Nación*, *El Diario Ilustrado*, celebraban el 14 de Julio, en artículos de fondo, en crónicas, en anécdotas, en fotografías, en composiciones alegóricas y aun en un artículo en francés que leo en la primera página de *El Mercurio*. Por esta ceremonia organizada por los antiguos combatientes, tan simple y tan trágica, en el cementerio. Por esta misa en que todos se hallaban reunidos, cualquiera que fuera su fe: cuando los cobres estallaron bajo las bóvedas y los ecos de ía Marsellesa vinieron a quebrarse en las columnas, ¿quién no se habría sentido temblar? La iglesia aparecía pequeñísima para la multitud reunida en ella; sentíanse flotar sobre esta multitud, mezclados indisolublemente, el duelo y la gloria, la esperanza y la ansiedad, la confianza en los destinos de Francia y una gran piedad por los muertos.

Para todos hubo allí su parte: para los pequeños, para los medianos y para los grandes. Un baile infantil, con juguetes entregados en sorteo, tan hermosos, que los niños se olvidaban de bailar para observarlos. Una fiesta deportiva, una lujosa presentación de bicicletas manejadas por vigorosos muchachos en busca del honor de la victoria. Una recepción en la Legación de Francia. Un te para ayudar a las obras de beneficencia; el em-

bajador de los Estados Unidos hubo de pagar, no sólo de su presupuesto, sino como gasto personal, con toda su embajada; y los antiguos combatientes de la colonia inglesa no olvidaron enviar un gran cesto de flores. Un baile. Una representación cinematográfica, que terminó por satisfacer a los más infatigables, después de estas festividades, de las cuales la más brillante fué sin duda el banquete.

Se verificó bajo la égida del conde Joseph de La Taille, presidente de la Colonia Francesa: ¿quién hizo oír jamás bajo el cielo chileno un acento más deliciosamente turenés? ¿quién ganó más fácilmente los corazones por el invencible destello de simpatía que despide? ¿quién se multiplicó tanto y tanto se consagró en donde se tratara de hacer amar y estimar a Francia? Cuatrocientos cubiertos o más. La sala de un cinema, acondicionada expresamente para la circunstancia, se halla toda adornada de banderas chilenas, de banderas francesas; tanto mejor muestran así su semejanza fraternal. Dos bandas militares estremecen el aire sucesivamente. Los comisarios se agitan porque llegan las autoridades, los representantes del Gobierno, los representantes del Cuerpo Diplomático, con el Nuncio al frente: es una tradición, para nosotros singularmente enorgullecedora, que los más altos dignatarios del país y los ministros de las naciones amigas, sean este día los huéspedes de la colonia francesa. Llega una banda; es la de los hermanos de San Vicente de Paul, la que en los momentos más críticos de la guerra, recorría las calles de la ciudad tocando la marcha *Sambre-et-Meuse* con tanta energía, que los corazones abatidos se sentían renacer. Prueba no haber perdido nada de su vigor después de la paz, haciendo resonar virilmente la Marsellesa. Apenas ha terminado ésta, otra Marsellesa comienza, cantada esta vez por un coro de niñas, doblemente preocupadas de elevar la voz y de pronunciar el francés a la francesa. Obtienen éxito maravillosamente; y una de ellas, que se separa para recitar un homenaje, recibe de manos del Encargado de Negocios de Francia un reloj-pulsera de que ella no está poco orgullosa; así como la reina de las reinas, en París.

Los tapones saltan: es la hora del champaña y de los discursos. Algunos de los convidados toman un aire de resignación; la mayor parte se aprestan para oír como conoedores las frases del lenguaje oficial. Pero ¿qué digo? No es elocuencia oficial lo que escuchamos; son sencillos y hermosos discursos que adquieren en este día y en este lugar, un excepcional carácter de dignidad y de nobleza. Cuando uno de los oradores recuerda el 14 de Julio de 1914, lleno ya de angustia por la amenaza cada día más cercana; la movilización; la partida de los franceses residentes en Chile, que no han trepidado en venir, desde el extremo del mundo, para defender a la madre patria; entonces se comprende lo que tal palabra, vuelta repentinamente a su fuerza primera y a su sentido profundo, significa de deber, de sacrificio y de amor; y el recuerdo de un pasado tan próximo, tan grande, tan doloroso, reviviendo totalmente, nos hace sentirnos de nuevo conmovidos y temblores.

Sigo sobre los rostros las contracciones que hacen los hombres para impedir que sus ojos se llenen de lágrimas, cuya aparición sería, como es sabido, contraria a su dignidad, Vanos esfuerzos; las lágrimas indiscretas encuentran siempre su camino. Después, me doy cuenta de que yo mismo no veo tampoco muy claro, y me estuerzo en librar a mis ojos de este velo húmedo que los cubre.

EN LAS ESCUELAS

Gracias a la amabilidad extrema de los directores y directoras, que no sólo han permitido mi visita, sino que la han solicitado, no he limitado mi tarea a hacer mis cursos; a Dios gracias; también he visto mucho, he oído mucho; he recorrido numerosas escuelas como invitado y como amigo.

Una de las primeras cuyo umbral he franqueado es el Instituto Nacional, liceo modelo, al cual muchos chilenos que han llegado a ser ilustres en su patria, deben su formación. Un orden perfecto reina aquí; ninguna inscripción sobre las murallas, ningún grafito, ninguno de esos juicios enojosos que los maes-

tros poco populares deben tomar como una lección de humildad o como un saludable consejo. Ahora bien, se llega a estos resultados maravillosos sin ninguna medida de rigor: se desconocen los castigos, y la disciplina que admiro aquí es totalmente moral. Junto al Instituto Pedagógico, funciona el Liceo de Aplicación, cuyo análogo no existe en Francia, a lo menos para la enseñanza secundaria; es otro liceo modelo en donde los normalistas vienen a hacer su aprendizaje como maestros. Lo he visitado varias veces; he visitado liceos de niñas, escuelas normales de preceptores y preceptoras, el Instituto de Educación Física, la Escuela de Bellas Artes, la Escuela Naval; por lo menos algunas de las escuelas francesas que han fundado y sostienen diversas congregaciones. Algunas veces, era para asistir a una fiesta; otras, para oír una conferencia; a veces, para participar en una sesión de trabajo. Nada, como es muy justo, atrajo más mi atención como las clases de francés.

El hecho es que, habiendo constatado en varias ocasiones el excelente conocimiento que tienen del francés los chilenos, me venía la curiosidad de saber de qué manera podían adquirirlo. He anotado, en primer término, una viva inteligencia asimiladora. En seguida, una virtud innata para las lenguas: estos latinos poseen evidentemente una excepcional facilidad; retienen no sólo el sentido de las palabras francesas, más o menos semejantes a su propio vocabulario, sino la cadencia especial de la frase, a que los extranjeros son generalmente rebeldes, y que, sin embargo, es la condición esencial para el aprendizaje de una lengua. Agreguemos el empleo del método directo: en las clases de los principiantes, el maestro enseña las palabras frente a las cosas mismas, comenzando por los objetos más usuales. Le agrada proceder por interrogaciones; los espíritus vivaces de los alumnos son a menudo solicitados; si, casualmente, el interrogado no responde o responde mal, diez manos se levantan para reivindicar el derecho de hablar en su lugar, diez manos impacientes que se agitan para llamar la atención del profesor. Agreguemos aún que el francés es obligatorio en los exámenes de la enseñanza secundaria, lo que no deja de estimular en cierto

grado el celo que los candidatos dedican a nuestra lengua. Los que desean ser a su vez profesores, encuentran un obstáculo que en muchos países sería considerado como insalvable: es imposible aprender el francés en Francia. Es largo el camino de Santiago a París, y se sabe, por lo demás, que de todos los males que aquejan a los estudiantes, el más grave es la carencia de recursos pecuniarios. Para la inmensa mayoría de ellos, el viaje a Europa sigue siendo un hermoso sueño. Aquí, la buena voluntad de los alumnos y el ejemplo de los profesores dan resultados no solamente admirables, sino casi paradójales. He oído a un antiguo estudiante del Instituto Pedagógico de Santiago, que jamás ha puesto los pies en Europa, que no ha frecuentado sino raramente el trato de nuestros compatriotas, improvisar en francés con tanta corrección, justeza y facilidad, que muchos de nuestros estudiantes parisienses no le habrían aventajado. Tales éxitos suponen, no tan sólo inteligencia, sino la fe que traslada las montañas y que, en la especie, suprime los océanos.

Helos aquí que se adelantan, discurso en mano, estos jóvenes oradores que me han dado tan hermosas pruebas de lo que son capaces. Oigámoslos: los profesores callarán esta vez; es la ocasión de que hablen los alumnos. Estamos en el Colegio Jeanne d'Arc, es decir, en una escuela tal como sólo las vemos en los sueños: alegre, sonriente, cautivadora, hasta el extremo de que las alumnas están tristes el día de la retirada; dicen a sus padres que ellas preferirían ir a sus clases, y sus padres no dan crédito a sus oídos. La enseñanza se da aquí toda entera en francés, de un extremo al otro de los cursos. Es una de las pequeñas quien ha sido encargada para hablar a nombre de sus compañeras, una hermosa niña de cabellos ensortijados, coqueta en su uniforme azul marino con cuello blanco. Problema grave iniciarse así en la elocuencia: no es raro, pues, que ella tiemble un poco. Pero cobra ánimos, hace dignamente su reverencia y dice:

«El Colegio francés Jeanne d'Arc se siente orgulloso y feliz porque tiene hoy el honor de recibiros.

Hemos preferido hacerlo con toda sencillez, sin decoración, sin piano.

Hemos querido recibirlos como se recibe a un amigo. Amigo, sí, lo soy vos, que representáis al querido país de Francia, al que tanto debemos y tanto amamos....»

Esta es, por el contrario de las grandes. Estamos ahora en el salón de actos de un liceo de niñas, el liceo Antonia Salas de Errázuriz. Una recepción encantadora, en la que las mismas alumnas han hecho los honores, acaba de terminar; una fiesta literaria y musical va a seguir. Veo, en el programa, que nos aguarda el placer de oír canciones francesas, fábulas de La Fontaine, sonetos de Henri de Régnier. Entre ese doble regalo, tiene cabida un discurso de saludo, muy bien pronunciado por una de las más distinguidas de las alumnas:

«...Es el francés, tan hermoso, tan armonioso y tan rico, lo que, después de nuestra lengua materna, aprendemos con mayor placer; y estamos felices cuando se nos presenta la ocasión de profundizar su estudio. Nuestro interés va creciendo a medida que penetramos en el alma francesa.

Asimismo, nuestra admiración por Francia, por su ciencia, por su arte, por su pensamiento altamente civilizador, va a la par de nuestro reconocimiento por un país que nos envía desde tan lejos, emisarios encargados de traernos, con un mensaje de amistad, los reflejos vivientes de su vida intelectual....»

La escena cambia ahora; los alumnos del Instituto Pedagógico han tenido la delicada idea de ofrecer, por cuenta suya, un te en honor del profesor extranjero; ante la mesa aun servida, uno de ellos se levanta y habla:

«...Y aun, un último mensaje. Cuando lleguéis de regreso a vuestro país, decid a nuestros camaradas de allá que los chilenos aman profundamente a Francia, de la cual admiran, no solamente los grandes genios científicos y los grandese escritores, sino también sus hermosas y fuertes instituciones.

Estad cierto de que nuestros votos más sinceros os acompañarán a través de los mares, hasta vuestra querida patria; y si

algo nos queda aún que pedirnos, es el que nos dejéis en la esperanza de que algún día repetiréis vuestra visita.

Que esta manifestación no sea una fiesta de despedida, sino la promesa de un próximo regreso. Tales son nuestros deseos, y ésta es también nuestra esperanza».

Estoy invitado a visitar un círculo de estudiantes; el presidente y los miembros del directorio me acompañan de sala en sala; charlamos; y, admirado una vez más de la manera como estos jóvenes hablan el francés, no me resisto a felicitarlos. Entonces, dos de entre ellos ríen.—«¿Por qué ríen ustedes?—Lo más extraño es que hemos aprendido el francés en los Padres alemanes!» Un revuelo se produce en nuestro grupo; se quiere hacer llegar hasta mí a uno de los asistentes que, modesto, se oculta. «Ha escrito una oda a Francia». Es necesario que la recite, de buena o mala gana; y he aquí que se desenvuelven, en efecto, las estrofas armoniosas de un noble poema:

Francia grande, Francia hermosa, dulce tierra solariega,

Yo te llevo en lo más hondo de mi fuero espiritual...

Yo palpito en el transcurso de tu historia milenaria,

Yo comprendo tus grandezas, y en la gris, crepuscularia

Tarde aciaga de tus penas, siento henchirse el corazón

Y nacer, allá en la fibra donde llora la tristeza,

Todo el ritmo de una inmensa, de una ronca *Marsellesa*,

Todo el eco de una cruda, de una negra rebelión...

LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Es la misma invitación cordial, son las mismas atenciones prodigadas desde la hora del arribo hasta la partida; es otra atmósfera; y es, por lo que toca a la enseñanza, el espectáculo de un admirable esfuerzo.

La atmósfera es enteramente provinciana, reposada y deliciosa para los que se sienten cansados del tráfigo de las grandes ciudades. Si se quiere evitar el vivir cercados de automóviles,

hay que venir hasta aquí: ¡pero es preciso apresurarse! Con esta plaza en que jóvenes y niñas vienen a pasear en derredor, sus calles apacibles, sus casas que se conservan fieles al viejo estilo español, el cerro boscoso en que se apoya el estuario del Bio-Bío, donde viene a perderse, Concepción tiene un carácter de dignidad serena que seduce desde el principio.

Es aquí donde se está creando, con todas sus reparticiones, una Universidad nueva. Es preciso no contar ni con esos Mecenases que en la América del Norte favorecen con sus millones los colegios; ni con el Gobierno, cuyo presupuesto no se equilibra sino a costa de grandes esfuerzos; menos aún con los recursos de los estudiantes, puesto que en Chile toda la Instrucción es gratuita, enseñanza primaria, secundaria, superior: es uno de los principios democráticos a los cuales la nación parece más firmemente fiel. Entonces, ¿cómo hacer? Los hombres ingeniosos y tenaces que quieren que Concepción tenga su Universidad, han hallado, sin embargo, el dinero que les hacía falta. No hablemos de loterías, que están prohibidas en todo el territorio de la República. Pero se venderán billetes de suscripción voluntaria; a algunos de estos billetes, sacados a la suerte, corresponderán primas halagadoras; y el dinero ya no faltará... ¡Bienhechora lotería, aun así disfrazada; y bienhechor dinero, que se convertirá en ciencia, en cultura, en progreso!

La valiente conquista se prosigue sin descanso. Esta clínica es enteramente nueva: está provista de los aparatos más perfeccionados. Este laboratorio no existía el año último. El año próximo, si Dios lo quiere, los estudiantes tendrán su ciudad universitaria. De Europa, o más especialmente de Alemania, han llegado tal o cual profesor; este estudiante parte para Europa. Las enseñanzas más directamente útiles tienen preferencia sobre las otras; pero éstas tendrán también su turno. De tal manera, el Sur tendrá su institución de alta cultura, no inferior a ninguna otra, y que es digna de inspirar desde luego a sus fundadores el más legítimo orgullo. Sí, es admiración lo que merece este noble taller en trabajo, sobre todo cuando se piensa en la suma de voluntad que representa tal esfuerzo, en su elevada

dignidad y en el lugar que ocupa la Universidad más joven del mundo, vanguardia de la civilización.

EN VALPARAISO

Apenas he entrevisto la ciudad: activa, totalmente llena de gentes ocupadas que van de las casas de comercio a las casas de banca; opulenta y atravesada de largas avenidas en que circulan pesados camiones cargados de mercaderías, junto a los autos de los dueños; pintoresca en toda la parte alta, con sus casas abigarradas, sus callejuelas dispuestas en escalamiento, sus escaleras, sus pendientes, sus balaustradas, sus terrazas, alegres y paradójales arquitecturas. He ido a la playa elegante que es la prolongación de la ciudad, la perla del Pacífico, *Viña del Mar*. No he tenido tiempo para detenerme; he sido arrastrado por un movimiento impetuoso y he vivido en un torbellino durante tres días.

Rápido. Las autoridades nos aguardan para la visita protocolar. La lancha del jefe de la escuadra nos espera para un apresurado paseo por el puerto. El muy amable y muy activo cónsul de Francia, que ha dispuesto los detalles del programa hora a hora, nos espera en su consulado; ya llevamos algún atraso. Los establecimientos franceses nos aguardan; las buenas hermanas de San Vicente de Paul, que sostienen un internado, un externado, un obrador, un dispensario, y que encuentran la manera, no sólo de instruir, sino de alimentar a los pequeños huérfanos, los más desamparados de la ciudad: todo con un minimum de recursos, y con un personal tan reducido, que su tarea resulta aplastadora. Y los padres del Sagrado Corazón, que dirigen un colegio floreciente. Apresurémonos: allí escucharemos a alumnos chilenos que pronuncian los más elocuentes discursos franceses; y, sobre esto, solicitaremos un día de asueto para todos los alumnos, lo que nos valdrá el más franco de los éxitos. Y los bomberos franceses. Y los miembros más prominentes de la colonia francesa, que desean recibirnos en sus residencias. Y la colonia francesa, que ha preparado un ban-

quete suntuoso. Y la conferencia, — ya iba a olvidarla, — que debe verificarse en el salón de actos del liceo de la ciudad, y por la cual tantos chilenos, tantos chilenos amigos de Francia se han reunido ya...

¿Cansancio? Seguramente. Pero sobre todo, reconocimiento y alegría. No es necesario recurrir a la figura de retórica para contestar, aunque fuera por diez veces seguidas, a los sentimientos que se desea expresarme: basta hablar de corazón a corazón. No será necesario forzar la memoria para conservar el recuerdo de tantas visiones rápidas, pero intensamente grabadas. Si se me pudiera señalar una como símbolo, se me pondría en gran apuro, por el temor de agraviar a las demás. Si una fuera necesaria, a pesar de todo, yo elegiría ésta.

La colonia francesa nos ha invitado a su círculo, a su hogar; nos detenemos ante el atrayente cuadro que ocupa puesto de honor en una de las salas. Alguien ha tenido la idea de buscar la fotografía de los franceses de Valparaíso muertos durante la gran guerra; de reconstituirlos en forma conveniente, y, por fin, de agruparlos. Y helos ahí a todos, cada uno en su individualidad, en su actitud familiar, y, sin embargo, unidos, apretados estrechamente, a estos franceses muertos por Francia. Se muestran sin fanfarronería, sencillos, desaliñados y dolorosos. La colonia no se reúne sin tenerlos en medio de ella; ellos permanecen aún entre los vivos.

EL COMITÉ FRANCE-AMÉRIQUE

Dos naciones se aman y se estiman: aun querrían tener la ocasión de decírselo algunas veces. No les basta que sus gobiernos cambien cumplimientos, ni que sus diplomáticos se truequen condecoraciones. Hay Chile y Francia; pero hay también chilenos y franceses. Reunirse, entre franceses y chilenos, cambiar ideas, afirmar sentimientos, disipar los malentendidos, que se prolongan hasta el infinito cuando se callan y que desaparecen avergonzados cuando se proyecta luz sobre ellos; anudar relaciones personales, poner nombres sobre los símbolos, ver

de amar, no entidades, sino seres humanos: he aquí algo que era muy deseable, y algo que ahora ha llegado a ser más fácil.

El mérito del éxito es del Comité France-Amérique. Su obra consiste en acoger a los americanos en Francia y a los franceses en América; formar grupos y hermandades. Por mi parte, en todas partes pude probar sus beneficios, en Concepción, en Valparaíso, en Santiago. Gracias a él, he conocido mejor a los chilenos, y, por lo tanto, los he estimado más. He formado parte de una familia, palabra que jamás deja de ser dulce.

El presidente del Comité France-Amérique de Santiago me ha encargado un mensaje. «¿Quiere usted, me ha dicho, presentar expresamente nuestro recuerdo al fundador de nuestra sociedad? ¿Quiere usted agradecer de parte nuestra al hombre que tuvo la idea de instituir nuestra unión y que la ha mantenido, M. Gabriel Hanotaux? Exprésele que la semilla que él arrojó en nuestro suelo ha germinado bien, y que la cosecha es hermosa».

Está cumplido ya.

LA PARTIDA

Tocan a su fin los tres meses de mi estada.

A todos los que me han preguntado si sentía añoranzas de mi país, si no echaba de menos ni Francia ni París, he podido responder, hecha la prueba, que nada estuvo más lejos de mí que tal sentimiento. Por el contrario, el tiempo ha corrido tan ligero, el ritmo del último mes se ha acelerado de tal suerte, que me siento admirado al oír cómo suena ya la hora de la partida.

Como hay aquí la costumbre de ir espontáneamente al encuentro de los que llegan y de venir a verlos sin esperar su visita, asimismo hay la costumbre de acompañar hasta la estación a los que se van. Conmovedora costumbre, a la cual nuestra vida parisiense, desbordada, no nos permite obedecer, cuya dulzura recordaremos siempre, porque el adiós adquiere con

ella un carácter más sensible, más melancólico y tal vez más memorable. ¡Cuántos amigos reunidos en torno del vagón! ¡Cuántas manos tendidas! ¡Y qué profundas resonancias despiertan sus palabras! «Hasta luego. Usted sabe que ya no es un extranjero. Le contamos entre los nuestros. Le hemos brindado nuestra amistad para siempre...» Muchas veces se me hizo oír la Marsellesa en Chile; por una atención suprema, se ha querido que la oiga aún cuando el tren se marcha, de tal manera que mi himno nacional sea el último eco que me lleve. La vista de la estación se apaga lentamente; su huída se acelera; ya no veo sino un grupo compacto en que las figuras se esfuman y del cual surgen movimientos de pañuelos; la masa se reduce, palidece hasta no ser sino un punto que se pierde en el espacio.

LA LLEGADA AL HAVRE

Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Madera, Lisboa; por El Havre es por donde el Hoedic entra en Francia.

Ya no se apresura; su tarea está terminada; bástale esperar la marea para franquear la entrada del puerto, por la noche. Suavemente, perezosamente, se desliza sobre las aguas negras. El mar que del lado de Quessant nos hizo sentir su cólera, se halla ahora tranquilo; ni un soplo de viento. No azota ya los costados de la nave; los acaricia; no tiene, en torno a su lenta marcha, sino un canto lamentable y dulce.

La noche nos envuelve y todo está bañado en sombras. Desde el elevado puente en que nos encontramos, pasajeros fantasma, vemos surgir confusamente, hacia adelante, una extraña vegetación de mástiles, grúas, escalas, cordajes, telas de araña tejidas en la oscuridad. La voz del comandante sube hasta nosotros: «A estribor, un poco...» Más abajo todavía, sobre el puente, más bien se adivina que se oye toda una agitación invisible.

Pero de pronto, alrededor nuestro, delante de nosotros, brillan a lo lejos luces amigables. Alineamientos regulares de luces, apretados como las cuentas de un collar fosforescente, atravie-

san la inmensidad de la sombra: son las playas normandas. Dos grandes brazos impalpables estienden sobre el mar sus velos mudos y blancos: es el faro de la Hève. Un haz de puntos luminosos escalonados: es Sainte-Adresse. Luces desordenadas, que se aprietan, que centellean, que se mezclan, y que resplandecen, y que parpadean, y que vibran, rojas, verdes, blancas, amarillas; un carnaval de luces; es el Havre. Pequeños barcos pasan junto a nosotros, fuegos fatuos, fuegos danzantes. A medida que nos aproximamos, vemos los grandes reflectores del puerto vaciar de alto a bajo la lluvia de sus luces penetrantes. El agua se anima con reflejos de acero, reflejos de plata, reflejos de oro.

Cuando la nave llega al muelle, la noche ha cerrado ya. No desembarcaremos hasta mañana. Los pasajeros quedarán hasta que llegue el día en el cuerpo del pez monstruoso aprisionado en una poza del puerto, vigilado por los aduaneros.

Mañana veremos a nuestros compañeros, nuestro cielo ligero, nuestras amables colinas, y la gracia de los sauces melancólicos al borde del agua: mañana, con el ruido del tren que se estremece y se agita, entraremos a París, la gran ciudad; mañana volveremos al curso normal de nuestra vida, y hallaremos nuevamente, prontos a recobrarlos, nuestras tareas habituales. Y otra, que es nueva. Será menester, por reconocimiento y por justicia, decir lo que me ha sido dado constatar allá lejos; trabajar para que lleguen a ser menos verdaderas estas frases, a menudo y justamente repetidas; «Vosotros nos conocéis mal; vosotros no nos conocéis; jamás habláis de nosotros...»

PAUL HAZARD

(Traducido para ATENEA de la *Revue des Deux Mondes*, 15 de Diciembre de 1924).

Alfonso Escudero

La actividad literaria chilena en 1924

I. DECLARACION PRELIMINAR

ENTRE las sensaciones más desagradables de mi vida de lector, recuerdo especialmente las ocasionadas por la ignorancia desdeñosa que ciertos extranjeros manifiestan sobre literatura chilena.

Un crítico norteamericano, Isaías Goldberg, en su libro sobre *La literatura hispanoamericana*, habla hasta de un señor Eguren, que debe ser muy conocido en su barrio, y no dice una palabra de Chile sino para anotar que tal cual poeta pasó por nuestra tierra, como pudo agregar que André Gide, por ejemplo, había pisado alguna vez tierras de África.

Ventura García Calderón, que todavía no puede perdonarnos el haberlo obligado a nacer en el valle central de Chile (en Talca), intercala, en sus *Semblanzas de América*, las de tres peruanos, y de nuestro país no se acuerda sino para regalarle el calificativo de «raza bovina».

Otro escritor, *un gros monsieur* Domínici, venezolano que no tiene por qué estar agraviado de los escritores de Santiago, acaso con el propósito de dárselas de entendido, hace algo mucho más feo y perjudicial que el no hablar de chilenos: quiere hacer creer que uno de sus *Tronos vacantes* había estado ocupado por nuestro pobre Pedro Antonio González, el

de las palabrerías huecas. ¡Ni trono ni vacante, señor tropical! O más bien, *trono*, que, de entre nuestros muertos pudieron merecer Magallanes, Contardo o Pezoa Véliz, antes que ese González; pero que sería absolutamente imposible estimar *vacante*, viviendo todavía, por la gracia de Dios, la Mistral, Prado, Mondaca y varios otros escritores chilenos dignos de codearse con lo más selecto de las letras hispano-americanas.

Acaso algún día explane la anotación. Por ahora me toca sólo recordar las actividades literarias de 1924.

II. POESÍAS Y VERSOS

Jorge González Bastías publica su tan esperado segundo libro.

Jorge González, dice el fino cronista nacional Hugo Silva, de *Los Tiempos*, «es ingénita, fatalmente poeta. Su sensibilidad se expresa en versos de una manera espontánea y natural, y en una forma más pura, más suya, a medida que va viviendo. Y sufriendo... Canta, o llora, el medio en que vive, su río, sus cerros, y la vida sombría y miserable de los hombres que los pueblan. Su *Poema de las tierras pobres* es un treno desolado por los dolores de una comarca empobrecida por la obra de los esquiladores administrativos y los jueces terroristas. No es una protesta clamorosa y lírica, con cóleras tempestuosas y arranques victorhuguescos. Su verso es quedo, silencioso, saturado de la resignación dolorida y fatalista del campesino. Y si hay grandiosidad y elevación en algunos pasajes del poema, surgen de la misma dantesca desolación de las escenas descritas».

Hasta aquí *Julio César* (Hugo Silva).

Ciertos críticos oficiales recibieron mal la obra de González Bastías. Tal vez tenían sueño. Sin embargo, *El poema de las tierras pobres* es un bello libro épico-lírico de un buen poeta, saturado de amor al terruño (Maule y sus contornos), animado de un humanitarismo sin vaciedades ni exageraciones ultraprogresistas y que vive alejado de los círculos literarios de la ca-

pital, junto a un río a cuya orilla hay barcas recogidas «como anhelos dormidos».

Su dolor es un dolor muy humano, expresado en estrofas algo libres y de un ritmo exquisito.

Y algo curioso. Las «tierras pobres», la montaña cansada, que canta o llora en su poema, son las mismas que vieran días mejores. Pero ya nadie puede volver a ver la hermosura de los días idos, «porque sin alegría, no hay corazones que la sientan».

A pesar de todo, en sus últimas páginas el poeta expresa alguna confianza en el mañana. Y al recordar que la campana está llamando a la gente a la iglesia, añade:

Y una mano que se alza dulce, piadosamente,
bendiciendo, guiando,
y el estremecimiento del que inclina la frente
porque ha sentido a Dios y está adorando.

Es una esperanza que renace. Y un buen coronamiento de uno de nuestros mejores volúmenes poéticos del año.

Ciertos críticos han dado sucesor a don Luis Felipe Contardo, el malogrado poeta sacerdote de los *Cantos del camino*, en la persona de otro sacerdote, poeta y pintor, don Francisco Donoso G., autor ya de tres volúmenes, el último de los cuales se titula *Myrrha*.

¿Y si fuera apresurarse demasiado?

En Donoso no es tan fácil hallar ese rocío de emoción espontánea, delicada y comunicativa de que tanto abundaba Contardo. Con lo cual tampoco quiero decir que el joven autor de *Myrrha* carezca de condiciones. Sus estrofas, de corte variado y de expresión pura y correcta, tienen un suave tinte melancólico encuadrado en un marco sobrio y la elegancia de la educación clásica modificada por la lectura de los renovadores modernos.

Pablo Neruda (Nestali Reyes, dicen), el poeta de veinte primaveras que el año pasado entregaba al público un *Crepusculario* extraño hasta en el formato, ahora publica *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

Un paso atrás, a mi entender. El afán de originalidad le corta las alas al verso. La emoción está ausente. Lo único que sale a recibirnos es un portero de librea revolucionaria (también hay libreas revolucionarias), perito en sutilezas e imágenes que algunas veces son bonitas, pero que no nos convencen del todo.

Carlos Préndez Saldías ha caminado mucho desde el muy lejano punto de partida de su primer libro (1914) hasta el de este año, que es feliz hasta por el título: *Amaneció nevando*.

Tiene aciertos innegables en sus evocaciones de paisaje criollo; pero, sobre todo, en el sentido *In memoriam* dedicado al poeta Magallanes.

Líneas prometedoras hay en la *Voz ferviente*, poemas de Roberto Munizaga Aguirre. La señorita María Rosa González (*Miss Colombine*) escribe su apasionada *Samaritana*. Una poetisa anónima deja elegantes y fáciles *Huellas en la nieve*. Don Antonio Bórquez Solar hace imprimir *La tragedia del General José Miguel Carrera*. Un profesor de francés, M. Augusto Lescure, dice en francés *Cantos y visiones del camino*, volumen que el crítico *Omer Emeth* halló «espléndido y hasta herediano». Oscar Jara Azócar publica *Cantos de juventud*; Jorge Octavio Flores, *La locura de ser*; Gerardo Seguel, *Hombre de otoño*; F. García, *Por la senda del dolor*; Berta Quezada, *Motivos...*

Promesas que nadie sabe si se cumplirán algún día.

De las selecciones que nos vienen dando Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes por medio de la editorial Nascimento, en 1924 ha salido la de Amado Nervo (*Sus mejores poemas*). Es, como dije en cierta nota bibliográfica, un ramillete rico en va-

riedad y más rico aún en calidad, como que es la selección de la obra de un poeta exquisito, concentrado, emotivo, y sobre todo, muy distanciado de los versificadores grandilocuentes que él crucificó sin decirlo, al bautizar un libro suyo con el bello nombre de *En voz baja*.

Otras selecciones son las de *Las mejores poesías para la declamación* (Nascimento) y la de *Recitaciones escolares* hecha por Jorge Guzmán Dinator.

Pero la más importante de las selecciones del año ha sido la voluminosa antología chilena moderna que Armando Donoso tituló *Nuestros poetas*.

Comienza con un interesante prólogo donde el crítico nos habla de la literatura chilena, desde «una edad media ni enorme ni delicada», hasta los que más son valores de mañana que de hoy. Luego siguen las tres partes que dividen la obra, división arbitraria e inexacta, aunque no se puede dejar de reconocer que el segundo período (de 1905 a 1920) es, como dice Donoso, «el más interesante de la poesía lírica chilena y uno de los más significativos de la literatura americana».

Es un período merecedor de una antología hecha con más atención que la empleada por Donoso. Y no sólo porque en *Nuestros poetas* haya nombres sobrantes y nombres olvidados, sino principalmente porque se nota poco cuidado en la selección y copia de las poesías de cada autor. Las notas biográfico-críticas y las referencias tampoco son muy dignas de Armando Donoso.

En definitiva, *Nuestros poetas* es una obra de aliento y de aciertos en las líneas generales, pero afeada por falta de mayor esmero en los detalles, que, en obras de esta índole, tienen tanta importancia.

Y es que Donoso trabaja demasiado en diversos órdenes de cosas, y, es claro, sus libros resultan inferiores a lo que pudiera esperarse.

III. NOVELAS, CUENTOS Y OTROS RELATOS

Un juez rural, el último libro de Pedro Prado, es una obra inclasificable. Es una especie de novela que recuerda el estado del alma y las actividades de cierta época de la vida de su autor, el simpático poeta, novelista, pensador, pintor, arquitecto, gran *causeur* y hombre bueno que es Pedro Prado, el mejor temperamento artístico y el más respetable de los escritores chilenos del día. *Los Diez*, *Alsino*, *Los pájaros errantes*, *La casa abandonada* y sus demás obras lo habían colocado muy alto. Ahora *Un juez rural*, más ceñida a la realidad que las precedentes, lo hará admirar de mayor número de lectores.

Esteban Solaguren—es decir, Pedro Prado—, padre de buen número de hijos y favorecido por mil ventajas de todo género, vive en una quinta de los alrededores de Santiago. Parece feliz. Pero cierta inquietud íntima lo mantiene intranquilo. El Intendente de la provincia lo nombra juez de paz. Solaguren, a pesar de no haber estudiado leyes, no renuncia. Juzgará en conciencia. Comienza el desempeño de su nuevo cargo. Y Solaguren con sus nervios hiperestesiados y cogido de «la manía de pensar», va resolviendo las querellas del barrio en fallos originales, llenos de saber y de elevación; vagabundea por las cercanías con su amigo el pintor Mozarena, medita, analiza sus menores sentimientos y sensaciones, se intranquiliza cada vez más, duerme poco, renuncia el juzgado, se va a la costa con su familia y vuelve a los pocos días más inquieto y preocupado que antes.

Todo ello, en un estilo claro, flexible, de mucho color y movimiento. Y a trechos, ironías finas, envueltas en una sonrisa delicada. Característica muy principal de la obra, como que corresponde a un período agudo de inquietud íntima de su autor, es también cierta sensación de soledad, que se hace más palpable en las últimas líneas de la obra.

Por otra parte, sin ser ante todo el gran pintor verbal que es Mariano Latorre, tiene, sin embargo, Pedro Prado, a lo lar-

go de su obra, cuadros, perfiles y escenas de un sabor real muy subido; y hay análisis, como el del cansancio, de una originalidad y precisión admirables.

—«¡Tan poco estudiado que está nuestro pueblo!—dice el pintor Mozarena en cierto pasaje. Cuando vago por los caminos con mi caja de pinturas, cuando voy por los campos o los pequeños caseríos, y observo sin ánimo de observar... todo lo que vislumbro, dentro o fuera de mí, me parece un descubrimiento. No sabes, entonces, qué desprecio tengo por los libros, qué distancia por nuestro pobre arte y por todas las cosas conocidas».

Después de la lectura de *Un juez rural*, Daniel de la Vega habría obligado a Mozarena a retirar sus palabras.

Con *Un juez rural*, Prado, o sea, según el elogio de Alone, el «gran pescador de perlas que nunca recoge sus redes en vano, aunque las tire al arroyo», se renueva y se completa cada vez con mayor felicidad.

«Durante muchos años todavía», concluye Luis D. Cruz Ocampo, Pedro Prado «tendrá el maravilloso privilegio de hacer que su última obra sea la mejor de todas».

Curioso caso el de la última novela de Augusto Thompson. *Pasión y muerte del cura Deusto*, editada en Madrid, es una novela bastante inverosímil y que demuestra en su autor no poca ignorancia de la vida eclesiástica. El lenguaje abunda además en francesismos y otras incorrecciones; y aun habría varios otros peros que anotar.

Pero *Augusto D'Halmar* es todo un artista; y sus inverosimilitudes e incorrecciones se olvidan ante ese encanto extraño que le comunican a la obra el interés del drama interno del cura vasco trasladado a Sevilla, el movimiento acertado de escenas y situaciones, la espontaneidad de la concepción artística y un decir flexible y matizado de mil gallardías originales o espigadas en mil campos diversos.

«Parece descuidado—dice Hernán Díaz Arrieta (*Alone*)— y hace resonar la más sabia de las orquestas; parece claro y se

matiza de todas las medias tintas del agua en el crepúsculo; parece primitivo, nítido, infantil, y tiene descomposiciones de luz y serpenteos voluptuosos de bayadera asiática».

Novela de autor americano con teatro en España, *Pasión y muerte del cura Deusto* tenía que hacer recordar otras dos novelas célebres: *El embrujo de Sevilla* y *La gloria de don Ramiro*. Pero el chileno Augusto Thompson (*D'Halmar*), menos novelista y aun quizá menos escritor que el uruguayo Carlos Reyles y que el argentino Enrique Rodríguez Larreta, es más artista que cualquiera de ellos, y su obra no disonaría como la tercera de las unidades de una bella trilogía literaria que hasta ayer estaba incompleta.

Joaquín Ortega Folch, que en 1923 publicó *Betsabé*, ahora se reconcilia con buen número de lectores, por medio de su novela *Una confesión*.

Mariano Latorre preferiría llamarla «Una coqueta». De una coqueta se trata, en efecto. Es una novela corta, de estilo agradable, de trama sencilla y con sus ribetes de psicológica. Y su autor, un joven de treinta años, que sabe dar interés al relato, defiende una tesis valiente, cuenta a Maupassant y a Chejov entre sus maestros, y, sobre todo, que, a pesar de sus errores de procedimiento y lenguaje, parece tener pasta de novelista.

El capitán retirado don Olegario Lazo Baeza se dió a conocer en 1922 con unos *Cuentos Militares* recibidos con aplauso raro por lo universal y merecido. En 1924 hace editar *Nuevos Cuentos militares*.

Literariamente ha progresado bastante. Es más concentrado, mejor pintor, de realismo más vigoroso. Casi siempre se hace interesante. Es sobrio. Ha aprendido a dar pinceladas de experto. Pero, como hace notar Ricardo A. Latcham, en general, «nuestros militares están pintados en aspectos no muy honrosos». Lo cual, después de todo, no es obstáculo para que el ex-capitán Lazo, que tiene facilidad extraordinaria para el relato, los haya escrito tan dignos de leerse en cualquier país, como

La última etapa, El paralítico y esa maravilla titulada *El padre*.

De Eduardo Barrios, el autor de *Un perdido* y *El hermano asno*, aparece en 1924, aunque con fecha del año anterior, las *Páginas de un pobre diablo*.

Una obra más, compuesta de cuatro relatos, agrupados con el título del que inicia el volúmen. La importancia principal del tal relato consiste en la revelación de un aspecto poco conocido en Barrios, el humorismo. De lo demás del libro, merece mencionarse *Canción*, idilio de toques semirománticos.

El escritor chileno residente en París y encargado de la crítica de libros hispanoamericanos en el *Mercure de France*, Francisco Contreras, publica *La ville merveilleuse*. Es una serie de siete relatos independientes y de desenvolvimiento cansado. Un crítico parisiense de *Nouvelles littéraires* la llama *essai*, no *roman*. Hacía tiempo que se sabía que *La ville merveilleuse* sería la primera obra de una serie en que su autor, aficionado tardío al *folklore*, procuraría utilizar las creencias populares para interpretar la vida de Hispanoamérica, especialmente la de Chile.

Una empresa digna de otra pluma.

El Pbro. don Julio T. Ramírez, el novelista que hace tres años pintó escenas algo tristes alrededor de *El rancho*, lejos de dormirse bajo la corona ganada en un gran certamen americano, hace editar ahora un libro de cuentos titulado *Del mar y la sierra*.

Es una obrita simpática, impregnada de buenos sentimientos, de amor a la naturaleza chilena y de honda piedad humana ante los sinsabores de la vida de los campesinos evocados en sus cuentos. Un decir sin artificio sirve de ropaje a una trama sencilla. Pero es una sencillez que concluye por hacerse algo desconcertante, y se desearía que un poco más de complicación viniera a dar más interés al relato.

Y uno piensa en que el poeta don Abel González, prologuista de la obra, acaso tenga razón cuando dice: «Parece que el

señor Ramírez ha tenido el propósito, no tanto de novelar, como de presentar una serie de cuadros de la naturaleza y de la vida campesina, plenos de fuerte colorido local y animados por la más sincera realidad moral de los personajes que pone en juego».

El muy ameno memorialista de *Como si fuera ayer...*, el hombre de pluma y de casaca don Emilio Rodríguez Mendoza, ex-alumno del Colegio de San Agustín, publica, en la Biblioteca Nueva de Madrid, una segunda edición de su novela chilena *Santa colonia*, obra de un movimiento algo lánguido, pero importante como resurrección de un época.

Otras obras novelescas del año han sido: *La bestia hombre*, ensayo de ambientes no santos, por *Lautaro Yankas* (Manuel Soto); *Un marino*, cuento de Jorge Gustavo Silva, premiado en un certamen de 1923; *La casa del dolor*, de Julio Kloques Campos; *La caverna de los murciélagos*, fantasía extravagante de un escritor que parece quiere tentar suerte en todos los géneros, por *Pedro Sienna* (Pérez Cordero); *La derrota*, por Caupolicán Ponce; *La hija de la ciega*, por Adolfo Urzúa Rozas; *Alma de otros mundos*, por Julia Sáez (*Araucana*); y *Ambición de madre*, traducción de una obra inglesa de Effie A. Rowlands.

IV. HISTORIA, RECUERDOS Y CRÓNICAS

Don Nicolás González Errázuriz publica *El motín de Figueroa*; don Alejandro Ríos Valdivia, *La misión Lavalle*; y el ex-Rector de la Universidad de Chile, don Domingo Amunátegui Solar, un folleto titulado *Génesis de la independencia de Chile*, y su libro *Chile bajo la dominación española* (refundición, dedicada a la enseñanza, de dos volúmenes del año anterior).

Un escritor de nombre a edad aún muy temprana, Eugenio Orrego Vicuña, nacido y educado en un hogar de escritores, obtiene a principios del año su título de abogado, y su memoria de prueba es todo un libro de doscientas cincuenta páginas, de

formato grande y de importancia histórica más grande todavía.

Me refiero a *El espíritu constitucional de la administración O'Higgins*, de que ya he hablado. Es una obra escrita con cariño al tema y al héroe, y de interés y mérito tanto mayores, cuanto que el constitucional era el aspecto menos estudiado de la vida de O'Higgins.

Aun hay en 1924 otra obra histórico-crítica de Eugenio Orrego Vicuña: su opúsculo sobre *Medina y Harrise*, después de cuya lectura el dictado de príncipe de los americanistas huye solo del investigador yanqui para refugiarse junto al sabio chileno don José Toribio Medina.

Otro Orrego, don Augusto Orrego Luco, entrega al público otros dos libros: *Notas de viaje* y *Recuerdos de la Escuela de Medicina*. A juicio del joven y competente crítico Ricardo A. Latcham, *Notas de viaje* «parece el ocaso de un escritor ilustre».

(El doctor Orrego nació en 1848).

En cambio, *Recuerdos de la Escuela de Medicina*—copio una nota bibliográfica mía de la *Revista de la Juventud católica*—es un libro amable, interesantísimo, escrito con un cariño seductor y de un estilo que recuerda a los maestros del buen decir.

Sus páginas perpetúan la memoria de figuras ya lejanas, tan simpáticas e interesantes como la de Lafargue, el «viejecito triste, de fisonomía delicada y melancólica»; y las de don Rudolfo Philippi, don Ignacio Domeyko, don Ramón Elguero, y tantas otras que no recuerdo por no citar todo el índice. Pero las que prefiero, son las de los primeros años de la Escuela, y sobre todo, la de Domeyko, el heroico *Jegota* de los poemas de Mickiewicz.

El libro del doctor Orrego es el mejor homenaje que se podía tributar a la antigua Escuela de Medicina y una de las pocas obras recientes que podríamos presentar satisfechos a la curiosidad de los lectores extranjeros.

Otro libro de recuerdos publicado por un anciano escritor de

estas tierras, es *Tapices viejos*, de don Javier Vial Solar. Hay en él páginas interesantes y amenas; pero, desgraciadamente, la afición a las reflexiones innecesarias y cierto airecillo de alabador exagerado *temporis acti se puero*, hacen que la obra pierda no poco.

Uno de nuestros mejores cronistas de periódico, y para algunos, el mejor, Joaquín Edwards Bello, reúne *Crónicas* suyas en un volumen de presentación muy pobre.

Aunque recuerda con excesiva frecuencia que él fué quien escribió *El roto*, hace ya algún tiempo que Edwards Bello no publica novelas. ¿Le hizo caso a don Pedro N. Cruz? En la práctica por lo menos, parece que sí. El hecho es que, por hoy, Joaquín Edwards es el cronista incorrecto, desaliñado, inquieto, y a pesar de todo, ameno e interesante, con todas sus paradojas, su danza moderna de ideas despreocupadas, sus imágenes atrevidas, sus descripciones vigorosas y sus remolinos desordenados de anotaciones breves.

Y, junto a la gravedad de los editoriales pesados, es entretenedor un periodista hábil y de estilo vivo y decir fácil, que escribe comentarios livianos, como Joaquín Edwards Bello, el ameno cronista de *La Nación* de Santiago.

Dos obras de notas humorísticas han aparecido en el año: *Reflexiones de un optimista*, por César Cascabel (el ingeniero Julio Simón) y *La biblioterapia*, por Rocésín (el abogado Alberto Herrera Arrau, que bautiza su libro con el título del primer capítulo). César Cascabel es más fácil de leer; pero Rocésín tiene observaciones y ocurrencias más dignas de recordarse.

«Tal vez algún día, en quién sabe qué puerto de la Tierra, pero seguramente muy lejos del Valparaíso de mi infancia, yo también iré a sacudir la ceniza de mi pipa al bar de algún Peter Petersen; y solo conmigo mismo y mis recuerdos, veré delante de mí un pequeño soñador desencantado, que sólo para mí no ha envejecido, que después de tantos vagabundeos, nada

ha visto sino el mundo, y al cual, después de tantas peripecias, nada le ha pasado sino la vida».

Así reza el epílogo de *La sombra del humo en el espejo*, de Augusto Thompson. Y es un párrafo muy representativo de Thompson, el Pierre Loti chileno, el extraño *Augusto D'Halmar*, desterrado voluntario del Chile de sus primeros años, viajero impenitente por muchos países de la tierra, fatalista, gran *poseur* y gran temperamento artístico, supuesto descendiente de piratas noruegos, «soñador desencantado» y eterno sufridor de una nostalgia de no se sabe qué.

Ese es *Augusto D'Halmar*, autor de *Juana Lucero*, *La lámpara en el molino*, *Nirvana* y *Pasión y muerte del cura Deusto*; escritor de tantas páginas mitad francesas mitad castellanas, incorrectas hasta el lujo; y, sin embargo, tan cargadas de un perfume raro compuesto de mil flores exóticas cogidas por la mano experta de un artista con aire de iniciado en sabidurías esotéricas.

Ese es *D'Halmar*, que ahora completa ciertas visiones de *Nirvana*, con *La sombra del humo en el espejo*, visiones del Egipto, la India, Grecia, Italia y otros lugares idealizados para él por la lejanía del recuerdo.

(Una nota de la página del *copyright*, dice que «la traducción francesa de este libro la firmó Francis de Miomandre», gran amigo de *D'Halmar*).

V. INVESTIGACIÓN, CRÍTICA LITERARIA Y FILOLOGÍA

El sabio antropólogo e ingeniero inglés residente en nuestro país desde hace poco menos de cuarenta años, don Ricardo E. Latcham, miembro único en Chile del *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, regala al público lector dos obras más: un folleto en que, contra opiniones sostenidas hasta el día, prueba *La existencia de la propiedad en el antiguo imperio de los Incas*; y un volumen sobre *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos Araucanos*

(tirada aparte de las *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, t. III*).

El libro sobre los antiguos Araucanos es una interesantísima obra de más de seiscientas páginas de formato grande y de una importancia tal, que casi todas sus sabias conclusiones son, como las del folleto sobre los Incas, verdaderos descubrimientos.

Y es porque, ya sea por una u otra causa, las investigaciones precedentes se habrían enredado en no pocos errores. En cambio, el señor Latcham, sabio de fama tanto en América como en Europa, tiene una preparación excepcional para tales estudios y ha vivido en contacto íntimo con los araucanos varios años de observación directa. Así, nadie mejor que él, que ahora prepara una refutación de los errores de la teoría totémica de Freud, podía escribir la obra sobre los antiguos Araucanos.

Aunque no todas descubrimientos, recordaré, callando importantes detalles, algunas de las irrefutables conclusiones del sabio investigador anglochileno: «al llegar los españoles a Chile, los indios del país estaban organizados por su sistema totémico», totemismo que no era de origen incaico; «heredaban el *tótem* y el apellido por línea femenina»; «el apellido se deriva del *tótem*»; «el *tótem* entre los araucanos no era sinónimo con el antepasado común de quien el grupo totémico suponía descender, sino que era un sér con quien éste había formado una alianza»; «el sistema social se hallaba en un período de transición»; los cambios originados por la conquista española concluyeron con el totemismo y afianzaron «la posición del padre como jefe de la familia»; «la religión de los araucanos» —y no por eso eran ateos— «era el culto de los antepasados, sin que reconocieran ninguna deidad»; el *pillán* no era otra cosa que el espíritu del «antepasado fundador del respectivo linaje», etc. (Págs. 595-596).

En definitiva, *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos Araucanos* (que el autor ha extractado y adaptado para público menos especialista, en el semanario inglés de Valparaíso *The South Pacific Mail*, con el título de *The*

Romance of Chilean Ethnology), sin pertenecer a la literatura en su acepción restringida, es uno de los mejores libros chilenos del año.

Otro sabio europeo chilenzado, el filólogo alemán don Rodolfo Lenz, también publica dos folletos de interés; *Estudio sobre los indios de Chile* y *La reforma de la gramática*, importante resumen este último, en ciertos puntos, de su gran obra sobre *La oración y sus partes*, que prologó y editó R. Menéndez Pidal en Madrid, hace cinco años (1920).

Por su parte, la Universidad de Chile reúne en un volumen las siete *Conferencias* que el profesor de filología de la Universidad Central de Madrid, don Américo Castro, dió en Santiago a fines de 1923, en la primera de las cuales hace sobre el señor Lenz, entre otros, estos elogios: «El Dr. Lenz es una de las personalidades más notables en el dominio de la filología románica»; y «es el primer investigador que hace la aplicación de la fonética a problemas estrictamente filológicos».

El estudio biográfico-crítico sobre *El licenciado Pedro de Oña*, que don Enrique Matta Vial nunca quiso publicar en vida, tiene fuera de otros títulos de valía, la de demostrar que, como dice Omer Emeth (es un francés nada amigo de los españoles quien lo dice), «el pasado americano no es tan negro como algunos lo pintan»; o, limitándonos a nuestro país, que «a fines del siglo XVI no estaba Chile envuelto en las tinieblas intelectuales que los historiadores suelen suponer».

Prueba: el *Arauco domado*, de Oña. Porque, aunque el poema sea tan poco apetitoso de leer como es, Oña, patriarca de la literatura chilena y aun americana, había alcanzado la suficiente instrucción para escribir entre sus veinte y veinticinco primaveras, un poema de la extensión y alardes eruditos del *Arauco domado*.

Don Miguel Luis Amunátegui Reyes, autor de muchas obras

de investigación lingüística, entrega al público el primer tomo de *Observaciones y enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*. Es una crítica excelente, facilitada por los progresos de treinta años, del *Diccionario manual* que escribió en 1893 otro lingüista chileno, el sacerdote salesiano don Camilo Ortúzar.

El subdirector de la Biblioteca Nacional, don Ramón A. Laval, hace imprimir, con el título de *Paremiología chilena*, su discurso de ingreso a la Academia, en tanto que don Ricardo Dávila Silva abogaba en el suyo por la resurrección de la fábula y de la epopeya. Pero el más comentado de los discursos de ingreso a la Academia impresos en 1924, fué el del doctor P. Raimundo Morales, franciscano, que habló nada menos que de *La decadencia del arte de escribir*.

Y ahora, los títulos de los tres libros escritos para la enseñanza: *Estética literaria* (edición de Herder), por el humanista Pbro, don Guillermo Jünemann, del Seminario de Concepción; *Idioma patrio*, conforme a los programas del cuarto año de humanidades, por don Eduardo Solar Correa; y *Retórica y poética*, por don Julio Sienzalas, del Seminario de Valparaíso.

VI. TEATRO

«Rico, casi espléndido,—escribe Eugenio Orrego Vicuña en cierta revista—ha sido el año teatral de 1924, no sólo por la variedad—que ha habido para todos los gustos—sino también en cuanto a valía». Muchas compañías pasaron por los teatros: Pero lo que por ahora nos interesa son solamente las obras dramáticas estrenadas o impresas por autores nuestros.

Y entonces sí que el juicio de Orrego no puede dejar de ser severo: «El teatro nacional --dice-- ha continuado languideciendo... Las causas son las mismas de siempre: falta de elementos buenos, carencia de ensayos, de cuidado en la presentación y selección de obras, de repertorio y dirección. Bührlé, actor que cuenta con muchas simpatías en el público, hizo un esfuer-

zo simpático y... fracasó por las razones apuntadas. Su compañía alcanzó a estrenar *Los ciegos ven*, comedia muy bien escrita, de Matías Soto Aguilar, que marcó un éxito.

Otra compañía estrenó, con éxito también, *Más fuerte que el amor*, por la señorita Lidia Boza. El conocido N. Yáñez Silva hizo representar dos traducciones del francés: *In vino veritas* y *Tierra inhumana*.

Agrega Orrego Vicuña que, durante el año, «se han estrenado, con resultado vario, diversos sainetes y revistas de actualidad nacional que han logrado mantenerse en el cartel».

Pero aún falta mencionar lo mejor, la notable pieza en un acto, titulada *Tragedia interior*, original del ya tantas veces citado escritor don Eugenio Orrego Vicuña y que estrenó en Santiago y ha prometido dar a conocer, incorporándola a su repertorio, en sus próximas giras por Europa y América, el maravilloso actor español don Enrique Borrás.

Del mismo Eugenio Orrego Vicuña, por el momento, aparte de otras actuaciones y a pesar de su juventud, el mejor y el que más promete de los dramaturgos nacionales, es también la adaptación chilena que de *Le maître de son coeur* de Paul Raynal, se estrenó en 1923 y apareció impresa en 1924, con el nombre de *El amo de su alma*. Es la presentación en escena del problema de la fuerza de la amistad ante el amor. *Omer Emeth*, a pesar de no creer en «amos de su alma» y de encontrar algo inverosímiles ciertos pasajes, pasa por sobre escepticismos y pretendidas inverosimilitudes y se deja apasionar con una decisión que hace más palpable, dice el crítico, «el triunfo del arte».

Otras obras de arte escénico impresas durante el año han sido *El consejo de guerra*, por el joven poeta Gustavo Campaña Gandarillas; los muy graciosos, ya que no delicados, sainetes de Pedro J. Malbrán, *Los dos quesos de Balta Marín*, *El día de los inocentes*, *El arreglo de Washington*, *Las diez de última*, *La guerra de don Ladislao* y *Los muertos mandan*; y la ter-

cera edición de los monólogos de Ernesto Córdoba Parraguez, titulados *Don Tránsito Canales*.

VII. MISCELANEA

Nuestro sabio don José Toribio Medina sigue como siempre luchando con sus años y publicando libros. De 1924 son la magnífica *Cartografía hispano colonial de Chile*, *Escritores hispano-americanos celebrados por Lope de Vega en el «Laurel de Apolo»* y *Cantos XVIII y XIX de «Armas antárticas» de Juan Miramontes y Zuazola*, con anotaciones.

Otro erudito de valer, don Luis Riso Patrón, da feliz término a una obra de muchos años de labor, su gran *Diccionario geográfico de Chile*, que comprende 28,215 nombres, distribuidos en cerca de mil páginas de formato grande y letra pequeña. Los datos hablan solos.

Pedro Prado, asesorado por un grupo de intelectuales amigos, con motivo del movimiento regenerador del 5 de Setiembre, sale un momento de su jardín interior y redacta a la ligera, escondido tras el seudónimo de *Los X*, ciertas generosas *Bases para un nuevo Gobierno y un nuevo Parlamento*.

El avanzado escritor chileno residente en París, Vicente Huidobro, lanza en francés un folleto titulado *Finis Britanniae*.

Don Maximiliano Salas Marchán, educacionista distinguido, escribe sobre *Las tendencias actuales de la educación norteamericana*; y don Abraham Vera Yanáttiz demuestra la *Labor educacional (de Chile) en Arica*.

El Pbro. don Alejandro Vicuña P. reúne artículos con el título de *Por la justicia y por la paz*; y otro presbítero, don Julio Restat, habla de *La existencia de Dios ante la filosofía y las ciencias*, y suscita corta pero animada polémica, con sus conferencias sobre *La bancarrota de la evolución*.

Mencionaré finalmente los títulos de otras obras: *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile*, por el político y economista don Guillermo Subercaseaux; *La cuestión social*, por Francisco Olgiati, traducción del italiano; *La*

evolución inglesa y el régimen parlamentario, por Teodoberto Alvarez; la segunda edición del *Voyage en France*, por el profesor don Francisco Zapata Lillo; *La mujer*, por doña Rosa Prats de Ortúzar; *El gobierno de don Bautista Saavedra*, por Rigoberto Paredes; *El espiritismo*, *El divorcio*, un Manual de apologética premiado por la Universidad de Chile y la cuarta edición (la primera creo que es de 1909) de un *Diario de viaje*, por el laborioso publicista salesiano don Bernardo Gentilini, que no pasa año en que no publique uno o varios libros; *Frutos de mi huerto* y *En soledad*, recopilación de artículos del Pbro. don Nataniel Eastman; y *Legislación social de Chile*, por los señores Moisés Poblete Troncoso y Oscar Alvarez Andrews, miembro de la Oficina del Trabajo.

VIII. OTRAS ACTIVIDADES LITERARIAS. LAS REVISTAS.

El proyecto irrealizado de erigirle un monumento al poeta Magallanes, originó en la prensa una polémica larga y triste. Resultado. El monumento quedó sin erigir; y Tótila Albert, el escultor chileno-alemán a quien se encomendara la obra, regresó a su rincón berlinés, acaso para no volver más a Chile.

La Sociedad de Conferencias literarias ha continuado su obra. Recordaremos la conferencia de Pedro Prado (el 4 de Abril), que charló con la maestría que le es propia sobre su gran amigo el poeta Magallanes; y la de doña Amanda Pinto de Labarca Hubertson acerca de Selma Lagerlöf.

En la Universidad Católica hubo, entre otros cursos libres, conferencias literarias de importancia, como las que, sobre literatura francesa moderna, daba cada semana el Pbro. don Emilio Vaïsse (*Omer Emeth*), que rayó siempre a gran altura sobre sus ya muy decaídas notas bibliográficas de *El Mercurio* y tuvo constantemente un auditorio de más de quinientas personas.

En la Universidad de Chile, el profesor de la Sorbona, M. Paul Hazard, ocupó durante tres meses,—cito sus palabras—*une chaire de civilisation française*, con una asistencia de más

o menos trescientos oyentes *capables de saisir toutes les nuances du français*.

La joven y ya floreciente Universidad de Concepción tuvo, a su vez, su centro de extensión universitaria donde hablaron, entre otros, Pedro Prado sobre Magallanes y el doctor Carlos Charlin Correa sobre Pasteur; y su círculo de lecturas, donde hubo charlas tales como la de don Enrique Molina sobre *Mahatma Gandhi* de Romain Rolland, y la del talentoso crítico literario don Luis D. Cruz Ocampo, sobre *El banquete de Platón*.

Otras conferencias merecedoras de recuerdo en estas líneas, son la de Ricardo A. Latcham, sobre la vida colonial en Chile; la de M. Henri Hoppenot, de la Legación francesa, sobre Paul Claudel, Marcel Proust y Paul Valéry; la de don Eugenio Orrego Vicuña sobre Sienkiewicz; la de Pedro Prado sobre su obra *Un juez rural*; las de don Agustín Nieto Caballero, colombiano, sobre educación; la de don Julio Vicuña Cifuentes sobre Camoens; la de don Ricardo Cox Méndez sobre el *Quijote* y Cervantes, etc.

Y antes de cerrar el párrafo, algunos renglones para nuestras revistas.

Educación pierde con el cambio de su primer nombre por el de *Cultura*, *La Revista Chilena de Historia y Geografía* (que ha publicado dos magníficos homenajes a don Enrique Matta Vial y a don José Toribio Medina), *La Revista Católica*, los *Anales de la Universidad de Chile* y la *Revista de Educación Nacional* continúan viviendo. *Rodó* muere definitivamente. *La Revista Chilena* hace meses no sale.

En cambio, la *Revista de la Juventud Católica* da pasos de criatura ya orientada; *The South Pacific Mail* progresa; y aparecen otras revistas nuevas, algunas, muy insignificantes, como *La Pensée Française* y *Agonal*; pero una, de tanta importancia y de vida tan vigorosa, que, desde el primer número, fué una de las principales revistas científico-literarias con que cuenta hoy el habla castellana.

Me refiero a *Atenea*, de la Universidad de Concepción.

IX. LA PÉRDIDA DEL AÑO: MANUEL MAGALLANES MOURE

Había nacido en La Serena en Noviembre de 1878.

Comenzó su carrera literaria en el famoso grupo de la revista *Pluma y Lápiz*. En 1902 publicó su primer libro de versos, *Facetas*; y en 1904, el segundo, *Matices*, prologado por el poeta colombiano Isaías Gamboa. Uno y otro denotan una evolución lenta de un romanticismo mitigado hacia un modernismo discreto.

Pero las que podríamos llamar por excelencia sus obras, vienen más tarde, *La jornada* es de 1910, y *La casa junto al mar*, de 1918. Finalmente, *Florilegio*, editado en Costa Rica y prologado por Pedro Prado, reúne, en una selección acertada lo mejor de su labor poética.

Era la suya una poesía sencilla, concentrada, sin artificios, sincera, poesía silenciosa, como de cuerda con sordina. Una especie de vago panteísmo solía asomar en sus estrofas. La emoción se trasmitía sin esfuerzo, de alma a alma. Y era una emoción de recogimiento, suave, sin dejar de ser varonil. Y aunque algunas veces su poesía pareciera, como alguien ha insinuado, destinada a decirse al oído de la mujer amada, nunca el sensualismo manchó sus líneas de artista de delicadeza exquisita.

Pero Magallanes Moure, hombre de vasta ilustración artística, no fué poeta solamente.

Fué periodista. Por los años de 1902 y 1903 editaba la revista *Chile Ilustrado*. Y en diversas épocas de su vida colaboró en numerosas publicaciones de Europa y América. Tenía especial aptitud y predilección para la crítica de arte.

Fué pintor. Y el salón oficial de 1919 premió una tela suya.

Escribió para el teatro, y fué nada menos que Borrás quien le estrenó en 1912 su pieza *La batalla*. Publicó un libro de cuentos, cuentos de poeta, con sus habituales tintes de romanticismo discreto. Tenían por título *Qué es amor*.

Fué miembro de un partido político, director o presidente o

mero miembro de varios centros literarios, y, por algún tiempo, alcalde de San Bernardo desde 1905. Pero él no era para esas ocupaciones de actividad. Su temperamento de hombre de silencio, que lo fué confinando cada día más en una melancolía inquietante, no avenía con la bulla, ni mucho menos—alma buena como la que más, aunque sin conservar las creencias católicas de sus primeros años—toleraba claudicaciones en aras de banderías.

Años hacía que Magallanes, alejándose cada día más del bullicio de la capital, se había retirado definitivamente a San Bernardo. Y allí vivió, entre los suyos, largos años de aislamiento voluntario. Llegó, dicen, hasta la precaución de quitar el timbre a la puerta de su casa, para que los curiosos no fueran a importunarlo en su retiro. Su gran amigo Pedro Prado, que tanto bueno del poeta ha recordado en su conferencia de 1924, había escrito antes en el prólogo de *Florilegio*:

«Manuel Magallanes Moure, un hombre más bien alto que mediano, siempre vestido de negro; con su enorme y combada frente plácida, y, hasta ayer, poseedor de una grande y serena barba negra; con sus largos pasos silenciosos, su bondadosa atención, la fugaz chispa de ironía de sus ojos pardos y pequeños, su reír callado, sus frases vagas y breves, siempre envueltas en humo de cigarro, deja una impresión confusa de quietud o de misantropía. Tarde, sólo al conocerlo íntimamente, sabes que todo aquello es dolor callado...

Más que otros solitarios, este poeta es un sér esencialmente contemplativo. No tiene ni ejerce profesión o trabajo alguno. A veces, por largos intervalos, escribe. Pasa después cinco o seis meses en plena Cordillera de los Andes, en El Melocotón, un lugarejo perdido al amor de las aguas despeñadas del Maipo, en un valle tan angosto, metido entre tan enormes montañas, que el día es tres horas más breve, y eterna la noche, toda rumor y solemnidad».

Hombre modesto, acaso, como dice alguien, «la mayor prueba de modestia que (Magallanes) pudo dar, la encontramos en el viaje que hizo a Europa. Se fué calladamente a fines de 1921.

Viajó, observó y, un buen día, un año después, lo vimos nuevamente recorrer con su paso lento las tranquilas calles de San Bernardo... Trajo una serie de apuntes e impresiones interesantes, pero no se preocupó de darlos a la prensa; apenas si, por amistad, yo conseguí que me diera un trabajo para *Educación*, el único artículo que publicó referente a su Viaje». (Gmo. Rojas Carrasco, en *Cultura*, N.º 1).

«Como los artistas superiores, dice Ricardo A. Latcham, al igual que Contardo, Mondaca, Gabriela Mistral y otros apolo-nidas ilustres de nuestra tierra, la obra de Magallanes aparece muy condensada». La selección de *Florilegio* bastaría para su nombre.

«Escribió poco, pero de lo mejor que puede presentar la literatura hispano-americana moderna. Y es que Magallanes, escribe otro poeta, Daniel de la Vega, «dejaba que el tiempo esfumara un poco las líneas de sus impresiones; en el recuerdo, los elementos dispersos se iban armonizando hasta quedar, al fin, el cuadro depurado de detalles inútiles y terminado, antes que el poeta tomara la pluma».

Murió el 19 de Enero de 1924.

«Su vida, añade Daniel de la Vega, fué un poema más».

Lástima que el monumento que a raíz de su ida se le pensó erigir, se haya hecho humo en medio de palabras inútiles e incidentes tristes de recordar.

X. OTROS ESCRITORES MUERTOS

Manuel J. Vega.—Fué escritor y diplomático. Nació en 1845, en Ancud. Concluidas sus humanidades en el Seminario de su ciudad natal, en 1867 se vino a Santiago y se dedicó al periodismo. Colaboró en varias publicaciones, sobre todo en *La Libertad* de los Arteaga Alemparte y en *El Mercurio* de Valparaíso. En 1872 se trasladó a París, siempre dedicado a la prensa, colaboró eficazmente en el *Diccionario biográfico americano*, de Cortés, y no volvió a Chile sino en 1876, para seguir como antes en el periodismo. Inicióse en la carrera di-

plomática acompañando en la Legación chilena de Colombia al poeta Soffia.

Fué un escritor de gran cultura y pluma diestra, pero que, como tantos otros, no dejó libros dignos de su nombre.

Joaquín Rodríguez Bravo.—Nació en 1852. Fué escritor y abogado. Escribió varios libros. Recordaré especialmente sus volúmenes sobre el Congreso de 1882, sobre Lastarria y sobre Balmaceda.

Había viajado y poseía una gran ilustración. Dicen que conversaba admirablemente. Y esa fué la última de las actividades que le fué permitido desarrollar en la ceguera de los postremos años de su vida.

Aliro Oyarzún.—Era uno de los representantes de la generación joven. Fué el fundador y el director de una de las muchas revistas literarias que han nacido con el santo propósito de borrar pecados de incultura. Pero, antes del segundo número, *Dyonisos* ya había muerto. Y su fundador desaparecía poco después a los veintisiete años.

Raimundo Echeverría Larrazábal.—Había nacido en San Javier en 1897. Dicen que no le gustaba frecuentar centros literarios, y que, como tanto joven de los de su edad, era un escéptico convencido. Escribió versos que salieron en diversas publicaciones o no salieron, y murió en San José de Maipo sin haber dado a la imprenta ningún libro.

Julio Munizaga Ossandón.—Era de Vicuña, donde había nacido en 1888. Fundó y dirigió la revista *Penumbbras*. Colaboró en muchas publicaciones nacionales o extranjeras. En 1914 publicó su primero y único libro, *Las rutas ilusorias*, versos de tendencias parnasianas, y fué de los premiados en los grandes Juegos Florales que revelaron a Gabriela Mistral. Más tarde se fué a Punta Arenas, donde ejerció su profesión de abogado, fundó y redactó la revista *Mireya* y fué el alma de la vida li-

teraria de la ciudad más austral del continente. Hace poco una enfermedad lo devolvió a Santiago. Debía no volver a salir.

Gustavo Balmaceda Valdés.—Fué el marido de Teresa Wilms Montt. Cultivó la novela. Una muerte triste puso fin a su vida desgraciada.

Daniel Solorza Barros.—Con decir que era un estudiante agustino, ya se ha dicho que era ignorado en los círculos literarios del país. Sin embargo, los que como yo lo conocimos desde niño y vimos los grandes progresos de sus últimos años, sabemos que era una verdadera esperanza de las letras patrias. Su alma rica en emociones delicadas, su imaginación viva y poderosa y su gran laboriosidad, unida a un admirable dominio del verso (de todo lo cual hablaré más extensamente dentro de poco), hacen de su muerte una desgracia.

Había nacido en Quinamávida, lugarcito de la provincia de Linares. Vestía el hábito agustino desde 1914. En Abril de 1923 había partido a Europa a concluir sus estudios. No volvería a Chile. Murió en Roma, a los veintiséis años de edad, el 29 de Junio de 1924.

Y con este recuerdo al amigo de tantos años, pongo punto final a mi tercera reseña de las actividades literarias del año en Chile.

Santiago de Chile, Febrero de 1925.

ALFONSO ESCUDERO.

agustino.

Luis D. Cruz Ocampo.

Hombres, Ideas y Libros

LITERATURA AMERICANA

Libros Argentinos

«TRES RELATOS PORTEÑOS». — *Arturo Cancela.* — (M. Gleizer, Buenos Aires.)

Ya se considere que el humorismo es propio de las razas envejecidas, o de los espíritus infantiles, o que derive directamente del artritismo, como dice Baroja, ello es que nada hay de más reconfortante para el espíritu que esta sonrisa de la inteligencia frente a la vana y ridícula agitación de los hombres. Por el momento no quiero detenerme a considerar qué importancia puede tener «la intoxicación artrítica», de que nos habla el autor de «La Caverna del Humorismo», en la producción de los tres relatos que forman el admirable libro de Arturo Cancela. Pero si hay entre ambas cosas alguna relación podría afirmarse, desde luego, que Cancela es la persona que en la República Argentina sabe sacar el mayor provecho del ácido úrico, sustancia que otros malgastan en forma lamentable.

Arturo Cancela y Roberto Gache ponen en la literatura argentina la nota elegante de su humorismo y de su ironía. Gache se ha orientado de preferencia hacia el inagotable venero de las costumbres sociales, en sus celebrados artículos sobre la vida

en Buenos Aires y en su libro «Baile y Filosofía»; Cancela, por su parte, parece preferir el campo de las actividades políticas y gubernamentales donde, de sobra está el decirlo, abundan los hechos y los individuos preciosos para el humorista. Dos de los relatos que forman este volumen, se refieren a las costumbres políticas y sucesos de la vida pública. La inclinación de Cancela a estos temas había encontrado ya una manifestación anterior—hasta donde alcanzan mis conocimientos de su obra—en la comedia «El día de la Flor», que escribió en colaboración con Gustavo M. Landivar y estrenó en Buenos Aires en Diciembre de 1915. Tanto en esta comedia como en el relato «El Cocobacilo de Herlin» encontramos actuando en política a un Dr. Vertiz. Y hasta se hubiera creído que este de ahora, candidato a la presidencia de la República, era el mismo Dr. Vertiz, diputado en 1915. Por lo menos sus pocos escrúpulos y las maquinaciones e intrigas en que acostumbraba amoverse, hacían muy viable su candidatura a la presidencia de cualquiera república bien organizada. Pero el mismo autor advierte que este Dr. Vertiz candidato a la Presidencia no había ocupado jamás un cargo público. Se trata, pues, de un simple alcance de nombres, lo que conviene dejar establecido para resguardo de la reputación de cada cual.

* * *

Los tres relatos que Arturo Cancela ha calificado de «porteños» se llaman así, tal vez, más por el lugar donde ocurren los sucesos que por la naturaleza misma de los asuntos tratados. Y si para darles una calificación nos atuvieramos a los temas que ha empleado el autor, llamaríamos a estas narraciones «tres relatos americanos» o simplemente «tres relatos». Porque, en verdad, la manera como Cancela ha desarrollado su obra la hace rebalsar de los límites de un caso local para entrar en la vasta amplitud de lo genérico. Es probable, como ocurre con frecuencia en estos casos, que Cancela no se haya propuesto expresamente este resultado; pero, propuesto o no el

haberlo alcanzado demuestra la riqueza de su temperamento, que le permite encontrar lo universal en lo particular, tocando la raíz común de donde brotan las acciones humanas.

El primer relato, «El Cocobacilo de Herlin», es una admirable crítica del régimen burocrático y las costumbres políticas de su país. Pero ya por comunidad de razas o por que los hombres obran en todas partes de la misma manera, la crítica calza perfectamente a todos los pueblos de América, y, probablemente, a todos los de las otras cuatro partes del mundo. Fué el caso que Herlin, «privat-docent» de la Facultad de Upsala, se hizo célebre, académicamente hablando, por haber descubierto un cocobacilo para matar conejos. El Vice-cónsul argentino en Estocolmo—un holandés naturalizado argentino que vivía en Rotterdam—comunicó la noticia a su gobierno en un informe luminoso que alcanzó vasta circulación inserto en los periódicos, en los Anales del Ministerio de Agricultura y en la Revista de la Universidad de Buenos Aires, en la que apareció «como nota de un artículo de don Ernesto Quezada». Luego después, un vulgar incidente promovido en la Cámara acerca de la conveniencia de que los cargos consulares se confiaran a ciudadanos nacidos argentinos y no a los naturalizados, puso de actualidad la persona del sabio Herlin a través del informe del vice-cónsul en Estocolmo.

En esta oportunidad el Secretario del Departamento de Agricultura hizo ante la Cámara una elocuente defensa del funcionario aludido; y puso en claro la importancia de sus informes y en especial la del que se refería a la extinción de los conejos, que constituían una plaga siniestra para el progreso de la agricultura. Como es natural, el señor Secretario del Departamento Agrícola no tenía, antes del discurso que se vió obligado a improvisar, la menor idea de que el conejo pudiera dañar a alguien, mucho menos a los sembrados y los viñedos. Conocía al conejo únicamente por haberlo visto en los bazares en actitud de tocar el tambor, actitud que, en verdad, no puede ser considerada amenazante. Pero después del discurso comprendió, con clara visión de estadista, que el peligro era realmente enorme y

que en su triunfo oratorio había sido «intérprete inconsciente de una gran aspiración del alma nacional: la guerra al conejo».

Así nació, de ese discurso en defensa del vice-cónsul argentino en Estocolmo, la idea de una campaña nacional contra el conejo. Se contrató inmediatamente al sabio Herlin y se ordenó la confección de un proyecto de organización de la Oficina que tendría a su cargo los trabajos. En pocos días quedó listo un vasto y bien meditado proyecto que importaba solamente la creación de doscientos cincuenta empleos nuevos y una inversión de medio millón de pesos. Se iniciaron inmediatamente y con gran empuje los estudios preliminares, con los que se logró establecer que los conejos se distinguían especialmente «por la rapidez de sus movimientos y su carácter tímido». Con este antecedente se inició ya en forma la gran campaña: se crearon mil quinientos puestos más y se triplicó el presupuesto. Una propaganda frenética invadió toda la república: mapas, carteles, avisos, gráficos, etc., etc., llamaban en todas partes la atención de los ciudadanos hacia el gran peligro del conejo.

Por su parte, el sabio Herlin había llegado hacía algunos meses y no había logrado todavía que le recibiera el Ministro del ramo; y fué necesario que pasara algún tiempo más antes de que se diera cuenta en el Gobierno del objeto para que había sido contratado el ilustre sabio. Herlin se recluyó en una casa de pensión en espera de lo que hubiera de ocurrir. Allí tuvo la ocasión de encontrar al único conejo que llegaría a ver en el territorio de la república y que llegaría a ser también la única víctima de su cocobacilo. Era un conejo de hábitos domésticos, llamado «Pepe», mimado de doña Asunción, dueña de la casa de huéspedes.

La Oficina de Protección Agrícola contra el Conejo seguía creciendo fabulosamente. Se convirtió luego, en la natural evolución de todos los servicios públicos, en una formidable máquina electoral; y, por fin, el «Presidente de la Junta Fiscalizadora Honoraria de los Trabajos en contra del Conejo», don Aníbal Gaona, fué proclamado candidato a la presidencia de la República. Los adversarios políticos de Gaona, partidarios del

Dr. Vertiz, tenían dudas acerca de la existencia del conejo; pero fueron prontamente disipadas con la publicación de un informe en tres volúmenes. La aparición de este formidable documento probatorio de la existencia del conejo desconcertó a los adversarios de Gaona. Sólo los socialistas en su desesperación concibieron la idea de leerse el informe. Durante noventa días, veinte secretarios se consagraron simultáneamente a su lectura. Del estudio resultó que todos los informes, atlas, gráficos, etc., etc., eran falsos; y que en la mayor parte de la República el conejo era conocido únicamente por los dibujos que aparecían en los carteles de propaganda. La candidatura Gaona se deshizo; y el Dr. Vertiz llegó a la Presidencia de la República en atención a que no existían conejos en el país.

Mientras estos sucesos agitaban la opinión, en la casa de huéspedes de doña Asunción acaecían también hechos trascendentales. «Pepe», curioseando cierto día en las habitaciones, entró en el cuarto de Herlin. Volcó un frasco, husmeó un líquido espeso, sintió escalofríos y murió: había caído víctima del cocobacilo. Herlin, el ilustre sabio, para indemnizar a la señora por la pérdida de su conejo, se casó con ella.

Dentro de estas líneas generales quedan valiosos episodios, personajes hábilmente observados y comentarios sobre la vida burocrática y administrativa llenos de verdades aplicables a todos los ambientes. El Dr. Camilo Sánchez, comisionado para presentar el proyecto de la Oficina encargada de combatir al conejo, es una especie de Pacheco hablador, tipo extraordinariamente frecuente en nuestra fauna administrativa y política, y mucho más dañino que el Pacheco portugués que, por lo menos, no hablaba. Delfín Acuña, Jefe del Comisariato de Mendoza, no obstante sus breves apariciones en el relato, queda señalado como tipo del empleado público llamado a rápidos ascensos: poco escrupuloso, aficionado a pagar servicios personales con la creación de nuevos puestos, adulador con sus jefes, sumiso agente electoral a las órdenes de sus amos, etc., etc. El Secretario de Agricultura, con su prodigiosa ignorancia de los asuntos de su Departamento, es también otro tipo al que las

contingencias de la política nos tienen largamente acostumbrados. En resumen, cada episodio de la contienda electoral o del desarrollo de las labores de la Oficina permite al notable sentido de la comicidad que posee Cancela presentar rasgos o cuadros de un acierto indiscutible. Si se quisiera escoger lo mejor para dar una idea de la obra, habría que ir reproduciendo poco a poco todo el relato, pues unos pasajes valen por la finura de la ironía y otros por la exactitud de la observación crítica.

«Una Semana de Holgorio» y «Los Héroe» —los otros dos relatos del volumen—son igualmente interesantes. El primero es la historia de las incidencias en que se vió envuelto Julio Narciso Dilon, joven «bien», miembro del Jockey Club, durante los sucesos trágicos desarrollados en Buenos Aires en Enero de 1919. Por un encadenamiento lógico de sucesos, al parecer insignificantes, este joven aristócrata que salió en la mañana de su casa con el propósito de ir a almorzar al Hipódromo, se encuentra en la noche procesado y condenado como un terrible maximalista.

Las complicadas aventuras de Dilon derivan, en primer lugar, del hecho de que en aquel día funesto madrugara, contra su costumbre, y estuviera en pie a las doce. Una huelga impide en esa mañana la circulación de tranvías y automóviles; Dilon se ve obligado a marchar a pie. Este hecho casi sin importancia tiene consecuencias pavorosas. En la calle encuentra Dilon a una muchachita gentil cuya peligrosa simpatía le obliga a caminar tras ella una interminable serie de cuerdas, en dirección desconocida y por barrios que carecen de civilización. En aquel laberinto se extravía Dilon y cuando ya de noche se acerca a un guardián para pedirle una orientación hacia el centro de la ciudad, se inicia la catástrofe final. El guardia estaba medio dormido, apoyado en su máuser. Al sentirse tocado en el brazo, salió a medias de su sueño y, creyéndose agredido por los huelguistas, sólo atinó a echar mano a su revólver, disparándolo hacia todos lados. Agotadas sus municiones, huyó hacia la Comisaría próxima en busca de auxilios. Julio Dilon, atento y cortés, corre tras el guardia para entregarle el rifle que dejó abandonado en el primer

momento y entra en la Comisaría en seguimiento del policial. El guardián da cuenta del asalto y todos se aprestan para el combate. Se reparten las armas y se señala a cada cual su puesto; Julio Dillon toma también el suyo y empieza el heroico combate en el cual durante largas horas la policía lucha denodadamente contra un enemigo inexistente. Terminada la refriega, se hace el recuento del personal y se ve no sólo que no ha muerto nadie en tan horrible batalla, sino que hay un individuo más dentro de la Comisaría. Es Julio Dillon, que lleva todavía en la mano el rifle con que acaba de combatir. Según la policía, ha sido sorprendido con las armas en la mano y es uno de los asaltantes que ha logrado penetrar en el recinto de la Comisaria. Se le procesa en juicio sumarísimo que termina cuando parece que se estaba en los preparativos para empezar.

En conjunto, «Una Semana de Holgorio» hace recordar algunos episodios de «La Rebelión de los Angeles» de France, especialmente en lo que se refiere a aquel tumulto terrible que se produjo una noche por la orden de circular que da un guardián a dos o tres personas que se habían detenido a conversar en la calle. Pero ni esta asociación de recuerdos que se produce en el espíritu del lector, ni la influencia general de France que se nota en Cancela disminuyen sus méritos de escritor. De igual modo no entiendo que sea disminuir los méritos de France si se indica que en las obras del creador del abate Coignard se halla la influencia de Voltaire, de Montesquieu y de las leyendas árabes, especialmente de «Las Mil y una Noches» que fueron siempre tan caras al señor Bergeret. Si me he referido a esta particularidad en la excelente obra de Cancela, ha sido sólo con el interés de señalar uno de los componentes que entran en la formación de un nuevo escritor. Creo, por último, innecesario llamar la atención hacia la calidad del estilo de Cancela, la propiedad de sus expresiones y la exactitud de su lenguaje; porque me parece que tales referencias están demás cuando se trata de la obra de un escritor que cultiva la ironía y el humorismo, que necesariamente reclaman claridad y precisión en el estilo para poder vivir.

• • •

«LA LEVITA GRIS».—*Samuel Glusberg*. — (Editorial Babel, Buenos Aires).

Si a Cancela le ha servido la huelga de Enero de 1919 para un asunto lleno de comicidad, a Samuel Glusberg los mismos sucesos le han proporcionado un fin trágico para la vida dolorosa de Abraham Petacovsky, el héroe de «Mate Amargo», uno de los cuentos de la colección encabezada por La Levita Gris. Nada más cierto que aquello de que cada testigo de un suceso determinado ve solo lo que guarda mayor afinidad con la naturaleza personal del observador. Y, en verdad, si es posible fijar la orientación espiritual de un escritor por la lectura de uno solo de sus libros, podría decirse que Samuel Glusberg se halla fundamentalmente orientado hacia la tragedia. Trágicos son efectivamente, los tres cuentos—«Mate Amargo», «Amor y Hambre» y «La Muerte de Betci»—en los que, a mi entender, revela Glusberg más ampliamente que en los restantes su capacidad de escritor y sus dotes para el manejo del cuento. Y tampoco sería difícil señalar en los demás trabajos coleccionados en «La Levita Gris» la huella perceptible del espíritu trágico. Todavía adentrándonos en sus cuentos para coger aquí o allá, entre las características de sus personajes, un reflejo moral de su creador, se podría añadir a su silueta espiritual la misantropía y una cierta dosis de fatalismo.

Como instrumento de estas cualidades, posee Glusberg un estilo seco, sin ser duro ni áspero, que parece marchar derechamente hacia su objeto, empujado por una energía misteriosa. Casi ni un adjetivo y ni una imagen se atreven a interrumpir este caminar imperturbable. El paisaje está desterrado de sus narraciones, en las que, por otra parte, se siente con claridad la influencia de los escritores rusos y de Isaac L. Peretz.

Pero no obstante las buenas cualidades que para el cultivo del cuento pueden encontrarse en Glusberg, no en todas las

ocasiones logra hacer ver en los actos de sus personajes el carácter que como autor les ha atribuído. Así en «Amor y Hambre» empieza por advertir que el protagonista, Federico Müller, es «el hombre más raro del mundo», y más adelante le llama «extravagante sabio». Sin embargo, recorriendo los episodios de su vida no se encuentra cosa alguna que pueda justificar la extravagancia o rareza que debieron constituir su principal característica, según el mismo autor lo ha establecido.

Físicamente era Müller «alto como un granadero; rubio, peinado hacia atrás, de facciones proporcionadas, de frente amplia y rugosa. Sobre la nariz, una nariz severa y noble, cabalgaban unos lentes pequeños detrás de cuyos cristales asomaban unos ojillos verdes muy expresivos. La boca era fina y regular; la cara larga, sin barba ni bigotes. Usaba traje gris oscuro de saco con cuatro botones, casi siempre abrochados, y largos pantalones cilíndricos que cubrían la mitad de sus grandes botines. Aparentaba treinta años y debía tener ocho o diez más». En lo externo, no era, pues, Müller ni extravagante ni extraordinario; su figura no pasaba de ser la usual en los profesores de Ciencias Naturales, no obstante que—a mi parecer sin motivo—la señora Rosa le encontró apariencias de «oso salvaje». ¿Qué tiene, en realidad, de «oso salvaje» la figura de un joven de aspecto de treinta años, alto, rubio, de ojos verdes expresivos, de frente amplia, rasurado por completo y de lentes? Es probable, por tanto, que en la figura de Müller hubiera algo más que no escribe el autor. En caso contrario, si el profesor era como queda descrito, añadiendo todavía que el autor dice «que su cara era de las que Turgenev llama interesantes» debe colegirse que la señora Rosa no sabía lo que decía o tenía una idea muy singular acerca del aspecto de los osos salvajes. Además, si hubiera tenido realmente el aspecto que le atribuye la señora Rosa, no habría podido decir el autor que «desde el primer día fué simpático a todos».

Las ideas, las costumbres y las maneras de Müller no dan tampoco motivo para la calificación que de su carácter ha hecho el autor. Müller, en efecto, hablaba el castellano correctamente, y

con la misma corrección leía el alemán, el francés, el inglés y el latín. Era hombre de pocas palabras; no dió ni tomó confianza. «Entraba y salía de su casa a cualquier hora». «Hacía las cosas sin método y al parecer cuando se le ocurría». «Ora se quedaba en su cuarto ocho días, ora se iba de él por quince. Resolvía los problemas de álgebra que le planteaban a Margarita, la hija de la dueña de casa, en la Escuela Normal; y le explicaba las lecciones de Botánica con gran claridad. Por último, como buen judío, tocaba el violín y se entusiasmaba con una sonata de César Franck.

Me veo precisado a confesar que ninguna de estas cualidades ni todas ellas juntas me dan la sensación de la extravagancia ni me parece que puedan convertir a su poseedor en «el hombre más raro del mundo». Por otra parte, ciertos pasajes del relato permiten ver que, en realidad, Müller no era extravagante ni de una rareza extraordinaria. En efecto, desde que entró en relaciones con Margarita no dejó de hacerle una visita diaria durante la cual oía con mucha atención las interpretaciones musicales de la señorita. Bien pudiera ser este un rasgo capaz de hacerle adquirir inmediatamente el título del «hombre más raro del mundo»; pero parece que con esa misma actitud da muestras de un carácter pacífico, sociable y metódico. Existe también otro rasgo que inclina a pensar en un hombre de costumbres regidas por normas más o menos estables; y es el de que salía y regresaba a casa con un itinerario hasta cierto punto fijo. Sólo así podía ocurrir que Margarita «casi todas las tardes, después de hacer sus deberes de la Escuela Normal, subía al cuarto del hombre sin temor de ninguna especie, segura de que no estaba». Luego la hora de su regreso era lo suficientemente fija como para dar a Margarita la seguridad de no ser sorprendida en sus exploraciones, seguridad que sólo vino a verse frustrada por casualidad después de haber permanecido durante mucho tiempo inalterable.

Otro indicio de que el carácter de Müller era normal y metódico y no extravagante y raro es que la señora dueña de casa, al regresar Müller después de una ausencia de varias se-

manas, le encontró huraño y callado, lo que la determinó a creer que «se había vuelto loco». En consecuencia, sólo la locura podía explicar para la señora Rosa el que Müller estuviera ahora huraño y silencioso. Casi se llega a creer que antes era locuaz y comunicativo, pues de otro modo no habría llamado la atención su mutismo actual.

En resumen, se puede comprobar con el texto mismo de «Amor y Hambre» que Müller era de figura interesante, simpático a todo el mundo, sociable, atento y de hábitos regulares. «¿Por qué razón entonces el autor dice de él que era «el hombre más raro del mundo»? ¿Por qué razón llamarle «sabio extravagante» y permitir que doña Rosa le calificara de «oso salvaje» y su marido de «chiflado»? Samuel Glusberg ha concebido el personaje con el carácter que indica en su cuento; pero no se ha cuidado lo suficiente de confirmarlo en los momentos en que al dicho personaje le corresponde actuar, ni de eliminar los factores que pudieran desvirtuar el carácter que él libremente ha querido darle.

«Mate Amargo», en donde se relatan las desventuras de Abraham Petacovsky, es probablemente el cuento de factura más acabada del volumen. Petacovsky cargado de desgracias, perseguido por el infortunio, Petacovsky que vió caer a su hijo en un horroroso pogrom y huyendo de la muerte llega a Buenos Aires para caer también él, por fin, trágicamente víctima de la inconsciente exaltación de las muchedumbres, es una figura que interesa desde el primer momento. El luchar de Petacovsky con la miseria, el lento disolverse de aquellas vidas que se van hundiendo poco a poco en el abatimiento y en la pobreza, dan a «Mate Amargo» los tintes de una tragedia lacerante de realidad. La observación exacta, el vigor de la exposición y del desarrollo del asunto sirven en este cuento, como en otros de los que forman este volumen, para señalar el verdadero mérito de Samuel Glusberg.

«DESDE LA PLATEA».—*Nicolás Coronado*.—(Editorial Babel, Buenos Aires)

Se repite con frecuencia que la crítica carece de toda utilidad. Tal aserto puede ser verdadero según lo que de la crítica se espere. Si se pretende con ella corregir a un autor, es evidente que será ineficaz. No existe crítica que pueda alterar lo que hay de fundamental en un autor. Pero si la crítica no ejerce inmediatamente su acción sobre él, salvo excepciones y en lo que se refiere a cosas accidentales, la ejerce, en cambio, sobre el medio ambiente. La labor crítica contribuye a formar el criterio general en materia de arte, planteando o discutiendo problemas de estética a propósito de las obras, sugiriendo orientaciones, señalando bellezas no siempre claramente visibles, o mostrando escollos que perjudican a la obra de arte, o proporcionando ideas que sirven para hacer más amplio el campo de la sensibilidad en el medio social en que se opera. Sería innecesario, para el caso actual, seguir el encadenamiento completo de las recíprocas influencias que ejercen entre sí el autor, el crítico y el medio. Basta, por el momento, con señalar la existencia de ese influjo para ver el valor que puede tener la crítica orientada en un sentido o en otro.

Es indudable que el autor opera sobre el ambiente social por medio de su sensibilidad y de sus ideas; el crítico también pone sus ideas y su sensibilidad en su crítica y ambas naturalmente actúan sobre el medio. La finalidad de la crítica no es, a mi entender, conseguir que los autores futuristas o dadaístas escriban como los clásicos o los parnasianos, ni que los suprarrealistas sigan los procedimientos discursivos de la lógica de Aristóteles. Sostener que la crítica es inútil porque la literatura puede vivir muy bien sin la crítica, y la crítica, en cambio, no puede vivir sin la literatura, vale tanto como sostener que la novela y el teatro, por ejemplo, son inútiles porque los hombres y los pueblos pueden vivir sin novelas y sin teatro, y éstos no pueden vivir sin los hombres y los pueblos. Con razón, pues, se

ha dicho que así como la obra de arte es la naturaleza vista a través de un temperamento, la crítica no es sino la obra de arte vista también a través de un temperamento. Habría que convenir, por lo tanto, que ambas formas de manifestar la personalidad corren parejamente por el camino de la utilidad o inutilidad.

Si así no fuera, y si en la crítica no estuviera la manifestación de un espíritu que dice a través de ella su visión de la vida, no podría la crítica ser sometida a la crítica. Pero lo cierto es que la obra de cada crítico mantiene rasgos personales, aspectos absolutamente propios y característicos de su temperamento. Dos críticos colocados ante una misma obra, no obstante que pueden coincidir en el fondo para juzgarla agradable o desagradable, harán con sus sensaciones dos cosas completamente distintas. No se me ocurre que pueda confundirse el espíritu de Paul Groussac con el de Calixto Oyuela; ni el de Roberto F. Giusti con el de Alvaro Melian Lafinur o el de Julio Noé; ni el de Juan Pablo Echagüe con el de Nicolás Coronado. Y entre nosotros ¿cómo no distinguir la orientación y los rasgos característicos de la labor crítica de Armando Donoso, de Omer Emeth, de Hernán Díaz Arrieta o de Eliodoro Astorquiza?

Nicolás Coronado ha sabido destacar su personalidad de crítico a través de sus crónicas sobre teatro nacional argentino. Desde sus críticas en «Nosotros», donde comentaba la producción literaria argentina, fué ya posible apreciar la ecuanimidad de sus juicios, lo acertado de sus observaciones y lo recto de su criterio artístico. Luego después se especializó en sus comentarios sobre teatro, dejándonos sus impresiones en una serie de artículos escritos bajo el rubro común de «Desde la Platea». La labor que en esos artículos ha realizado Nicolás Coronado es, sin duda alguna, de consideración. Su criterio artístico se hizo decidido y acaso también su suave sonrisa ante la inevitable flaqueza de las obras humanas se hizo más marcada y se tiñó más con el color de la ironía. Así fué como a la publicación de esas crónicas en un volumen denominado «Críticas Ne-

gativas, se le hicieran reproches por parte de los que creen que los críticos tienen obligación de estimular con elogios la literatura nacional por mala que sea. Sin embargo me parece que Coronado está en la razón, porque el régimen de proteccionismo artístico que se quiera aplicar es dañoso para el arte. En efecto, si el autor no tiene talento o aptitudes para el género literario que se ha puesto a cultivar, será inútil esperar que llegue a tenerlo por la administración de epítetos elogiosos al referirse a su obra. A lo sumo se conseguirá que el autor y el público se formen una idea falsa del arte. El autor se creará un genio y se le amargarán la vida con la idea de que es incomprendido; y el público, viendo que los llamados genios no se diferencian en nada de los cretinos, acabará por no hacer caso del verdadero talento. Se repite lo que cuenta la fábula que le aconteció a aquel que gritaba continuamente: «al lobo, al lobo». En las primeras veces las gentes acudieron en su ayuda, pero luego, como vieran que no había tal lobo, no hicieron más caso de los llamados. Un día vino realmente el lobo y los que habían sido engañados no le quisieron escuchar. Así los que se han propuesto competir con el poder de Dios creando el teatro nacional de la nada, gritan a cada rato: ¡un genio, un genio! Las primeras veces da resultado la maniobra y los teatros se llenan; pero luego todos se van desilusionados para no regresar cuando realmente aparece en la escena una obra de valer.

Entre nosotros, puede decirse que la excesiva protección ha ahogado al teatro nacional. Nadie hace caso de algunas obras meritorias que andan por ahí revueltas y aplastadas por una montaña de vulgaridades. Nuestros críticos teatrales protestan contra el desdén y la indiferencia del público; pero protestan sin razón porque sólo ellos son los culpables, o los principales culpables de lo que ocurre. Fueron ellos los que desacreditaron definitivamente al teatro nacional prodigando los adjetivos elogiosos a propósito de cualquiera obra insignificante. Habría que empezar por rehabilitar el adjetivo para darle su verdadera significación y uso.

Con frecuencia, cuando se hace ver la nulidad de los llamados valores artísticos nacionales, los autores suelen excusarse con las exigencias de la vida que les obligan, en la apresurada producción, a buscar el éxito antes que la producción artística. Coronado responde a esta excusa con todo acierto. «Tome Ud.—dice—una de las «vidas» de Shakespeare y verá que el inmenso poeta sólo se curaba del éxito material. Y si eso no le basta, si le resulta un caso aislado, de todo punto insuficiente para establecer una ley general, acuda Ud. a la historia del teatro griego y observará que Esquilo, Sófocles y Eurípides fueron grandes buscadores del éxito». A este oportuno recuerdo que trae Coronado, podrían añadirse no sólo los de otros muchos grandes autores teatrales antiguos y modernos, sino también los de cultivadores de otros géneros literarios. Doloroso es llegar a la conclusión de que la disculpa de los autores teatrales no tiene fundamento; y que lo que ellos no saben es buscar el éxito con talento.

A juzgar por lo que dice Coronado, al otro lado de «la blanca montaña» los asuntos de teatro andan más o menos como por estas tierras. Y por eso el autor de «Desde la Platea» se ha colocado, por una reacción contra la vulgaridad, en la crítica que él acepta llamar como sus censores la han calificado: crítica negativa. Con toda entereza declara que esta crítica negativa que señala los defectos antes que las bellezas o los méritos de las obras le parece la única posible, saludable y útil. «Los amigos del autor—dice—los camaradas de café se encarguen de la crítica positiva».

Las crónicas de Nicolás Coronado, escritas en estilo fácil y ameno, están llenas de observaciones originales. Su firme espíritu de análisis le permite penetrar fácilmente a través de la textura espiritual de los personajes; y sabe exponer los resultados de sus análisis en rasgos precisos que se destacan como en relieve sobre su prosa clara, ágil y espiritual, en la que la ironía pone la coloración cambiante de su destello luminoso.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

E. M.

Notas sobre el origen de la vida

Barón Jacob von Uexküll. Ideas para una concepción biológica del mundo: Calpe.

Julien Costantin—Origines de la vie sur le globe: Paris, E. Flammarion.

ARDUO problema es el del origen de la vida. Durante siglos de siglos bastó la explicación de que la divinidad hubiera hecho las plantas y los animales por medio de un soplo improvisador o procediendo como un hombre que fabrica un muñeco. Pero llegó un momento en el desarrollo intelectual, momento ineludible, en que esa explicación fué insuficiente por demasiado ingenua, por antropomórfica.

Desde entonces los hombres que piensan no han cesado de tener la obsesión de la génesis de la vida. ¿Cómo surgió en el mundo esta maravilla del ser vivo?

Todas las interpretaciones dadas al misterio se pueden agrupar en dos tendencias fundamentales: la vitalista y la científica o mecanicista. Von Uexküll denomina también a la primera, en el libro de que nos vamos a ocupar, concepción Kantiana-biológica y a la segunda monista-darwinista.

En los últimos tiempos ha recrudecido de una manera notable la polémica entre vitalistas y cientistas, y las obras indicadas en el encabezamiento de estas líneas pueden ser consideradas como de las más representativas de una y otra orientación en sus manifestaciones más recientes.

Von Uexküll defiende con calor el vitalismo y no escatima los

ataques a Darwin y Haeckel, yendo desde el empleo del dato científico hasta esgrimir el sarcasmo, la burla y el desprecio. «La nueva biología, dice, vuelve a acentuar principalmente que todo organismo es una producción en la cual las diversas partes se encuentran reunidas según un *plan permanente*, y que no representa un informe y fermentante montón de elementos que sólo obedezca a las leyes físicas y químicas».

En estas líneas encontramos ya las concepciones esenciales de todo vitalismo: la idea de que el desarrollo de la vida siga un plan preconcebido y de que no se sujete a leyes físicas y químicas. Se ve también cómo es propio del vitalismo sumirse en las honduras de la metafísica y aun de los problemas religiosos. ¿Quién hizo el plan y cómo lo hizo?

Von Uexküll cita a Driesch que, restaurando ideas de Aristóteles y von Baer, afirma como propiedad especial de los seres vivos la *entelequia*.

«La entelequia posee sus propias leyes, que no son una causalidad, sino que tienen que ser designadas como conformidad a la ley de un sistema, porque sólo se pueden expresar según la relación de la parte con el todo. Aunque múltiple, no existe en el espacio; opera, sin embargo, sobre las cosas en el espacio. No posee, por ello, una diversidad extensiva, sino sólo intensiva. Se parece en esto a nuestra alma, que es también un organismo fuera del espacio, y que sin embargo opera en el cerebro que se extiende con el espacio».

Se ve con qué tranquilidad presenta nuestro autor como afirmaciones evidentes por sí mismas ideas preñadas de dificultades. Nuestra alma, dice, es un organismo fuera del espacio, y pasa de largo cual si hubiera dicho una cosa tan sencilla como decir nuestros dedos y nuestros ojos nos sirven para percibir las formas de los cuerpos. Que nuestra alma sea un organismo fuera del espacio es sumamente discutible. Mas aún; es una de aquellas ideas incomprensibles, que uno no puede pensar en realidad, y que uno acepta y cree que cree como un punto de reposo, de descanso para nuestra inquietud de no saber.

Más adelante agrega:

«Una sustancia viviente general es el fundamento de toda vida. De ella se originan todos los diversos animales; pero ella misma prosigue dándose inmutable de generación en generación. Parece poseer la posibilidad de adaptarse a las condiciones más diversas, pues es capaz de crear los fantásticos reptiles gigantes de las calientes lagunas del pasado, lo mismo que en los tiempos nuevos, el parásito de la malaria del hombre, que necesita dos hospederos para desarrollar su pernicioso existencia. Por todas partes se adaptan perseguidor y perseguido, patrón y parásito, planta y animal, y ambos al suelo».

Este párrafo se inicia con la indicación de otra característica del vitalismo, cual es la existencia de una sustancia viviente general. Esta sustancia o, lo que da lo mismo, la vida es un factor natural independiente sujeto a su propia ley, ya indicada de seguir los lineamientos de un plan.

Von Uexküll hace suya la teoría de las *genas* o predisposiciones de propiedades que dan al protoplasma el impulso necesario para la formación de órganos diferenciados. La iniciativa de las *genas* viene a ser indispensable para la realización del plan. Tanto las *genas* como el plan son puros factores vitales y no materiales, si se toma a la materia en un sentido estrechamente físico. La manera como el plan y las *genas* actúan sobre la materia seguirá siendo, según parece, tan enigmática como la actuación de nuestra voluntad sobre nuestros músculos.

Lector, ¿has entendido algo? Por mi parte, declaro que la explicación anterior me parece verbal. Para descifrar el misterio de la vida se inventan el plan y las *genas* y luego resulta que el proceder de estos factores hipotéticos es, a su vez, enigmático. Buscar el esclarecimiento de un fenómeno por medio de la suposición de entidades respecto de las cuales se concluye por decir que no se sabe cómo obran, es crear palabras que no corresponden a ninguna realidad, es no explicar nada.

Enrostra al darwinismo von Uexküll que haya «extendido en torno nuestro una atmósfera de vanidad que durante largo tiem-

po nos ha impedido reconocer los verdaderos problemas que ofrece la vida».

«Ahora, agrega, han cambiado las cosas: estamos otra vez mirando de hito en hito a aquel poder de la naturaleza que hace que se originen las formas que aparecen como conformes a plan a nuestro punto de vista subjetivo; pero que, como no son creados por un sujeto, sólo desde un punto de vista colocado fuera del sujeto pudieran ser valorizados rectamente. Por eso será eternamente incognoscible para nosotros la esencia de ese poder natural que llamamos la vida».

No creo que al darwinismo le haya faltado la modestia propia de todas las doctrinas científicas. Por lo demás, es natural que el investigador que cree encontrar un asidero plausible para orientarnos en medio de las tinieblas que nos rodean, lo proponga al mundo con fe y entusiasmo.

Y von Uexküll, después de reaccionar contra el darwinismo, y de ponerse, gracias a este viraje de la brújula del pensamiento, a mirar de hito en hito a la naturaleza, ha concluido por decirnos que será eternamente incognoscible para nosotros la ciencia de ese poder que llamamos la vida.

Para llegar a este resultado no ha valido la pena condenar tan acerbamente las tentativas de los demás. ¿Qué avanzaron entonces von Uexküll y los de su escuela con ponerse a «mirar la naturaleza de hito en hito»? Nada más que llegar a la hoquedad fuliginosa y turbia en que desembocan todas las formas de vitalismo. Se da como explicación definitiva una misteriosa *Vida* de esencia insondable. Es más o menos lo mismo que nos ha dicho Bergson en las páginas de estilo flúido y elegante de su «Evolución Creadora», donde postula la acción de un milagroso *Impulso Vital Original*. Con esto se contentan los vitalistas y condenan a los que quieren descorrer el velo del misterio por medio de investigaciones científicas. Declaran insoluble el problema para nuestra pobre inteligencia e incompletas todas las hipótesis que se puedan formular al respecto.

* * *

Cuán distinto ha sido el proceder de los hombres de ciencia. Dejemos en primer lugar a salvo su modestia. No son pretenciosos. Ellos no creen haber disipado las sombras del enigma; reconocen las incertidumbres y dificultades que rodean nuestro precario saber; pero sencillamente, casi humildemente, van tratando de reducirlas y vencerlas poco a poco. Contentarse para explicar los fenómenos vitales, dice J. Costantin en su libro *Origine de la vie sur le globe*, con poner detrás de ellos una fuerza vital, sería obrar como el salvaje que para explicarse el teléfono supone una *fuerza telefona*l.

Como digo, los hombres de ciencia avanzan con paciencia y se van contentando con pequeñas conquistas de detalles. Así se pueden ver en la interesante y bien informada obra de Costantin.

El examen de la composición química de los seres puede conducirnos a muchas observaciones interesantes. Todos los elementos simples biogénicos (oxígeno, hidrógeno, ázoe) tienen pesos atómicos poco elevados. Esta cualidad facilita el cambio continuo de materia que es propio de la función vital, la asimilación de lo utilizable, por una parte, y la eliminación de lo que no sirve, por la otra.

De la ligereza de los átomos mencionados resulta otro hecho muy importante desde el punto de vista de la circulación del calor. La ligereza de los átomos biogénicos se halla ligada a la ley de Dulong y Petit, según la cual el calor específico se encuentra en razón inversa de sus pesos atómicos. Las sustancias formadas de átomos ligeros cambian más difícilmente de temperatura que las formadas de átomos pesados. De donde resultan para los seres vivos las dos siguientes consecuencias:

1. Los cambios de temperatura tienen que ser lentos en ellos; la temperatura exterior puede variar entre límites bastante dilatados sin comprometer la vida. Absorben esos átomos ligeros un mayor número de calorías para calentarse; pierden un mayor número para enfriarse. Cuando una temperatura desfavorable se establece y dura, el animal o la planta sienten tardía-

mente sus efectos; tienen tiempo para encontrar un abrigo o suspender sus funciones con el reposo invernal.

II. En segundo lugar, dentro de una temperatura dada almacenan los átomos ligeros una mayor provisión de calor que los pesados. Los cuerpos formados de átomos ligeros disponen dentro de pesos iguales y de temperatura igual de más energía en reserva que las otras sustancias. En condiciones iguales encierran entonces un *máximum* de fuerza en potencia en un *mínimum* de masa, lo que sin duda es propiedad ventajosa.

No hay que olvidar por otra parte el papel que corresponde al carbono en la formación del tejido vivo en la función de darle firmeza. Si los tres gases, oxígeno, hidrógeno y ázoe aligeran la materia viva, el carbono, al contrario, contribuye a hacerla más pesada. El carbono es de todos los elementos biogénéticos el que forma la parte preponderante y característica de la materia seca de los seres vivos. Constituye el armazón, el esqueleto de sus moléculas.

Dados los tres gases nombrados, dado el carbono y dada la energía solar, ha podido operarse en un lugar adecuado la síntesis prodigiosa de donde brotó la vida. La primera forma de la materia viva ha debido ser el glóbulo verde, el protoplasma clorofílico, aparición efectuada en los comienzos de los tiempos algonquinos, hará unos sesenta millones de años, y que no se ha repetido nunca más.

El protoplasma clorofílico es capaz de bastarse a sí mismo: se nutre, crece y se reproduce.

Una vez producida esta síntesis, ha venido el desarrollo de los seres vivos como un proceso irresistible. El glóbulo verde se ha reproducido de una manera idéntica durante millones de años; luego se ha modificado poco a poco ligeramente; se ha descolorido y ha engendrado los saprofitos, los parásitos, los animales. Estos últimos, una vez constituídos, no han podido subsistir sino gracias a los glóbulos clorofílicos primitivos de que hicieron su alimento. La vida animal no es posible sin la vida vegetal. Los animales carnívoros viven a expensas de los

animales hervíboros y éstos no pueden subsistir sin la yerba de los prados.

¿Constituye lo dicho una explicación definitiva que nos permita decir que no nos queda nada por saber sobre el origen de la vida? De ninguna manera, y ningún investigador lo piensa así. Son suposiciones que se trata de que vayan siendo cada día más y más completas, más y más plausibles.

En cambio Costantin insiste en rechazar como insostenibles los postulados del vitalismo.

«No hay, dice, un mundo especial en que reinen las fuerzas vitales. Las transformaciones de la energía son las mismas en el cuerpo vivo que en la materia bruta. La presión osmótica que se produce en una célula viva depende exclusivamente de la composición química del jugo celular. La electricidad que se desprende de un músculo de rana es la misma que la de una pila. El equivalente mecánico del calor es idéntico, ya se trate del trabajo de un animal o del de una máquina a vapor.

Es menester renunciar, pues, a la noción de fuerza vital porque no ha sido nunca demostrada su existencia de manera evidente; ella no ha sido en ningún caso medida como las demás formas de la energía, no ha sido jamás transformada en ninguna otra fuerza».

Y para terminar: «Según Claudio Bernard, la vida resulta de un acuerdo entre las leyes preestablecidas, leyes de la herencia que reglan la sucesión de los fenómenos, y las condiciones físico-químicas. No cabe negar la complejidad de estas leyes; pero esta no es una razón para ocultar nuestra ignorancia detrás de una fuerza vital mística, que se sustrae a nuestras observaciones e investigaciones».

E. M.

El porvenir de las relaciones franco-alemanas

II AL es el título con que M. Ambroise Got estudia en el *Mercure de France*, 1.º de Enero de 1925, el actual problema internacional de Europa.

Señala, como base de sus razonamientos, la situación de Francia ante los problemas externos posteriores a la guerra. Caducado el acuerdo transitorio de los países aliados, que imponían con imperio las necesidades bélicas; restituidas las naciones, con caracteres agudos, a la defensa de sus particulares intereses, dejado de mano todo criterio de solidaridad, de cooperación internacional; entregada a sus propios destinos, a su exclusiva decisión, deprimida su potencia económica, subsistente el desequilibrio de su Hacienda, Francia queda sola, frente a Alemania en la discusión de los derechos y las obligaciones que derivan del Tratado de Versalles.

Ambas naciones se hallan como dominadas por las tendencias exageradamente nacionalistas que constituyen el estado de ánimo general posterior al conflicto, ahogadas en el punto de vista de sus intereses particulares; no ceden en la tenacidad de la ofensiva ni en las argucias de la defensa; se señalan como mira sus intereses más inmediatos; obran guiadas por fuerzas más sentimentales que reflexivas. Son, solas, una frente a otra, dos fuerzas que entrañan dos criterios irreductibles.

«Todo el mal proviene de que el problema, desde su origen, no ha sido internacionalizado y, en vez de ser la piedra

angular de la nueva Sociedad de las Naciones, ha sido transformado en una competencia nacional y ha llegado a ser elemento de explosión en Europa». Tal es la posición en que han quedado estos dos países que, en opinión de M. Got, deberían ser como dos baluartes de la paz de Europa, «dos focos de trabajo ardoroso y de intensa producción».

En tales condiciones de entendimiento, dos graves problemas requieren ser resueltos en bien de la paz franco-alemana, que es la paz europea. El primero, de carácter económico, derivado de la guerra, es el problema de las reparaciones con sus consecuencias,—reglamentación de las deudas interaliadas, reconstrucción económica y financiera de los países beligerantes, la cuestión de los cambios, etc.;—el otro es un problema moral, histórico, pero también económico: el dualismo franco-alemán, que es, además, el problema de la seguridad de Francia.

El problema de las reparaciones no podrá ser resuelto si no se soluciona previamente la cuestión de las deudas interaliadas con espíritu de absoluta equidad. Por otra parte, este litigio va unido íntimamente a las posibilidades de la futura seguridad de Francia. La cancelación de las deudas de reparaciones está ligada a la unidad política y económica del Reich. Ahora bien, cumplidos sus compromisos, Alemania, fuerte, populosa, unida, en contacto geográfico con Francia, ofrecería a ésta un peligro perpetuo, supuesto que hubiera de continuar la política de aislamiento y de agresión.

Tales son las bases que ofrece la realidad. ¿Cuál será la solución acertada del gravísimo problema? Desde luego, no puede pensarse en la anexión de la Rhenania, resistida violentamente por el pueblo alemán. De otra parte, queda la necesidad de exterminar el espíritu imperialista, de alejar para siempre la política de suspicacias; «es preciso matar la leyenda de nuestro imperialismo, que nos ha hecho el más grave de los daños y que ha llegado a aislarnos del mundo» dice M. Got. Tampoco es posible independizar esos territorios, constituyéndolos en Estado-barrera, porque tal solución es también con-

traría a la voluntad de la nación alemana. Un pacto de garantía entre Francia, Inglaterra y Alemania podría crear un *modus vivendi* tolerable; pero los pactos caducan pronto.

Vuelve, entonces, M. Got a las bases generales establecidas en su análisis de las causas determinantes del actual conflicto. El problema es de carácter internacional, y no será resuelto, sino a condición de volver a los procedimientos internacionales. Sólo un acuerdo fundado en la solidaridad internacional representada por la Sociedad de las Naciones, puede ofrecer a Alemania y a Francia las cauciones y la tranquilidad que uno y otro país reclaman. «Es preciso, dice, que la Sociedad de las Naciones se instale permanentemente en Colonia o en Coblenza, que la Rhenania o, por lo menos, la ribera izquierda del Rin, quede sometida a su fiscalización, independientemente de su régimen interior, que sólo corresponde determinar a los habitantes». Es a esta Sociedad de las Naciones, integrada por Alemania misma, por Rusia y los Estados Unidos, a quien correspondería separar a Alemania de Francia, alejando las posibilidades de una nueva catástrofe, y hasta el momento en que la opinión universal, representada por aquélla, considerara terminada toda base de conflicto.

Solucionado este primer aspecto del problema integral, falta señalar las vías por las cuales podría llegarse a corregir el dualismo franco-alemán, que constituye la raíz histórica y moral de las profundas diferencias entre ambas naciones.

«Puesto que estamos condenados a una vecindad perpetua, es necesario que encontremos un terreno de arreglo», dice el autor. Para salvar las hondas diferencias, no hay otro medio que allanarlas, favoreciendo la cooperación en el terreno económico. La guerra creó entre vencedor y vencido una visible solidaridad de intereses materiales; desconocerlo, equivale a seguir un camino que la realidad se encargará de desviar, por falso.

Liquidada la cuestión de las reparaciones en su aspecto material, hay que resolverla en sus bases morales. «La reconciliación no se realizará sino cuando cese la guerra de las al-

mas, mucho más cruel y más nefasta que la de los espíritus. Alemania podría obtener, si no la revisión del Tratado de Versalles, a lo menos ciertas condiciones,—restitución de algunas colonias, posibilidad de dar, por la emigración, una solución conveniente al problema del exceso de población,—si se esforzara en mostrar al mundo su buena voluntad para cumplir un pacto suscripto por ella.

Pero ambas naciones no se entenderán en el dominio moral, sino cuando se echen las bases de un entendimiento económico exigido por la comunidad en ciertos intereses industriales, tan claros y tan rigurosos, que sólo un exceso de ceguera sentimental puede haber llegado a desconocerlos.

El 10 de Enero de 1925 vence el plazo de cinco años que el Tratado de Versalles fijó a la situación de privilegio de la industria y el comercio franceses respecto de Alemania. Es preciso, entonces, establecer nuevas bases para las relaciones económicas de los dos países. De ambas partes ha habido ya manifestaciones de firme voluntad para encontrar esas bases; un acuerdo amplio, beneficioso para la vida económica de Francia y Alemania, puede llegar a producirse muy pronto.

La industria siderúrgica es el terreno en que se ve más claramente la necesidad de la cooperación económica franco-alemana. Con la reincorporación de la Lorena, el poder de la producción siderúrgica francesa se ha duplicado; en cambio, su capacidad de absorción, respecto de esta materia prima, es la misma. El comprador más natural es el antiguo explotador de estas minas, hoy en manos francesas.

Por otra parte, Francia dependerá en este dominio de las entregas de carbón por parte de Alemania. Los industriales de las minas lorenesas eran los mismos propietarios de las minas del Rhur; así, pues, el fierro y el acero franceses quedan ligados al carbón alemán; la expansión de la industria siderúrgica de Francia está en estrecha colaboración con la industria alemana del carbón. Las estadísticas de producción y ventas comprueban claramente esta deducción.

Por lo demás, la capacidad de pago de Alemania dependerá

de su actividad comercial y de su equilibrio financiero; el pago en especies está ligado a la estabilización del marco.

Estos problemas alemanes no son extraños, pues, a la nación francesa. La enorme mayoría del pueblo francés y del pueblo alemán quiere la paz; la cooperación franco-alemana en el terreno económico sería mirada por el mundo entero como un signo de tranquilidad en lo presente y como una base cierta de seguridad para la paz del porvenir.

«Sólo mediante una política práctica, afianzada por la acción de la Sociedad de las Naciones establecida en la Rhenania, lograremos asentar sobre bases definitivamente pacíficas las relaciones franco-alemanas».

Tales son las palabras con que M. Ambroise Got termina este estudio serio, claro, desapasionado, guiado por ese criterio positivo que busca, más que lo que debiera ser, lo que en realidad es.

Son dignas de notarse estas virtudes, porque no se hallan con frecuencia en los autores a quienes un punto de vista estrechamente nacionalista priva de la visión desinteresada de la realidad, y da a sus palabras el sello de un alegato de litigante, los violentos y ampulosos caracteres de la polémica. Haber evitado este común error, constituye, tal vez, el principal valor del estudio que comentamos.

A. V. C.

Oliver Lodge

La Materia y la Energía

EN nuestros días, las ciencias físicas realizan asombrosos progresos. Puede ponerse en el activo de cada año un progreso notable en alguna importante categoría. Los comienzos del siglo XX fueron señalados por el descubrimiento de la naturaleza atómica de la electricidad, que, sospechada durante largo tiempo por algunos, es hoy del dominio común de todos los que han ido a la vanguardia del progreso y se han entregado a investigaciones activas, sea en sus estudios, sea en los laboratorios. No sólo llegó a probarse que la electricidad se compone de pequeñas partículas cuyo grosor, peso y velocidad pueden medirse, sino que se constató que aun los mismos átomos de materia están formados de electricidad. Se establecieron así los fundamentos de la teoría eléctrica de la materia.

En la primera parte del siglo XIX, Dalton, con su genio químico, pudo iniciar la demostración de que el átomo de materia, que desde un tiempo inmemorial era considerado como una verdadera entidad, se encuentra en la base de toda suerte de combinaciones de químicas y en la construcción molecular de las substancias que nos son más familiares.

Los progresos en esta dirección se prosiguieron durante el curso de todo el siglo XIX, revolucionando la antigua química, para hacerla clara, numérica y definida. Pero el átomo permanecía siempre como una unidad indivisible y última, de que estaban constituidas todas las cosas materiales, pero que, en sí misma, parecía no tener ninguna estructura; se le imaginaba

duro, definido e inalterable, y era difícil explicar por qué y en qué diferían las unas de las otras las sesenta u ochenta especies de elementos químicos.

La idea de intercambio o de transformación aparecía como ajena a la ciencia; era considerada como una superstición fundada sólo en imaginaciones; la construcción de los átomos mismos a expensas de alguna substancia fundamental, por una especie de proceso evolutivo, no era sino el sueño de algunos visionarios aislados.

El siglo XX cambió todo esto.

El átomo no es ya una unidad dura, impenetrable, invisible, como, por ejemplo, una punta ultramicroscópica de diamante. Se sabe hoy que tiene una estructura complicada, que es penetrable en grado extraordinario, que puede recibir ingredientes adicionales y, a veces, proyectar porciones de sí mismo y cambiar así de naturaleza química y de propiedades.

Por otra parte, se ha descubierto la substancia fundamental de que se componen todos los átomos de materia, ¡y he aquí que esta substancia es la electricidad! Partículas definidas y mensurables de electricidad se agrupan y forman los átomos. Se ha contado el número de las partículas que componen el átomo de toda substancia específica. Este número se mueve en cierto sentido, de 1 a 92, lo cual prueba que hay 92 elementos químicos, y no más; a menos que se descubra más tarde un 93 y aun otros. Se ha buscado el número 118, pero no se le ha encontrado, por la razón aparente de que si alguna vez existen estos átomos extraordinariamente complicados, serán demasiado inestables para vivir largo tiempo. Si solamente duran una fracción de segundo, y aun algunos segundos, han de ser difíciles de descubrir, y con un coeficiente de mortalidad tan elevado, deben de ser excesivamente escasos.

Escasos o no, los elementos de vida efímera han sido descubiertos. El radium es el que mejor conocemos de entre ellos, pues su vida no es muy breve; pero hay toda una familia de substancias que se comportan de una manera análoga y que, proyectando una parte de sí mismas, se transforman en un ele-

mento que ocupa en la escala un lugar más bajo. Se las ha llamado espontáneamente radioactivas, y algunas alcanzan una vida de minutos solamente. Lo maravilloso es que pueda observárselas. No se logra esto sino por procedimientos eléctricos, operando en el vacío, con ayuda de instrumentos de que se obtiene una respuesta rápida con extrema facilidad.

No es posible exponer aquí los detalles de estos descubrimientos y los métodos que a ellos condujeron; pero podemos resumir algunos de los resultados. Baste decir que uno de los principales métodos para estudiar la estructura de los átomos consiste en el uso de una especie particular de espectroscopio; es decir, en el análisis de la irradiación que emiten en la medida de la longitud de las ondas de éter engendrada por la vibración de sus electrones.

Cuando los electrones vibran o saltan de un punto a otro, estremecen inevitablemente el éter en que se mueven y del cual deben estar formados en cierta manera. Sus vibraciones pueden compararse a las de las cuerdas de un piano, las que, estando emergidas en el aire, emiten ondas sonoras mientras los martillos saltan de un punto a otro y, por una percusión repentina, excitan las cuerdas golpeadas a la emisión de sonidos.

W. K. Clifford decía que, dándose la multiplicidad, no los tonos, sino cosas que en el éter corresponden a los tonos;—de los cuales un cierto número es visible en vez de ser audible,—un átomo debe de ser tan complejo como un piano de cola. Pero el análisis de su estructura por la simple observación de las ondas que emite cuando se le somete a estímulos artificiales, y a acciones violentas, exige deducciones extremadamente hábiles, difíciles y delicadas. En efecto, como alguien lo ha dicho recientemente, el problema que se presenta a los físicos es semejante al que se os plantearía si se os pidiera determinar la constitución de un piano, oyendo el ruido que produce cuando se le deja caer por una escalera.

Sin embargo, este problema ha sido resuelto en una medida extremadamente amplia; puesto que no sólo se han explicado las franjas espectrales observadas, sino que se han predicho, y

ulteriormente descubierto, otras series que tenían exactamente las longitudes de onda precisas y que poseían todas las particularidades que se habían enumerado anticipadamente a la luz de la teoría. Razonablemente, no se puede dudar de que el átomo haya revelado ya los principales secretos de su constitución general, no solamente en conjunto, sino aún en sus detalles precisos; pero algunos aspectos importantes de la teoría, innegables, aunque oscuros, requieren aun mayor ilustración.

Pero se ha alcanzado un progreso todavía más extraordinario, o, por lo menos, se le ha indicado tan claramente, que estamos autorizados para aceptarlo como una hipótesis que podrá utilizarse mientras no se pruebe que es ficticia.

La materia ha venido a sumarse a las diversas formas de la energía.

Hasta hoy se sabía con certeza que la energía es proteiforme. Desde hace largo tiempo nos es familiar bajo las formas de locomoción y de tensión elástica, de rotación y de torsión, de pesos levantados y de agua que cae, y, análogamente, de calor, de luz, de sonido, de acción química, como de cargas y corrientes eléctricas. Todas estas formas son intercambiables; una cantidad dada de energía es, en cierto momento, movimiento de un proyectil, y al momento siguiente se convierte en calor y en sonido. Un arco tendido tiene energía estática; una flecha lanzada, energía cinética. Semejantes ejemplos de trasmutación y de conservación nos son perfectamente familiares.

Pero ahora el método de análisis de Einstein al confirmar la teoría eléctrica, tiende a demostrar que la materia misma no es sino una de las formas de la energía—una forma particularmente permanente. La energía estática de una carga eléctrica explica la masa y el aspecto material de un electrón. Una liberación de energía debe ser provocada por la desaparición o disolución de materia, y con el empleo de una energía apropiada, es probable que pudiera reconstituirse la materia. Este último punto no ha sido probado todavía.

Para lograr una representación o una imagen física del proceso, nos vemos obligados a atribuir al éter del espacio la única

existencia substancial y fundamental que haya en el universo material, y debemos tratar de resolver y explicar todas las otras cosas con la ayuda de este éter. Debe modificarse de manera que pueda constituir los electrones; sabemos que éstos forman los átomos; de esta manera, la energía de su constitución puede ser una parte de la energía primitiva del éter.

Una gran unificación se realiza ante nuestras miradas; está aún muy lejos de ser completa; sólo se halla en sus comienzos; pero el ideal está en reducir todos los fenómenos materiales a manifestaciones del éter en sus diversos géneros de movimientos. Tal es lo que aparece, todavía indistintamente, ante nosotros, como representación de todo el universo material, desde las estrellas y las nebulosas, desde los átomos y los electrones, hasta las masas de materia con que estamos en contacto día a día, comprendidos nuestros propios cuerpos.

Salisbury (England).

SIR OLIVER LODGE.

(Trad. de *Scientia*; I, 1.º, 1925).

LIBROS RECIBIDOS

—MIGUEL LUIS ROCUANT.—*Los líricos y los épicos. Poesía chilena.* Madrid.

—MIGUEL LUIS ROCUANT.—*Cenizas de horizontes,* Madrid.

—ANGEL M. PAREDES.—*Sociología general aplicada a las condiciones de América. Volumen segundo. Las civilizaciones nacionales.* Quito, Ecuador. Tip. Editorial Chimborazo.

